



*Huasteca
Pinaros*

NUESTRA PORTADA:

Señorita Rita Burrell, Reina oficial del carnaval de Panamá en 1958,
con el clásico vestido nacional.

LA POLLERA

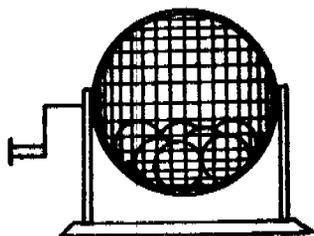
(FRAGMENTO)

POR RODRIGO MIRÓ

... Con todo y ser una de las más puras realizaciones de nuestro ayer, la pollera sigue siendo un traje de singular belleza, ornamento natural del encanto y la gracia de nuestras mujeres; sigue siendo uno de los más donosos testimonios de la nacionalidad. Hay en ello razón de sobra para justificar su exaltación y su culto, y motivos que nos urgen a velar por su autenticidad, escudriñando su origen y su historia para extraer de ellos el mensaje de emoción nacionalista que encierra. Porque, aunque no lo sepamos con entera certidumbre, la pollera es hontanar permanente de inspiración terrígena. Sirve de fondo obligado a todas las expansiones de nuestro pueblo; vive en el cantar anónimo de los campesinos de nuestro interior; está presente en el recuerdo de todos los panameños del extranjero. Ha ganado, asimismo, la devoción de nuestros artistas. Desde Garay a Ivaldi alienta en la obra de nuestros pintores. Y ha dado calor entrañable a la vocación de nuestros poetas. Hizo de Miró el cálido evocador de *Lienzo antiguo*; dió vida a la vena popular de Gaspar Octavio Hernández, en alguno de sus *Cantares de Castilla del Oro*, y arrancó a una de nuestras mujeres — Ana Isabel Illueca — estos versos sencillos pero admirables:

*No me pidas
que cambie mi vestuario
por gasas ni por sedas.
Ninguna panameña
cambiaría
por nada, su pollera.*

LOTERIA



II EPOCA • PANAMA, R. DE P., FEBRERO DE 1958 • Nº 27

SUMARIO

	<i>Página</i>
UN TROZO olvidado de la vida del doctor Carlos A. Mendoza, por Domingo Henrique Turner (Panameño)	3
RECORDANDO al doctor Carlos Antonio Mendoza, en el LXII aniversario de su muerte, por Concha Peña (Panameña)	6
PABLO Pínel, por José Oller Navarro (Panameño)	9
YO CONOCI a Demetrio Korsi, por Victor M. Franceschi (Panameño)	15
LOS PANAMEÑOS y los estudios históricos, por Ernesto J. Castillero R. (Panameño)	20
UNIVERSALIDAD y abolengo del carnaval, por Manuel F. Zárate, (Panameño)	30
CUENTO de Carnaval: La pollera de flores moradas, por Mario Augusto Rodríguez (Panameño)	55
APROXIMACION a Pedrarias Dávila, por Carlos Manuel Gasteazoro, (Panameño)	43
ONOMASTICO-Versus-Cumpiñeños, por Juan Antonio Susto (Panameño)	58
EXPLORACIONES A LOS ISTIMOS DE PANAMA Y DE DARIEN EN LOS AÑOS DE 1876, 1877 y 1878, por Armando Reclus (francés):	
Capítulo XL	299
Capítulo XLI	313
Capítulo XLII (final)	321
PORTADA: Señorita Rita Burrel, Reina del Carnaval oficial de Panamá, en 1958	
LA POLLERA (Fragmento), por Rodrigo Miró (Panameño) segunda página de la contraportada)	
Números favorecidos por la suerte en el año de 1957 (tercera página de la contraportada)	
Junta Directiva de la Lotería Nacional de Beneficencia (cuarta página de la contraportada)	
Administración de la Lotería Nacional de Beneficencia	2

Toda la correspondencia dirijase a: Lotería Nacional de Beneficencia, Apartado 21. Panamá, República de Panamá.

ADMINISTRACION DE LA LOTERIA NACIONAL
DE BENEFICENCIA

DR. CARLOS E. MENDOZA

Gerente

LIC. AGUSTIN FERRARI

Sub-Gerente

HERACLIO CHANDECK

Jefe de Contabilidad

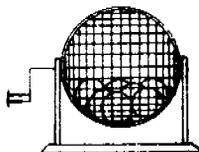
GILBERTO MEDINA

Tesorero

PABLO A. PINEL

Secretario

LOTERIA



Director
DR. CARLOS E. MENDOZA

Administrador
PABLO PIÑEL

Editores
Domingo H. Turner
Juan Antonio Suso

ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

H EPOCA • PANAMA, R. DE P., FEBRERO DE 1958 • N° 27

EDITORIAL

Un trozo olvidado de la vida del Doctor Carlos A. Mendoza

Por D. H. TURNER

En los esbozos biográficos de la vida del doctor Carlos Antonio Mendoza hay un episodio al que no se le ha dado relieve y que, sin duda, lo tiene, y muy pronunciado, en la historia nacional.

Es lo referente a su oposición, como Ministro de Justicia, al artículo presentado por el convencional por Panamá, doctor Manuel Amador Guerrero, en la sesión de la Asamblea Nacional Constituyente, celebrada el 27 de enero de 1904, y que, a la letra, dijo:

Art. El Gobierno de los Estados Unidos de América podrá intervenir en cualquier punto de la República de Panamá para establecer la paz pública y el orden constitucional si hubiere sido turbado, en el caso de que por virtud de tratado o convención aquella nación asumiere o hubiere asumido la obligación de garantizar la independencia y soberanía de esta República.

Como de ello da testimonio la Historia, para esa fecha ya se había firmado, el 18 de noviembre del año anterior, el Tratado Hay-Bunau Varilla, en cuya virtud los Estados Unidos del Norte se habían comprometido a asegurar por medio de su inmenso poderío la independencia de Panamá, amenazada por las fuerzas militares colombianas, dispuestas a reintegrar al Istmo al dominio de la vecina Nación.

Encabezada por el doctor Mendoza, el ala liberal de la Constituyente votó en contra de la onerosa disposición, que menoscabó nuestro albedrío y tiznó la frente de los panameños, contra su voluntad, con **inri** infamatorio.

Los prohombres conservadores que patrocinaron aquella Enmienda Platt panameña, formulada en el Departamento de Estado de Washington, como lo fue su hermana gemela la Enmienda Platt cubana, lo hicieron movidos por la amenaza de una inminente invasión colombiana de rescate y también ¿por qué no decirlo? temerosos del estallido de una nueva contienda civil, por el estilo de la Guerra de los Mil Días, causada por el renardecimiento de las pasiones políticas, apenas en rescoldo, que habría destruído la obra de la independencia nacional realizada conjuntamente por conservadores y liberales. La Historia nos enseña que, si bien aquéllos concibieron la idea separatista y constituyeron la Junta Conspiradora, éstos, con Domingo Díaz en la plaza y Carlos Antonio Mendoza en la prensa y la tribuna, le dieron acción y calor de masas.

Como es justo reconocerlo, este último varón inició en la forma expresada la lucha panameña por una honorable formación de la nacionalidad, a renglón seguido del golpe de mano de 1903, lucha que ha durado algo más de

cincuenta años y culminará, quizás, con la socialización del Canal de Panamá, propugnada por un nutrido sector de la generación actual.

Una placa de bronce, colocada en el Parque de la Independencia, debería ostentar gloriosamente los nombres de los convencionales que negaron sus votos al artículo 136 de la Constitución del 4. Son: Carlos A. Mendoza, Ministro de Justicia, y Rodolfo Chiari, Luis García Fábrega, Manuel S. Pinilla, Julio Icaza, Manuel C. Jurado, Pacífico Meléndez, Rafael Neira A., Heliodoro Patiño, Manuel Quintero Villarreal, Modesto Rangel, Gil F. Sánchez, Ciro L. Urriola, Juan Vásquez y Cástulo Villamil. Hicieron lo contrario: Aristides Arjona, Pablo Arosemena, Juan B. Amador, Manuel Amador Guerrero, Antonio Burgos, J. M. de la Lastra, Luis de Roux, Bernardo Fábrega, Aurelio Guardia, Alberto García de Paredes, Juan Antonio Henríquez, Emiliano Ponce J., Orondaste L. Martínez, José Ignacio Quinzada, Sebastián Sucre J., Nicolás Tejada y Nicolás Victoria J.

Es de notar que tres liberales: don Pablo Arosemena, el general José Ignacio Quinzada y don Nicolás Tejada se sumaron a los conservadores, y un conservador: Juan Vásquez G., a los liberales, dando el triunfo a la disposición limitadora de nuestro derecho de ser y de gobernarnos por nosotros mismos.

Recordando al doctor Carlos Antonio Mendoza, en el LXII aniversario de su muerte

Por *CONCHA PEÑA*

El 13 de Febrero de 1916, moría en la ciudad de Panamá uno de los hombres más ilustres que ha dado el Istmo: el Dr. Carlos A. Mendoza.

Fue liberal de honda y purísima doctrina democrática, y toda su vida la dedicó a luchar por sus ideas y por el bien y el adelanto de la Patria que le vió nacer.

Hoy, para rendir tributo de homenaje al recuerdo del gran Republico, en la fecha que marca su dolorosa desaparición, voy a sacar del olvido un trabajo fundamental que él publicara, y que es testimonio de su talento y patriotismo.

Data del 1903, cuando todavía Panama pertenecía a Colombia y en el momento que se luchaba intensamente porque fuera realidad la obra del Canal Interoceánico, cuyos trabajos iniciales los había hecho la Compañía francesa dirigida por Fernando de Lesseps y que por aquellos días estaba en trance de realizarlo la nación norteamericana.

El Doctor Carlos A. Mendoza luchó de manera desgarradora para que el Tratado que se había firmado en los Estados Unidos entre un Diplomático colombiano y un Ministro de Estado de Norte América, llamado Tratado HERRAN-HAY, no se aprobara en los términos que había sido concertado, porque rebajaba la dignidad del Istmo, y él deseaba levantar el espíritu del pueblo panameño, para que luchara arduosamente por la conquista de una causa justa.

Para hacer vibrar el alma ciudadana, sostuvo con sus copartidarios los santaneros muchas conversaciones privadas y escribió después una CARTA SIN SOBRE, dirigida a su amigo Edmundo Botello, para que éste la publicara en el periódico que él había fundado y dirigía: EL DUENDE, semanario burlón, jocoso y satírico, que en Panamá se leía con entusiasmo y deleite.

El artículo a que me refiero, vió la luz el 3 de Junio de 1903, y estaba redactado en los siguientes términos:

"Me ponen en el deber de pedir hospitalidad de las columnas de su popular semanario las publicaciones recientes hechas en LA ESTRELLA, en contraposición a la carta de Don Juan B. Pérez y Soto, sobre el Contrato Herrán-Hay.

En Panamá por razones muy bien sabidas, la opinión pública no se ha hecho sentir en el asunto sino de un modo muy imperfecto.

Apenas puede decirse, se ha emitido voto en materia que a todos nos

interesa. Las voces que más ruido hacen son las de unos pocos que — sin apasionadas expresiones — podría llamárseles los **NEGOCIANTES**: aquellos que sólo ven el lado de los intereses materiales y de los provechos inmediatos que sus propiedades, o su comercio o sus relaciones sociales les procuran, si se ejecutan los trabajos del Canal, **mucho dinero**.

Hasta ahora, son ellos casi los únicos que, por conducto de **LA ESTRELLA**, o por otros medios hacen gala de opiniones que en resumen, van contra la soberanía del país.

Nadie les negará el derecho de sustentar lo que sustentan; pero lo que si se les debe contradecir es que ellos sean la mayoría del Istmo, lo cual es manifiestamente un error.

Ateniéndonos nada más que a las declaraciones de los periódicos, tenemos que contra el proyecto del Tratado Herrán-Hay han discutido **EL CRONISTA**, **EL MERCURIO**, y **EL DUENDE**; que el Dr. Belisario Porras ha expuesto por la prensa algunas de las razones que hay para modificar el proyecto del Tratado, de manera que quedan a salvo la honra de la República y los intereses del Departamento de Panamá y de acuerdo con estas mismas ideas se expresa la generalidad de los istmeños.

Realmente será una mengua que Colombia suscriba la abdicación de sus derechos de soberanía en el Istmo, y los abdicará si consintiera en que se establezcan tribunales extranjeros que hagan justicia, que se ocupen nuestras islas y tierras firmes, y que se cobren impuestos por empleados extranjeros en parte de nuestro territorio; puesto que éstos son atributos esenciales de la soberanía y que no se transfieren sino con ella.

Si fuese el caso de que tal sea el extremo a que se llegase, Colombia, sin otra vía de salir que la de ceder al extranjero una porción cualquiera de sus derechos de soberanía en el Istmo, valdría más proceder con franqueza a declararlo a la faz del mundo, y a negociar sin reticencias que a nadie engañan, el traspaso del territorio y de su soberanía a quien sepa apreciar lo que vale la posición de Panamá, y lo que significa ser dueño de ella.

Habría yo de ser extenso si hubiera de dilucidar la cuestión en sus muchos puntos de vista; pero ni poseo la indispensable ilustración para decir más o mejor de lo que se ha escrito contra el proyecto del Tratado, ni es otro el propósito con que ocupo el periódico de usted, que el de expresar, que estoy de acuerdo con el señor Pérez y Soto en lo que ha publicado contra el Tratado, porque ese acto del negociador de Colombia, es una verdadera traición a la República, que no excusan, como se da a entender, las instrucciones que al señor Herrán se le hubieran dado; que es doctrina legal de actualidad que "el que sufraga o elige no impone condiciones al candidato, ni confiere mandato al funcionario electo, (ar-

título 7 de la Ley de 1888, sobre las elecciones populares), y por consiguiente, el señor Pérez y Soto, no tiene por qué sujetar sus opiniones como Senador, a otra cosa que a su propio criterio, ni hay motivo para que renuncie su puesto en el Senado, por no pensar como piensan determinadas personas de las que habitan en Panamá, y en nombre de los que se toman una representación que nadie les ha conferido, y digo, por último, que si fuese posible consultar de un modo fehaciente la opinión de los colombianos que en Panamá viven, el Tratado Herrán-Hay saldría improbadamente por muchísimos votos de personas que también son propietarios, comerciantes y padres de familia, cual los que quisieran verlo convertido en Ley de la República de Colombia, y por inmenso número de gentes que aunque no tengan las calidades de riqueza etc., son del país o lo aman y no pueden mostrarse indiferentes a la suerte que les quepa a ellos y a la tierra en donde nacieron o vivieron.

Quiero el progreso de la Patria y desearía ver realizado en Panamá — nombre en el cual algunos hablan — los mayores adelantamientos obtenidos por las Naciones más avanzadas; pero no creo haya razón alguna capaz de convencerme de que, a trueque de que vengan pasajeras ventajas materiales — que para la mayor parte durarán y beneficiarán lo que duraron y beneficiaron los buenos días del oro de California y del oro del Canal francés, — se debe sacrificar lo más precioso que tienen los hombres, lo propio que los Estados, el honor; y el honor colombiano y su dignidad de Nación libre, independiente y soberana lo ha sacrificado en el singular negocio diplomático Herrán-Hay, por el mismo que debió ser su defensor o dejarlo fuera otro capaz y más altivo”.

Este artículo fue acogido con entusiasmo por el pueblo y los santaneros, sus vecinos, lo reprodujeron en hojas volantes que se repartieron a profusión por toda la ciudad de Panamá y en muchos rincones del interior.

Una comisión de hombres notables se acercaron al ilustre abogado y periodista para que continuara su labor patriótica y levantara con su verbo y con su pluma el alma del pueblo que le seguía con fe, para que lucharan y no se dejaran arrebatar la soberanía de la República, puesta en peligro con el funesto Tratado, el que humillaba y escarnecía al Istmo.

Y como el pueblo lo pedía, el Doctor Mendoza siguió luchando para que Panamá fuera algún día libre y soberana.

La semilla redentora que el ilustre liberal sembró, floreció gloriosa en la jornada inolvidable del 3 de Noviembre de 1903.

En el XLII aniversario de su muerte, vuelvo a rendirle el homenaje más fervoroso a su recuerdo.

Panamá, 13 de Febrero de 1958.

PABLO PINEL

Escríbe: JOSE OLLER N.

(Panameño)

BREVE INTRODUCCION

Al cumplirse el séptimo aniversario de la desaparición del ciudadano panameño don Pablo Pinel, del escenario de la vida, hemos ideado rendir un homenaje a su memoria, influidos por el respeto a su personalidad y teniendo en mira que los valores de nuestros hombres de pasadas generaciones no deben quedar inadvertidos, mucho menos olvidados ante las nuevas generaciones que se levanten, porque aquellos ciudadanos pusieron a contribución el acervo de sus conocimientos, de su laboriosidad y de sus ejemplos de buenos panameños ante el Altar de la Patria. Y esto tiene su mérito.

Al escribir el esbozo biográfico de este varón panameño de la generación de los ochocientos, a quien nos unió nexos de afinidad familiar, y de amistad entre él y nuestro progenitor, lo hacemos sin apasionamiento ni pretensiones en este efímero degustar de la vida.

No sería posible desligar, en la presentación de las facetas biográficas del señor Pablo Pinel, la memoria ni las actuaciones de su hermano mayor don Próspero, a quien aquel viviera unido por modo rotundo en todas las etapas de su existencia: fueron ellos en el seno familiar como los hermanos gemelos de la leyenda, Cástor y Polux, no obstante sus disímiles idiosincrasias, abrazando uno de ellos el ideario del liberalismo mientras que el otro lo hizo en el plano del conservatismo, desde sus respectivas iniciaciones en la vida de relación en el transcurso de los tiempos colombianos que determinara la historia del Istmo de Panamá como colectividad política. Ni habríamos de omitir ciertos detalles determinantes de la condición de hombres de negocios de uno y otro, promotores y conductores de la navegación de cabotaje y de la industria de pesquerías de perlas en Panamá, en que desplegaron sus actividades poco comunes de modo intenso como empresarios. Ellos tuvieron eficiente auxiliar en don Narciso Pinel, hijo de don Próspero, en el movimiento de las naves cargueras: lo que requería conocimientos y mucha práctica en lo relativo a las mareas, factor determinante para el arribo y atraque y salida de las naves en los puertos caleteros del litoral del Pacífico.

Por ello, en los diversos aspectos de la vida de don Pablo Pinel, esa trabazón, esa raigambre fraternal concurrió a lo largo de sus actos de pensero de hombría de bien, como la hubo en la vida mentora de su hermano mayor, de quien trazamos en 1952 una semblanza de su vida política y social de panameño capitalino.

PABLO PINEL

(1869 — 1951)

— Boceto Biográfico —

I

En la época en que el Istmo de Panamá formaba parte de la República de Colombia bajo la denominación de Departamento de Panamá, surgió una pléyade de hombres que desde su juventud fueron factores útiles en la vida del país. Uno de aquellos valores fue don Pablo Pinel, quien nació en Panamá el 2 de marzo del año de 1869. Fueron sus padres don Dionisio Pinel y doña Manuela Najjar, quienes hicieron encaminar sus primeros pasos por la senda del deber.

Recibió instrucción primaria y secundaria bajo la competente y austera dirección del eminente educador panameño don Manuel Valentín Bravo, quien también desempeñó tan noble misión con su hermano mayor y otros jóvenes panameños de la época. La inclinación del joven Pablo Pinel al estudio y el afecto fraternal que lo unía a su hermano mayor don Próspero Pinel —hombre público de notoria actuación en la vida nacional— fueron factores concurrentes a que llegara aquél a completar su instrucción en el exterior, adonde viajó rumbo a la gran urbe del norte, Nueva York. Hizo estudios profesionales en la ciudad de Poughkeepsie, del mismo Estado, en el Colegio de Comercio Eastman. Siguiendo el *pénsum* de dicho colegio que a lo largo del tiempo ha gozado de merecida fama como plantel moderno en la rama comercial, egresó de dicha institución educativa con el título adquirido en buena lid de Perito Mercantil, hábil para las labores del ramo.

El joven Pinel continuó por algún tiempo después de egresado del mencionado colegio, en la gran metrópoli neoyorkina, donde se especializó en artes mecánicas manuales, aprendiendo en el ramo de la armería y mecánica aplicada, inclusive el niquelado y empavonamiento de piezas de precisión. Dándose la circunstancia de que su hermano don Próspero llegase a poseer en la ciudad de Panamá un establecimiento comercial como sucesor de la firma G. Casadovall que se especializó en la representación y venta de armas de fuego de la marca Remington, que también fabricaba las máquinas de coser de esa procedencia, los conocimientos técnicos del joven Pablo fueron aplicados y utilizados en la administración y desarrollo del establecimiento comercial descrito.



Don Pablo Pinel
(1869 - 1951)

De regreso el joven ciudadano a la tierra natal, los dos hermanos se unieron en sus labores comerciales bajo la razón social de "P. Pinel" llegando a ser los primeros agentes de otra fábrica de máquinas de coser, la conocida mundialmente Singer Sewing Machine Co. en la ciudad de Panamá, con exclusividad en todo el Istmo.

II

Más tarde, su vocación de empresario con su hermano que unía a los dotes de acción una visual certera, propendió a que ambos formaran la razón social de Pinel Hermanos en 1901, con la inauguración de una línea de goletas o veleros que fueron los precursores de la navegación por el litoral del Pacífico del Istmo de Panamá, negocio de cabotaje que contribuyó al desarrollo del país sirviendo de comunicación entre el puerto de la capital del Departamento y el puerto de Pedregal (Provincia de Chiriquí) como arteria comercial de la ciudad de David y los pueblos circunvecinos.

En esa época del Departamento de Panamá al amparo de las instituciones políticas de la República de Colombia, don Pablo Pinel, al igual que su hermano don Próspero, gozaba de un alto índice de estimación en la sociedad, por su rectitud de vida y su reconocida laboriosidad. En los tiempos de la Guerra de los Mil Días, intimó con personajes del mundo oficial como el doctor Facundo Mutis Durán, el General José María Campos Serrano y don Juan V. Aycardi, que ocuparon la gobernación del departamento, y luego con el ilustradísimo y notable hombre público doctor y general Carlos Albán, toda vez que la vida política de nuestro biografiado fue perfilándose dentro del credo conservador. Llegó a prestarle notables servicios a ese partido gubernamental, al punto de que el General Albán le expusiera su propósito de conferirle el grado de Coronel, que este modesto ciudadano declinó, pues sus aspiraciones nunca pasaron de ser más que las de un simple ciudadano abroquelado en su honradez y espíritu de servicio, sin los oropeles ni las complicaciones de la vida de cuartel, aunque fuese ello para figurar de un modo casi honorario. Cultivó relaciones sociales y de amistad con personajes colombianos de renombrada prosapia como don Román Payán, los Llorente y otros de la época, gozando de la estimación de sus familiares, todos de gran cultura.

III

Con el advenimiento de la República en 1903, el señor Pinel en unión de su hermano don Próspero, se dedicó como empresario naviero a la formación de la primera compañía anónima de carácter naval, denominada Compañía de Navegación Nacional, que llegó a tener su auge y contribuyó al desarrollo del país poniendo en comunicación la capital con el resto del litoral del Pacífico de la República hasta que, con la inauguración de la

carretera central en 1916, los medios de transporte sufrieron transformación asaz radical. Esta línea de vapores ejerció influencia saludable en las operaciones comerciales y de intercambio cultural entre las provincias y la capital, lo mismo que por la afluencia del personal interiorano a la primera metrópoli y viceversa. Dicha empresa naviera fue la primera entidad comercial que utilizó en Panamá el sistema de bonos con cupones de intereses, al organizarse bajo las leyes del Estado de New Jersey, Estados Unidos. Tales bonos, de quinientos balboas cada uno, fueron impresos en aquel país, y su colocación tuvo por escenario el mercado de Panamá, siendo sus tenedores personas pudientes y empresarios de la capital y del interior de la República, en inversión reproductiva; además del Estado, que cooperó igualmente en este sentido. Estos documentos fiduciarios fueron redimidos totalmente antes de la liquidación voluntaria de la Compañía.

Paralelamente a la empresa naviera descrita, los señores Pinel mantuvieron, siempre dentro de la sociedad Pinel Hermanos, un taller de reparaciones de barcos en Peña Prieta en la rada del puerto de Panamá, donde con antelación lo habían hecho con los buques de vela antes de 1903. Ese taller abarcaba secciones de carpintería naval, de tornería mecánica, de herrería y de fundición, operada cada una separadamente con artesanos panameños bajo la dirección de ambos hermanos.

Otra actividad empresarial en que intervino el señor Pinel fue la de explotación de la industria pesquera de la concha madreperla, comúnmente llamada *Bucería*, dándose el caso de operar dos armadas simultáneamente, una en las costas del Golfo de Panamá en el archipiélago de las Perlas y en las costas de Chiriquí bajo la dirección de don Próspero, mientras que don Pablo dirigía y administraba la armada en aguas del litoral del Cauca, conocida como la *Bucería Chocoana*, hasta las inmediaciones de Tumaco. Estas actividades se extendieron por un tiempo hasta las costas del norte del Perú, en Sechura, por una temporada; y en el mar Caribe también hicieron exploraciones en las costas venezolanas en las inmediaciones de la Isla Margarita. La industria de explotación de la madreperla y la gema preciosa en sí, hizo de la firma comercial uno de sus principales factores en los mercados de Estados Unidos y Europa, en ésta muy intensamente en las plazas de Londres y París. Los hermanos Pinel llegaron a ser expertos conocedores del mercado de perlas; y en las diversas fases de la misma preciosa gema submarina. De sus conocimientos derivaron grandes satisfacciones y no pocos proventos como consultores, lo mismo que por el suministro de perlas a las firmas especializadas en París y Londres principalmente, como los Hermanos Rosenthal y Rosing Brothers respectivamente. Respecto a la exportación de la concha madreperla a los mercados de Nueva York, Londres y Hamburgo, la sociedad de estos meritorios in-

dustriales gozó de merecido prestigio y confianza por sus métodos de clasificación de las conchas que le dieron a Panamá tanto renombre como lo tuvo en los mercados de perlas en el exterior. Esta industria se encuentra hoy desaparecida debido a misterios de la naturaleza —que fue pródiga en tiempos idos— y que en los últimos veinte años se ha negado a producir el molusco codiciado por dichas gemas que hicieron de Panamá famoso foco de riqueza desde los tiempos de la conquista.

Nuestro biografiado fue apoderado legal con el carácter de Agente de la empresa minera inglesa *The Darien Gold Mining Co. Ltd.* explotadora de las ricas minas de oro de Cana, Darién, durante casi dos décadas hasta que dicha entidad clausuró sus operaciones en el Istmo allá por el año 1914. Bajo su competente manejo de la agencia pasó por sus manos ingente riqueza representada y contenida en las refulgentes barras de oro que se exportaban a Inglaterra.

IV

Las características personales de don Pablo Pinel fueron su cautelosa consagración de empresario, su fe en el porvenir de Panamá, su ponderado sentido de responsabilidad, su proverbial probidad y su patriotismo.

Ya a edad avanzada, cuando las tareas de carácter marítimo vinieron a menos por razón de la liquidación voluntaria de la empresa naviera y la desaparición del molusco de la madreperla de las costas istmeñas; y positiva y mayormente, por su efecto moral, debido al fallecimiento de su entrañable hermano don Próspero el 17 de febrero de 1926, rindió la jornada de la vida don Pablo Pinel en la ciudad de Panamá el 13 de febrero de 1951, pocos días antes de cumplir los 82 años. Dejó prole de su matrimonio con doña Julia Martín Patterson; su único hijo varón Pablo Adolfo, que estudió en los Estados Unidos de Norte América y entre otras posiciones en el comercio ha sido secretario de la Lotería Nacional de Beneficencia por plural número de años y sigue siéndolo en la actualidad; así como sus hijas doña Manuelita de Valdés, doña Ana Julia de García de Paredes y doña Cecilia de Remón Cantera, todas virtuosas damas. De ellas, doña Cecilia ha escalado el elevado sitial de primera dama de la República con la exaltación a la silla presidencial de su esposo el Coronel José Antonio Remón Cantera (q.e.p.d.) Ellas, por sus actuaciones dentro de sus respectivos hogares, merecen el respeto y consideración sociales, habiendo recibido la última nombrada demostraciones de reconocimiento público por su labor de asistencia social, como Presidenta que fue de la Cruz Roja Panameña, y en otras actividades de aquella índole.

Este es, en síntesis, un ensayo de boceto biográfico del respetable ciudadano panameño don Pablo Pinel.

Panamá, 13 de Febrero de 1958.

Yo Conoci a Demetrio Korsi

Por VICTOR M. FRANCESCHI

(Panameño)

Entre las docenas de asiduos concurrentes al célebre café "Coca-Cola", siempre hubo un hombre cuya personalidad era objeto de mi atención. Parecerá raro que afirme lo anterior. A decir verdad, no era un



Demetrio Korsi

hombre muy comunicativo, ni excéntrico; en su habitual indumentaria, tampoco existían cosas que lo destacara, pues vestía muy sencillamente, demasiado sencillo para mí: yo juraba que un gran poeta, una celebridad cualquiera debía vestir muy bien. Así pensaba, porque entonces, cuando mis experiencias no estaban más allá de los claustros escolares, creía que un hombre que escribía y que su nombre aparecía en los libros y periódicos más afamados del continente, era persona de solvente economía. Lo justo, pensaba, es que son hombres bien pagados por lo que escriben. Igualmente creía que dichos afamados hombres, al pasar por entre la gente de las calles, podían distinguirse con facilidad debido a la atención que debían despertar, por la admiración a que son merecedores y por el respeto a que su privilegiada inteligencia mueve.

Aquel hombre que habitualmente estaba a las decadentes horas vespertinas en el citado café, me llamaba la atención por sus acentuados rasgos faciales. Parecíame un hombre cuya cara había sido labrada en la silente rigidez de una piedra legendaria. Viéndolo evocaba un Dios mitológico de la antigua Grecia: grande la cabeza, frente muy ancha, coposos y platinados cabellos lisos; labios gruesos, nariz de gruesas alas y notoriamente acentuados los bordes que en su rostro bosquejaban los músculos faciales.

Disimuladamente mirábase, mientras tomaba un café en compañía de

un amigo. Lo hacía a hurtadillas; que no se diera cuenta ni el compañero de mesa ni el sujeto de mi atención. Veíale fumar el enorme tabaco del que se levantaba una bocanada de humo intermitente, mientras se esparcía sobre el salón, como una débil capa de "piel de ángel" que acababa por imprimirle una mayor curiosidad al cuadro que me sujetaba la mirada.

Recuerdo que una tarde, hará de ello casi 9 años, pasaba apresuradamente por la esquina de la calle 12 y avenida central. Me acompañaba un amigo cuyo nombre escapa a la memoria. Vi al hombre motivo de mi especial atención, erecto como una estatua con su tabaco y su sombrero. Queriendo dar término a la curiosidad interrogué a mi amigo sobre la identidad del sujeto. "Ese es Demetrio Korsi", contestome el interpelado. "Si hombre, Korsi el poeta, ¿tú no lo conocías?" No fue si no al reponerme de un tropezón que tuve con un peatón —por quedarme viendo a Korsi—, cuando contesté al amigo que en realidad no tenía la menor sospecha de que se tratara de tal personaje.

Y desde entonces fue objeto de mi mayor preocupación tener lo que para mí constituía un gran honor; ser un amigo de Korsi ¡o tan siquiera un conocido del poeta que era autor de "Incidente de Cumbia"! Pensaba que todos los que se movían en derredor del bardo, como que no le prestaban la atención debida; como que no le concedían, con el debido respeto y admiración a que yo lo veía acreedor, el sitio que le correspondía por sus reconocidos méritos intelectuales. Y parecíame, pues, que mi amistad era como algo necesario para él y para mí: para él, porque necesitaría de quien le martillara, frente a frente, que era un gran poeta, un hombre inteligente, cantado y reconocido en los círculos intelectuales. Algo me decía que Korsi, al ser tan sencillo en su persona y en sus cosas, demostraba que *no sabía o que no se había percatado de su inmenso valor*. ¡Y era yo quien pretendía decírselo...! Por eso lo quería conocer. Necesario era para mí conocerlo, porque quería que a través de una, dos, o quién sabe cuántas conversaciones, me llevara por los apasionantes vericuetos técnicos del verso. Quería que un hombre famoso como él me hablara de la métrica: me contase cómo se las ingeniaba para producir sus obras poéticas y... en fin, que habláramos de muchas cosas que podrían serme interesantes y valiosas, y que no dudaba podían ayudarme a mí que soy un incursionista en las letras.

Fue por intermedio del poeta y amigo Alvaro Menéndez Franco, por quien pude apagar la sed de conocer a Demetrio Korsi. Fue otra tarde. Habían muy pocos clientes en el "Coca-Cola" y yo encontrábame con Menéndez Franco en una de las mesas, platicando sobre los temas de la poesía, las luchas estudiantiles y la cultura en general. Ví que Korsi saludó desde

su mesa a mi compañero y que éste, con toda cordialidad contestó el saludo. Sin escatimar un sólo segundo, expliqué con toda confianza a Alvaro Menéndez mis deseos, a lo que accedió muy gustoso. Así, pues, por vez primera, estrechaba la mano gruesa y áspera de aquella figura tallada en piedra por los antiguos griegos y transportada en carne y hueso a nuestros tiempos.

La charla fue breve aquella tarde. Yo me limité más a escuchar, ya que aún no sabía de mi entusiasmo y mi interior sorpresa de estar al lado de un gran poeta, y tan honrosa ocasión me sumía en el silencio contemplativo, como si fuera un niño al lado de hermoso y complicado aparato que lo subyuga.

Desde entonces intenté hacerme su amigo. Tal objetivo no fue nada imposible. Esto lo saben quienes conocieron al bardo, pues era tal como uno lo veía de sencillo en la calle, idéntico en su trato. Cortés, amable y modesto. Como era lo natural, puse en marcha mi empecinado deseo de hacerle saber que era un gran poeta y un hombre muy admirado. A decir verdad, al principio creí que lograría mis propósitos exitosamente. Pronto me sentí defraudado. Cada vez que hacía mención de sus honores y que hablábale de sus cosas grandes, bien guardaba silencio o me desviaba la conversación con sutileza: siempre había un raro gesto inescrutable en su rostro, que me hacía sentirme majadero. Después, al tiempo, cuando leí sobre la vida de muchos grandes hombres, comprendía que hay un detalle significativo y casi hereditario en las inteligencias superiores: se sonrojan cuando se les exalta.

Pero si Demetrio Korsi se sonrojaba cuando le hablaban de sus méritos inegables, a mí hubo algo que me sonrojó hasta la pena, porque jamás pensé que a un poeta le pudieran ocurrir cosas semejantes: en 1956 decidí publicar mi primer libro de versos titulado "CARBONES". Como en el mismo hay una sección de poesías de tipo "negroide", decidí llevarle el volumen a Korsi, para que me hiciera un comentario, ya que su nombre aparece en las mejores antologías de poesía afro-americana ---"Mapa de la Poesía Negra Americana", de Emilio Ballagas--- con la célebre composición "INCIDENTE DE CUMBIA". Por tal razón pensé que él, mejor que nadie estaba en autorizada capacidad de hablar sobre la calidad de mis poemas en tal difícil metro y canto. Al hablarle sobre el particular, dijo me Korsi que fuera a su casa y le llevara mi libro, pues gustosamente lo comentaría. Antes se excusó de no ser crítico literario y de no ser autoridad en materia de poesía afro-americana: "Pero si de algo le sirve mi opinión, con gusto se la doy".

Tal situación me obligó a llegar a su residencia. Y jamás he creído que se le hizo total justicia a los cacareados méritos del poeta santanero, porque la forma precaria en que vivía al lado de su amada y abnegada esposa y de sus queridos hijos, no justifica en nada lo que daba para mérito y orgullo de la patria, y, por el contrario, echaba por tierra esa fatuidad y ese alarde de gente civilizada que decimos ser a cada momento. En suma: Korsi, una gloria de las letras nacionales y americanas, y un mendigo —relativamente— no diferenciaban mucho en cuanto a la precaria situación de vida. Parecerá esto exagerado y no dejará de causar sonrojo en unos, sorpresa en otros y en los menos un resentimiento. Pero lo digo en honor a la verdad y porque espero que este dardo caiga en el corazón de todos los responsables de que las cosas del arte languidezcan bajo el peso de la negligencia y sucumban arrollados por el horrible espectro del materialismo. A Korsi no se le hizo justicia, como no se le ha hecho a muchos valores nacionales. En nuestra patria, doloroso es decirlo ¡vaya este otro dardo!, se necesita un apellido que se apoye en el dinero o la fuerza política o en el de la amistad, para que entonces se haga una "justicia" que, al final de cuentas deja un saldo inverso de injusticias. . . . Así, pues, el padre de Chimbombó, el dueño de "El Grillo que Cantó Sobre el Canal", el padre de "El Grillo que Cantó Bajo Las Hélices", el hombre de "Oda Inflexible" y tantas docenas de producciones que defienden nuestra nacionalidad y que son perenne grito contra el vórtice del dinero, la corrupción y tantos otros males, vivió la mayor parte de su vida, alejado, proscrito de una vida a la altura de sus merecidos y nunca bien ponderados honores.

Demetrio Korsi no era, sin embargo, un amargado. Su producción, que es la síntesis de sus nobles sentimientos de hombre y de ciudadano, no denuncian los complejos a que pudo estar sujeto, como consecuencia de la desidia de sus hermanos defendidos. Sus últimas creaciones, más energicas, vibrantes y logradas, señalan la modestia, la sinceridad y el desinterés de quien vivió para la poesía por la poesía misma. Quien se quiera cerciorar, lea ese monumento de poema que es "El Arbol que Lloraba Estrellas", segundo premio de los juegos florales celebrados en la República de Ecuador.

Quién sabe si su señora esposa lo sabía, pero nada era capaz de hacer una denuncia de los males que aquejaban al bardo antes de su repentina muerte. Yo lo ví el día anterior a su muerte. Verdad que sus años no se ocultaban. La senectud se asomaba por todos los contornos de su cuerpo, pero no con la agresividad que denuncia a la parca. El poeta acostumbraba hacía unas semanas —no se por qué— tomar sus alimentos en el

restaurante "Chipre", frente a la "Casa Sport". A veces lo acompañaba su señora y sus hijos, pues él solía comer se encontraran o no presentes éstos. Regularmente nos veíamos a la hora del almuerzo y de la cena. Hablábamos sobre diversos tópicos. Recuerdo que para esos días le inquirí sobre si participaría en el concurso "Ricardo Miró". Estoy seguro que me lo negó. Pero al día siguiente de su muerte supe que dictaba en sus postreros momentos un poema alusivo a la guerra de los mil días y que estaba destinado al concurso en mención. Comprendo perfectamente de dónde arrancaba esa negativa de Korsi. Hay la arraigada idea de que en Panamá los artistas se sabotean entre sí, cuando saben quiénes concursan. El mismo Korsi me había relatado una lastimosa trama efectuada en un concurso y del cual le correspondió ser jurado. Según sus palabras, casi derrotan a Demetrio Herrera Sevillano, porque otros jurados pensaban repartirse el premio metálico con los que, previa y delictuosamente, habían sido escogidos como vencedores. "Yo me opuse a esa suciedad y amenacé con delatar a los autores, si no reconocían, en justicia, el tercer premio para Demetrio Herrera Sevillano", agregó Korsi.

Aquel día almorcé y cené, pero no veía al poeta. Como ello acaecía ciertas veces, nada me obligó a preguntar por su ausencia. A las nueve en punto de la noche pasé por el parque de Santa Ana. Víctor Cavalli me llamó y me dijo: "Sabes quién está hospitalizado?" No podía tener la más remota idea. "Demetrio Korsi", me contestó Cavalli. Como no pensé que se trataba de algo tan grave, pues había visto al poeta el día anterior, le dije al amigo que me había dado la noticia que iría temprano al día siguiente a verlo. Así lo hice. Llegué para desayunarme en el restaurante "Chipre" y me encontré en él con Demetrio Korsi. Estaba estático, mudo en silencio eterno, tal como aparecía en el grabado de la edición de la "Estrella de Panamá" que anuncia su deceso. Y por eso no nos volvimos a saludar aquella mañana, porque sólo encontré el retrato del hombre que parecía tallado en piedra. Y, por la tarde, en vez de la habitual cena, nos confundimos espiritualmente y nos despedimos para siempre en el peródromo de las mil rutas que es el camposanto...

Los Panameños y los Estudios Históricos

Con motivo de celebrarse en esta ciudad —del 24 al 28 de Febrero de 1958— el Segundo Seminario Bibliográfico de Centro América y del Caribe, el profesor Ernesto J. Castillero R., ha preparado este trabajo, que es una contribución al estudio de la bibliografía histórica panameña.

La historia patria no fue un ramo de las letras que atrajera a los intelectuales panameños en el siglo pasado, época, por otra parte, de mucha publicidad en Panamá, como lo demuestran los cuatrocientos treinta títulos, poco más o menos, de periódicos que salieron de las prensas del país. En el periodismo político, en cambio, brillaron muchos intelectuales. La literatura tuvo unos pocos cultores, no muchos, por cierto. El mejor periódico de este género se tituló El Cefiro, publicado entre 1866 y 1867, del cual se editaron 17 entregas.

Explicase la ausencia de trabajos históricos en los impresos del siglo pasado, por el hecho de no haber a mano en Panamá la documentación que pudiese servir de fuente de consulta y ser por entonces escasos en toda la América los libros de ese género. “*La Estrella de Panamá*” en su edición del 10 de octubre de 1854 se lamentaba de tal circunstancia en las siguientes explícitas palabras.

“El pasado de Panamá —decía— se ha desvanecido sin dejarnos pruebas de su pretérita grandeza. La vieja ciudad en que Francisco Pizarro formuló sus planes de conquista del Perú y de la cual él y sus audaces compañeros de empresa salieron por mares ignotos hacia la conquista de nuevos florones y cuantiosas riquezas para la corona española, sigue hoy sumida en impenetrable selva, casi tan desconocida como lo son las florestas de Yucatán o de Nicaragua. La fecha de la fundación de la actual ciudad y el recuerdo de uno o dos grandes incendios que la devoraron, es todo cuanto sabemos de ella; no existen archivos ni mensajes del pasado, pues el tiempo y el descuido se han encargado de acabar con ellos, dejándonos apenas ligeros indicios. Y es una lástima, ya que la historia del pasado es siempre instructiva e interesante.

“Es posible que en los documentos oficiales de España o en los archivos del Consejo de Indias queden aún documentos de los cuales pueda sa-

carse algún conocimiento positivo que instruya. Existen en obras publicadas por viajeros y exploradores algunos datos regados, y de los libros de Alcedo y Acosta pueden sacarse algunos tópicos importantes. Quisiéramos tener la persuasión suficiente para inducir a alguien a emprender la tarea y salvar del olvido la que queda de la historia de Panamá”.

Considero a *Don Mariano Arosemena* el precursor de los historiadores istmeños. Fue el primer panameño en acometer la empresa de escribir un libro de verdadera historia que tituló “Apuntamientos Históricos 1801-1840”, publicado incompleto - sólo las primeras cuarenta y ocho páginas - en 1868. Este mismo material y algunas cuantas cuartillas más salieron insertadas en el “*Boletín Oficial*” del Estado entre 1868 y 1869; pero varios años antes, en 1860, había dado a la luz en las páginas de la “*Revista del Pacífico*”, varias cuartillas a las que puso por título “*Independencia del Istmo de Panamá*”, las mismas que fueron reproducidas poco después por “*La Estrella de Panamá*”.

Acercá de los originales de los Apuntamientos expresó el Dr. Justo Arosemena, hijo del prócer, en 1894 lo siguiente: “A más de aquellos artículos había acometido Don Mariano otro trabajo sobre el Istmo, objeto preferente de su actividad. Era una historia especial de esta porción de la República, que escribía lentamente a medida que reunía materiales y de que publicó algunas entregas. Tenía una buena parte inédita, pero entendemos que anduvo en varias manos y se extravió”. (“*Centenario de un Prócer*”), en *El Deber* Nº 49 de julio de 1894).

Ya tuve oportunidad de explicar en el “*Boceto Biográfico*” que puse como introducción al libro completo del ilustre escritor, impreso bajo mi dirección en 1949, las circunstancias concurrentes que felizmente me hicieron dueño de los manuscritos originales de esta obra y cómo me fue posible darla a publicidad, salvando tan valioso aporte histórico de una pérdida que por décadas se creyó definitiva.

Otros notables ensayos de historia patria, aunque revestidos de un brillante ropaje jurídico, son los del ilustre legista *Dr. Justo Arosemena*, que tienen por título *Examen sobre franca comunicación entre dos océanos*, editado en 1846, y *Estado Federal de Panamá*, cuya primera publicación se hizo en 1855.

El *Dr. Justo Arosemena*, sin ser precisamente un historiador por corresponder sus trabajos a la ciencia de la jurisprudencia, fue tenido como tal al ingresársele en el Liceo Granadino, sociedad de eminentes escritores de la Nueva Granada que precedió a la Academia Nacional de Historia de la Colombia actual. Muchos trabajos del fecundo polígrafo istmeño lindan con la Historia.

El *General Buenaventura Correoso* publicó en 1886 un interesante fo-

lletado con la síntesis de los acontecimientos históricos del Istmo entre 1885 y 1886, dado a luz en Buga, Colombia, bajo el rubro de *Sucesos de Panamá*.

Correoso, actor principal en la política durante el lapso en que el Istmo fue Estado Soberano, a mediados del siglo XIX, dejó muchas anotaciones históricas, como su *Diario de Cárcel** cuya copia tengo, algunas de las cuales se conservan inéditas, y otras por desgracia extraviadas y que de publicarse revelarían muchos aspectos de los trágicos sucesos acaecidos en Panamá en aquella tormentosa y revolucionada época que fue llamada, con razón, "la Era de los retozos democráticos" y en cuyos acontecimientos tuvo él tan destacada participación. Ya en otra ocasión, en un estudio que titulé "*Tres Cuartos de siglo de Revoluciones en el Istmo*", elaboré un recuento minucioso de las guerras, revoluciones, cuartelazos, motines, asaltos armados, etc., que en número de setenta y seis ocurrieron en el país durante 75 años del siglo pasado, hasta nuestra independencia de Colombia, trágicos sucesos aquellos que pudieron haber servido de tema para los historiadores, si entonces los hubiera habido.

Otros políticos como *Don José Vallarino*, (1) *Don José de Obaldía*, (2) *General Tomás Herrera*, (3) *General José Domingo Espinar*, (4) *Dr. Jil Colunje*, (5) *General Pedro Goytía* (6), etc., han dejado igualmente publicaciones que, si bien atañen a su actuación personal en circunstancias interesantes de sus vidas, son fuentes de información para la historia del país en relación con sus movimientos bélicos internos o con las discusiones políticas en que esas mismas y otras personalidades intervinieron.

Debo no dejar pasar por alto una obrita de 56 páginas de un escritor panameño que después se hizo célebre como panfletista. *Don Rodolfo Aguilera*, quien en 1887 dió a la estampa el primer ensayo biográfico sobre nuestras notables personalidades históricas, bajo el título de *Istmeños Ilustres de la Emancipación*.

(*) El señor Juan Antonio Susto tiene el original.

(1) José Vallarino: *Diario de Barranquilla y Esclarecimiento Histórico 1830-1831*. (1837).

(2) José de Obaldía: *Memoria Testamental*, (publicada por E. J. Castellero R. en 1934) y *Discursos*.

(3) Tomás Herrera: *Breve Manifiesto del Coronel Tomás Herrera (1848)* y *Ultima Contestación del Coronel Tomás Herrera (1848)*.

(4) José D. Espinar: *Resumen Histórico Que Hace De Los Acontecimientos Ocurridos en Panamá en 1830*. (1851).

(5) Jil Colunje: *El Plenipotenciario del Estado de Panamá Cerca del Gobierno de los Estados Unidos de Colombia*. (1863).

(6) Pedro Goytía: *Vindicación Documental del Gobernador Suspenso de la Provincia de Azuero*. (1855).

En el siglo pasado se dieron a la estampa en el extranjero algunos pequeños libros en inglés, que tuvieron por tema la historia de Panamá, sin ser sus autores panameños. Simplemente como una referencia a aquellas producciones que nos atañen y son fuentes de información para el estudio de nuestra historia, voy a citarlas aquí. En 1844 se publicó en París por *Michel Chevalier* *L'Isthme de Panamá. Examen Historique et Geographique*, y en Nueva York se editó en 1855 una obrita: *Panama in 1855* por *Robert Tomes*. El Dr. *Berthold Seeman* publicó en Panamá 1867, en inglés y en castellano, su *History of the Isthmus of Panama* (en español, traducida por Tomás Casis, *Historia del Istmo de Panamá*); el vice-cónsul en Panamá, *Charles Toll Bidwell*, publicó en 1865, "*The Isthmus of Panama*"; el doctor *Wolfred Nelson*, en "*Five Years at Panama*, 1889; *George S. Minot* publicó en Kingston, Jamaica, en 1892 un folleto titulado *The History of Panama*. y *Tracy Robinson*, en "*Fifty Years At Panama - 1861-1911*", publicado en 1911. Pero la más interesante fuente para el estudio de la historia patria se encuentra en la gran obra del historiador norteamericano *Hubert H. Bancroft*, en cuyos volúmenes VII y VIII, que se refieren a Centro América, trata con detalles los acontecimientos ocurridos en el Istmo desde 1530 a 1830. *Bancroft* se radicó por algún tiempo en Panamá para estudiar a fondo los archivos y la hemeroteca panameña. Ya en este siglo, en 1902 y 1903, el colombiano *Donaldo Fedasco* publicó dos tomos de "*La Guerra en el Istmo*".

Los escritores mencionados, como acabo de decir, son foráneos y los nativos se conformaron con estudiar la historia patria en estas fuentes extrañas, sin intentar escribir ellos su historia.

Al ocurrir la independencia y la constitución de la República, inmediatamente después de los acontecimientos de Noviembre de 1903 surgieron los primeros historiadores nacionales tomando como asunto este trascendental suceso. *Ramón M. Valdés* publicó en 1904 un folleto bajo el título de *La Independencia del Istmo de Panamá*, y *José Agustín Arango* en 1905 sus *Datos para la Independencia del Istmo, Proclamada el 3 de Noviembre de 1903*. Más tarde otros Próceres dieron a la estampa el relato de su participación en aquella gesta gloriosa para el pueblo panameño, y lo mismo hicieron algunos de los que intervinieron en la guerra civil de comienzos de siglo, que precedió a la independencia. Pero ni a los unos, ni a los otros les corresponde el título de historiadores porque no fueron sino narradores de hechos aislados, sin un enfoque general de los acontecimientos del país.

Los verdaderos primeros historiadores nacionales, los que abrieron la marcha en el campo de las investigaciones de nuestro rico acervo documental de que es guardadora la madre patria España y dieron a co-

nocer en artículos de periódicos y revistas, en el folleto y en el libro el resultado de su escudriñamiento en los vetustos infolios de la época colonial, fueron *Juan B. Sosa* y *Enrique J. Arce*, quienes iniciaron su labor publicitaria en las páginas del "Heraldo del Istmo" en 1904.

Sosa fue el primero en inscribir su nombre en la bibliografía histórica nacional con un trabajo sustancioso y bien documentado que lleva por título *Límites de Panamá. Apuntamientos Sobre los Derechos Territoriales de la República en sus Línderos con Colombia*, publicado en Panamá en 1908 y reeditado en Madrid en 1911.

El señor *Sosa*, entusiasmado con su labor de historiador, hizo un viaje a España en busca de documentos en los Archivos de Indias para confeccionar junto con *Arce*, una *Historia de Panamá* que sirviera de texto en las escuelas y colegios de la República. La primera edición de este libro salió de las prensas de la "Editorial Diario de Panamá" en 1911, y es la que ha servido de fuente informativa y guía a los historiadores posteriores que hayan tenido el propósito de escribir sobre nuestro pasado". (7)

Para esta fecha un notable historiador se reveló con una bien escrita biografía del General Tomás Herrera, que publicó en Barcelona, España, en 1909. Me refiero al Dr. Ricardo J. Alfaro, único sobreviviente de los fundadores de la Academia Panameña de la Historia, y que la preside en la actualidad.

Los estudios históricos tuvieron, a partir de principios de este siglo, como zapadores, a estos tres investigadores: *Sosa*, *Arce* y *Alfaro*. Los dos últimos desde la cátedra de los planteles secundarios estimularon las vocaciones de los jóvenes aficionados a esta ciencia, y el primero, *Sosa*, siguió publicando sus artículos históricos en una prosa sobria y elegante y con una rica documentación. Al mismo se debe un bien elaborado librito que editó en 1909, *Panamá La Vieja*, revelador de su acuciosidad y su acierto en la confección, interesante volumen del cual el hijo del autor, Enrique J. Sosa, hizo una segunda edición en 1955 y una tercera en 1956.

En 1914 *Sosa* y *Arce*, en cumplimiento de la ley 26 de 1908, y pre-

(7) "Sin pretensiones de haber producido una obra perfecta sobre tema de suyo escabroso — dicen ellos en la Introducción — creémos haber satisfecho con su publicación un deber patriótico, al tratar de divulgar los hechos importantes ocurridos en el territorio panameño desde los tiempos anteriores a su descubrimiento y conquista por los europeos, hasta su constitución en una entidad independiente". (Unas pocas palabras).

vio contrato celebrado con la Secretaría de Instrucción Pública un año después, acometieron la tarea de preparar y publicar una *Historia de Panamá* en extenso, de varios tomos, cuya impresión iniciaron en la Imprenta Nacional. Para fines de dicho año estaban ya impresas 624 páginas (hasta el año de 1522), en cantidad de 7.500 ejemplares. Por desventura una inesperada marejada provocada por un ciclón, cubrió de agua el depósito de la imprenta perdiéndose por entero la obra, salvándose apenas cuatro ejemplares, de los cuales uno obró en poder del Dr. Méndez, otro lo tiene el historiador Juan Antonio Susto, un tercero posiblemente la familia del coautor, señor Sosa, y el más completo, sin duda, hace parte de mi biblioteca particular.

Fallecido Sosa en 1920, dispuso Arce hacer la reproducción en 1934 del *Compendio de Historia de Panamá* que ya estaba agotado. En efecto, encomendó el trabajo a los Talleres Gráficos de Benedetti Hnos., que sacaron un primer tomo ese año y un segundo tomo en 1940. Pero éste no circuló porque al cambiar de dueño la imprenta, las cuartillas impresas fueron arrojadas al basurero, salvándose de esa pérdida lamentable sólo unos pocos pliegos, tocándome en suerte ser poseedor de una colección completa que constituye el 2º volumen entero. El señor Arce quiso reimprimir en la editorial del Star and Herald, en 1946, el primer tomo de su Compendio, del cual llegaron a tirarse hasta 511 páginas, pero el fallecimiento del reputado historiador determinó nueva pérdida de lo ya impreso, del cual existe únicamente un ejemplar de que soy afortunado dueño. Estos dos tomos últimamente mencionados del *Compendio de Historia de Panamá* por Arce y Sosa tienen, por su rareza, un especial valor bibliográfico.

Octavio Méndez Pereira, catedrático de lengua española y literatura castellana, hizo su aparición en los predios de la Historia patria en 1915 con un librito premiado en un concurso, *El Desarrollo de la Instrucción Pública en Panamá*, y sentó su prestigio de historiador con su *Justo Arosemena*, magnífica obra biográfica laureada en otro concurso celebrado en 1919. En 1923 se hizo merecedor al honor de que la *Historia del Canal de Panamá*, producto de su preclaro talento y atildada pluma, fuese grabada en grandes lápidas de piedra en el monumento que la gratitud del pueblo panameño erigió a la memoria de los franceses que cooperaron a la construcción del Canal. Las otras obras históricas posteriores de Méndez son: *Historia de la Literatura Española*, 1922; *El Tesoro del Dabaibe*, 1934 (reeditado varias veces con el título de *Núñez de Balboa*); *Historia de Ibero América*, 1936; *Antología del Canal*, 1939 y *Tierra Firme*, 1940.

Para estimular el estudio de la historia nacional y americana y despertar interés por la investigación documental de los archivos, atendiendo a recomendación de Don Angel de Altolaquirre y Duvalé. Censor de la Real Academia de Historia de España, presente en Panamá en 1921, los señores Ricardo J. Alfaro, Enrique J. Arce, Octavio Méndez P. y Antonio Burgos, nombrados Correspondientes de dicha Academia, instituyeron la *Academia Panameña de la Historia* como Correspondiente de la Española, cuya fundación fue aprobada por la de Madrid. En 1930 fue aumentada aquella con nuevos miembros, a saber: Guillermo Andrey, Juan Demóstenes Arosemena, Héctor Conte Bermúdez, Narciso Garay, José de la Cruz Herrera, Samuel Lewis, Ernesto J. Nicolau, Nicolás Victoria J., Catalino Arrocha Graell y Juan Antonio Susto. En 1932 la corporación quedó integrada con tres otros socios de número, los señores Manuel M. Alba, Ernesto J. Castellero R. e Ismael Ortega B., e inmediatamente, el 15 de Enero de ese mismo año celebró su instalación solemne con una sesión pública en el Club Unión.

A partir de Enero del siguiente año (1933) inició la Academia la **publicación de un BOLETIN** que recogió en sus páginas trabajos históricos, discursos y conferencias de sus miembros, y otras producciones de personas aficionadas a esta clase de labores. Durante los diez años subsiguientes se imprimieron veintiuna entregas del referido órgano, que hacen cuatro grandes volúmenes, y fueron editados bajo los auspicios y por recomendación de la corporación, cinco obras completas, cuyos títulos son:

No. 1. *La Causa Inmediata de la Emancipación de Panamá. Historia de los Orígenes, la Formación y el Rechazo por el Senado Colombiano del Tratado Herrán-Hay*, por el Académico Profesor Ernesto J. Castellero R., que fue su tesis de ingreso a la corporación como **Miembro de Número (1933)**, trabajo incorporado en la entrega Nº 3 de Julio de 1933, del Boletín.

No. 2. *Homenaje al Dr. Manuel Amador Guerrero en el Centenario de su Nacimiento, 1833 - Junio 30 - 1933*. Compilación del Académico D. Juan Antonio Susto. (1933).

No. 3. *La Personalidad Internacional de Panamá*. Tesis de grado del Académico Dr. Publio A. Vásquez. Boletines Nº 4 y 5. Octubre y Diciembre de 1933.

No. 4. *Cronología de los Gobernantes de Panamá, 1510-1932*. Por el Académico Manuel M. Alba. Publicado en el Nº 8 del Boletín, Enero a Julio de 1935.

No. 5. *El Profeta de Panamá y su Gran Traición*. Por Ernesto J. Castellero R. Publicado en el N° 10 del Boletín, de Enero a Abril de 1936.

No. 6. *Panamá en la Gran Colombia. Informes, Discursos y Conferencias*. Por los Académicos Dr. O. Méndez P., Prof. Ernesto J. Castellero R. y Juan A. Susto. Aparece en la entrega N° 16-19 de Enero a Octubre de 1933.

Aunque a nuestras Academias en general puede aplicarse aquello de que en ellas "no están todos los que son, ni son todos los que están", es de esperarse que con el tiempo la distinguida corporación de la Historia se encauce hacia labores prácticas de formal investigación en el campo de la historia patria, que mucho hay por hacer en él, y sus miembros produzcan obras que sean una positiva contribución al mejor conocimiento del pasado nacional.

En los últimos cincuenta años la bibliografía panameña puede contar con un número de publicaciones sobre historia, que si no considerable, sí bastante satisfactorio. En un recuento que con toda minuciosidad he elaborado, pude anotar 83 libros y folletos impresos que enfocan en su contenido exclusivamente los sucesos más importantes de la vida de la República. Aunque, ciertamente, tales publicaciones no son catalogables todas de libros por la poca extensión de muchas de ellas, yo considero varios de ellos como fundamentales para el conocimiento de la bibliografía de Panamá, e imprescindibles, junto con las otras mencionadas, en toda biblioteca oficial o particular.

Tales son: *Historia de la Independencia de Panamá. Sus Antecedentes y sus Causas (1821-1903)*, por Catalino Arrocha Graell; *Documentos Históricos Sobre la Independencia del Istmo de Panamá. Galería de Presidentes de Panamá, Historia de la Comunicación Interoceánica y de su Influencia en la Formación y en el Desarrollo de la Entidad Nacional Panameña, Historia de Panamá y las biografías de los Próceres: General Espinar, Obispo Lasso de Vega., Vallarino y Villalaz*, por Ernesto J. Castellero R.; *Panamá y los Estados Unidos*, por Ernesto Castellero Pimentel; *El Legado de los Próceres*, por Felipe Juan Escobar; *220 Años del Período Colonial en Panamá. Horror y Paz en el Istmo 1899-1902 y Crónicas de Castilla del Oro*, por Rubén D. Carles; *1903: Biografía de una República y Las Constituciones de Panamá*, por Victor F. Goytia; *La Independencia de Panamá en 1903, Manuel Amador Guerrero 1833-1933 y La Jornada del 3 de Noviembre*, por Ismael Ortega B.; *José Agustín Arango: Su Vida y su Obra*, por Julio B. Sosa; *Remembranzas del 3 de Noviembre*, por Benito Reyes Testa; *La Personalidad Internacional*

de Panamá, por Publio A. Vásquez; *Memorias de las Campañas del Istmo*, por Belisario Porras; *Recuerdos Históricos de mis Campañas en Colombia y en el Istmo*, por Manuel A. Noriega; *Relato Sobre la Guerra de los Mil Días y Otros Artículos*, por Mateo F. Araúz; *Apuntes y Conversaciones y Retazos* por Samuel Lewis; *Cronología de Gobernantes de Panamá 1510-1932*, por Manuel M. Alba; *Panamá y las Guerras de los Estados Unidos, La República de Panamá en la Liga de las Naciones y Año y Medio en Ginebra*, por Narciso Garay; *Documentos Fundamentales para la Historia de la Nación Panameña y 50 Años de República* (publicaciones de la Junta del Circuentenario), por varios autores; *La Vida Ejemplar de Justo Arosemena*, por D. Moscote y Enrique J. Arce; *Pensamiento Panameño y Concepción de la Nacionalidad Durante el Siglo XIX*, por Ricaurte Soler; *Tratado del Canal de Panamá*, por Demetrio Porras.

No puede dejarse de lado la contribución aportada a la difusión de los conocimientos históricos por varios profesores de la materia, como: doña Ines F. de Prieto, autora de un *Texto de Historia* para los grados intermedios de la escuela primaria; Heraclio Escobar Díaz, cuyos *Elementos de Historia* para los mismos grados editó la Tipografía Moderna bajo los auspicios de don Manuel de Jesús Quijano; profesor Rafael E. Moscote, autor de *Aspectos de la Civilización Occidental* para los colegios secundarios; profesor Osman Leonel Ferguson, que publicó un texto bajo el título de *Nuestro País. Lecciones de Historia*; profesor Bonifacio Pereira J., autor de una *Historia General de Panamá*, en dos tomos.

Entre nuestros atildados historiadores anoto con sincera admiración al Académico Dr. José de la Cruz Herrera, que en Argentina dió a la estampa en 1947, un magnífico volumen justamente elogiado por la crítica, bajo el nombre de *Don Simón Bolívar o la Formación de un Libertador*, obra que da realce a las letras panameñas y que es, sin duda, uno de los más valiosos exponentes de la literatura histórica nacional. El libro del Dr. Ernesto Castellero Pimentel, *Panamá y los Estados Unidos*, publicado por la Editora Panamá América, S. A. en 1953 como una contribución a la conmemoración del cincuentenario de la República, ha sido considerado como una de las obras de mayor empuje y el ensayo histórico-jurídico de más aliento que hasta el presente se haya producido en lo que va del corriente siglo por un historiador panameño. El Dr. Carlos Manuel Gasteazoro ha dado a la estampa en 1956, en México, un serio trabajo que lleva por título *Introducción al Estudio de la Historia de Panamá*, que constituye una interesante guía para conocer las raíces históricas de nuestro país, cuyas fuentes nos revela con erudición y

acierto. Los ensayos de Diógenes de la Rosa, parco en la publicidad, tienen dentro de la sustancia histórica, un sentido de interpretación sociológica, que es su tendencia peculiar revelada en todos sus escritos. Una de nuestras máximas autoridades en la investigación histórica que desde luengos años ha venido nutriendo la bibliografía con su abundante y selecta producción que suele publicar en periódicos, revistas y folletos, es Juan Antonio Susto, el Secretario perpetuo de la Academia de la Historia. Suyos son, por ejemplo, las biografías de *Sebastián López Ruiz*, *Manuel José Hurtado* y *Gil Colunje*, la *Introducción a la Bibliografía Panameña*, *Panamá en el Archivo de Indias*, *La Estatua del Descubridor del Nuevo Mundo*, *Salve Colón Ciudad Benemérita de la República*, *Catálogo de la Audiencia de Panamá*, etc. Los cinco historiadores mencionados son miembros de número de la Academia Panameña de la Historia. Luis E. García de Paredes es autor de dos ensayos históricos muy interesantes: *Ráiz Histórica de la Separación de Panamá* y *Mudanza, Traslado y Reconstrucción de la Ciudad de Panamá en 1673*.

Ultimamente, bajo la dirección del Dr. Diógenes A. Arosemena, Secretario de la Universidad, ha sido editado, vertido al español por él, un libro publicado en inglés en 1911 por el Dr. Harmodio Arias, titulado *El Canal de Panamá. Un Estudio de Derecho Internacional y Diplomacia*; e igualmente publicó, bajo los auspicios de la Escuela de Temporada de la Universidad de Panamá -- de que fue Director -- una serie de conferencias recogidas en un volumen que tiene por rubro *Los Canales Interoceánicos*. Igualmente corresponde al año de 1957 la aparición de un nuevo libro de historia del Académico, Profesor Castellero R., que tiene por título *Episodios de la Independencia de Panamá*.

Universalidad y Abolengo del Carnaval

Por MANUEL F. ZARATE
(Panameño)

Hemos insistido siempre en el inmenso valor que tienen los motivos o elementos de la tradición popular, como temas de estudio o de reflexión. Son ellos fuentes que ayudan a esclarecer la historia del nombre, a ilustrar su carácter y psicología, su conducta como ser biológico y como ente cultural. Por eso en estos días, con motivo de la celebración del Carnaval, hemos creído oportuno revisar, siquiera brevemente, la biografía carnestoléndica, ya sea para refrescar la memoria de unos, ya como información novedosa para otros.

La tradición de Occidente, bajo la influencia cristiana, ha fijado la festividad del Carnaval en los tres o cuatro días que preceden a la cuaresma. Por ser este período el que la iglesia ha establecido como de ayuno y abstinencia en el uso de la carne, se explica la difusión de que goza una de las etimologías que se asigna al término CARNAVAL. Según ella, la voz deriva del italiano *carne-vale*, es decir, *carne, adiós* . . . (Por lo menos temporalmente). El Papa Gregorio El Grande, dió al domingo que precede al Miércoles de Ceniza el título de *Domenica ad Carnes levandas* . . . (domingo en que se despide a la carne o se inicia la suspensión de su consumo). De ahí la serie fonológica *carnes levandas* . . . carnelevamen carnevale . . . CARNAVAL. Igual significado se expresa con carnestolendas (abandono de la carne). Pero existe otra tesis sobre la cuestión etimológica, de más firme y antigua stirpe y por lo tanto de mayor atracción para el estudioso profano. Es la que hace provenir el término del principal motivo ornamental en las Saturnales, festividad que la Roma pagana rendía a Saturno, y de la cual se afirma, con mucho fundamento, deriva el Carnaval su mayor contenido. Durante la celebración se hacía desfilar un barco sobre un carro, "carrus navalis" de donde viene "carro-naval" y *carnaval*. Se ha observado y se ha objetado que no sólo las Saturnales se ornaban con el "carro naval", pues dicho elemento aparece en festividades griegas seis siglos antes de nuestra era, y que en la mitología teutónica figura una versión en la que se sustituye el barco por un gran arado.

Para apreciar mejor las teorías y afirmaciones sobre los orígenes del Carnaval, conviene observar cuidadosamente cuáles son los elementos ca-

pitales y significativos que dan carácter a la festividad, cualquiera sea la época o el pueblo que lo celebre: Una euforia colectiva y ruidosa, que se expresa en forma que linda casi con lo licencioso y desemboca a menudo en el desenfreno. Promiscuidad de individuos, igualación de clases, en cierto modo inversión, al menos figurada, de éstas. El elemento mágico representado en la máscara y el disfraz, en el uso del fuego y del agua. (Nuestro pueblo, especialmente el interiorano, se entusiasma con las velas encendidas y libra verdaderas batallas de agua en las "mojaderas"). La profusión de los adornos, banderas, tintas, serpentinas y confetis etc. Un personaje que preside la fiesta: en algunas partes, Rey; en los últimos tiempos, la Reina; a veces, un ente mitológico (nuestro Dios Momo). Un elemento que entre nosotros no tiene la prominencia que tiene en otros lugares, pero que es permanente: el personaje sacrificado. Un monigote, a veces, como el Judas en muchos pueblos de América, o el Caramantrán en el Mediodía de Francia, el Toro en cierta época del carnaval veneciano, o la clásica sardina cuyo entierro clausura el antruego en varias provincias de España y de donde nos llegó a nosotros la tradición. Del final cómico-burlesco de este personaje o animal, se presume que a su muerte festiva ha de seguir la resurrección, tácita o expresa, para que la fiesta pueda reanudarse el año próximo. En el ritual de esta muerte hay algo de condena moral del sujeto pecaminoso, pues en algunos lugares se da al personaje semblanza de individuo conocido del pueblo, distinguido precisamente por su afición a la holganza y adicto a la violación del noveno mandamiento. Pues bien, el estudio detenido de estos y muchos otros elementos por antropólogos e historiadores ha conducido, por una parte, a ubicar la integración de la forma presente del carnaval en los primeros tiempos de la Edad Media, y por la otra, a establecer que sus ingredientes o antecedentes no sólo se hallan en las celebraciones de la Roma ante-cristiana, sino que pertenecen a rituales babilónicos y sirios y aun algunos de ellos vienen de las remotas edades pre-históricas.

La idea más ampliamente aceptada es que la forma presente del Carnaval se nutre del ritual más cercano a ella, que son las saturnales romanas. El Rey de las Saturnalias, según atestiguan serias investigaciones, debía entregarse al máximo desenfreno y presidir así la bacanal; tenía el derecho a gozar sin mesura durante el ejercicio de su diabólico destino, pero al concluir la festividad era inmolado ante el dios Saturno para propiciar las dádivas de éste en beneficio de la comunidad. Muerte consentida y en cierto modo honrosa y por lo tanto causa de general regocijo. Comprensible es que con posterioridad se sustituyera el sacrificio humano por el de un animal o el de una representación simbólica como la de los monigo-

tes. La máscara era el medio para identificarse con los entes mitológicos propicios, como el *lar*, o para establecer nexos bondadosos con los *lemures*, especialmente con los *larvae* malignos. El fuego purificador y estimulador de la tierra, el agua que limpia y fecunda, la abundancia en el comer y beber, todos eran ritos homeopáticos o propiciatorios. Era natural que la derivación carnavalesca de tales rituales se propasase a menudo hacia el desenfreno y el irrespeto por todo aquello que la constriñera, especialmente la moral y las prácticas cristianas. De allí la intolerancia que desde sus comienzos mostró la Iglesia hacia la festividad carnestolenda, intolerancia que se manifestó en reglas catequísticas y luego ordenanzas estatales. La batalla entre la Iglesia y la fiesta pagana continúa hoy, como es fácil de comprobar.

Pero si las Saturnales romanas proveyeron las fuentes inmediatas al Carnaval, debe saberse que milenios antes del Lacio y Roma existieron pueblos y culturas en los que hubo dioses, ritos, fastos y costumbres que pudieran también reclamar el engendro de los integrantes carnavalescos.

El suceso periódico del cambio de las estaciones, con las consiguientes ocupaciones y providencias para la caza y la pesca, y luego para la cría y la agricultura, originaron desde los primeros balbuceos de la especie "Homo", festividades, ritos y prácticas de naturaleza taumatúrgica y propiciatoria. El final del invierno, la indicación de la primavera, el cénit del estío, con las actividades que ellos imponían, motivaron festividades regulares en que mediante las prácticas de magia, los ritos y sacrificios, se urgía a los dioses para que fuesen pródigos y benignos durante el siguiente período vital. Siempre se ha observado, y las más variadas teorías existen para explicarlo, que en ritos y mitologías pertenecientes a pueblos y culturas separadas por milenios o por espacios geográficos prácticamente insalvables, aparecen elementos más o menos semejantes. Más frecuentemente tales analogías son simplemente lo que se llaman préstamos, herencias o transculturaciones, que se operan por razones de contigüidad o de desplazamientos a lo largo de centurias o milenios. Cualquiera de estas razones pueden explicar hechos como los que hemos sugerido. Por ejemplo, los mitos de Tamuz o Adonis en Siria y Babilonia; de Atis, en Frigia; Dionisos, en Grecia; Osiris, en Egipto; Herta, entre los teutones y Nehalennia en la Europa nórdica, conllevan los elementos que hemos anotado en el carnaval bajo formas de reminiscencias atenuadas. Lo más interesante de todo es considerar que la conservación de esas formas y su transmisión hasta nosotros es obra de los grupos básicos de la sociedad humana, en suma, del pueblo, y ello sin que medie ministerio de ley alguna, simplemente por el vigor del ánimo colectivo, que cifra en la tradición mu-

cho de la propia conservación de la especie. Ello sólo bastaría para que el carnaval merezca el respeto, como uno de los más antiguos monumentos de la tradición humana.

Aparte de su longevidad y abolengo, y por lo mismo, el Carnaval se ha enriquecido con elementos estéticos y de orden social, de modo que ocupa un sitial cumbre en la historia de las recreaciones del hombre. El Carnaval figura vinculado al nombre de ciudades, de dinastías, de familias proceras, de artistas y aun de sucesos políticos e históricos, lo cual prueba su grandeza y la fuerza con que él ha arraigado en el espíritu del hombre universal. Entre el Renacimiento y la Epoca contemporánea puede ubicarse lo que se llamaría la Edad Dorada del Carnaval. Lugar común es hablar de los carnavales de Venecia, Roma, Niza, París o Colonia. Por algo esta festividad inspiró a poetas como Byron y Goethe, a escritores como Taine, a genios musicales como Schumann, pintores como Goya, para no hablar de las profundas búsquedas que le han dedicado antropólogos como Pitré, Frazer, Van Genep y tantos otros. Viniendo a España, el maestro D. Raúl de Cortazar nos recuerda al Arcipreste de Hita en su famosa "Pelea que ovo don Carnal con la Quaresma", y al inmenso Calderón con su entremés "Las Carnestolendas", y luego a Mesonero Romanos, a Larra, a Fernán Caballero, a Baroja y muchos más que supieron valorar el carnaval con las creaciones de sus genios.

A la América nos llega la tradición del Carnaval mediante españoles y portugueses. Los ingleses fueron impermeables al reclamo y licencia del carnaval, de modo que lo que haya en los E. E. U. U. en materia de esta festividad se debe a aportes de españoles y franceses. Pero ciertos elementos que no se hallan en el espectáculo europeo enriquecen el legado americano: son los que han introducido la raza negra y el substrato indígena. México y Cuba, Perú y Bolivia, Venezuela, Argentina y sobre todo Brasil, ostentan en sus carnavales contribuciones culturales únicas por su brillo y rareza. Según el maestro Cortazar, el Brasil, "ha hecho del Carnaval una festividad representativa de su psicología, capaz de absorber en un solo vértigo a la sociedad entera, sin distingos de clases, razas, sexos o edades". Con sobrada razón se mencionan también los carnavales de La Habana, de Veracruz, de Nueva Orleans, en donde el genio popular ha sabido amalgamarse con el aliento de las clases cultas, en donde lo folklórico y atávico se ha fundido con las artes académicas para ofrecer un conjunto grandioso y atractivo. Pero además, formas puramente populares, regionales, con aspectos particulares, abundan en múltiples regiones limitadas de nuestros países americanos, lo cual constituye fuentes inagotables para el enriquecimiento, renovación y perpetuación de esta original festividad.

La tradición del Carnaval en Panamá es añeja y preñada de motivos particulares mezclados a los universales. Aquí, como en otras comarcas del Continente, el elemento negroide es prominente. Nuestro pueblo mantiene vivo el culto y el entusiasmo por esta festividad. Se ha intentado, como en otras partes, crear un carnaval citadino, capitalino, valdría decir. En mi opinión el intento no ha tenido éxito, sobre todo porque se ha ignorado indebidamente el ingrediente fisonómico popular. Se ha pretendido más bien hacer una imitación, pobre desde luego, de los carnavales de otras latitudes, como los de La Habana o Nueva Orleans. De allí que no se haya logrado darles ni el brillo, ni el carácter, ni la autenticidad necesarias para asegurar su continuidad. No hemos sabido sacar partido de los elementos nativos como son los del tambor, los ritmos y tonadas populares. No hemos explotado como se debiera el fasto de la pollera femenina, la holgada camisilla y el montuno auténticos, el uso de velas, las brillantes tunas, los parrampanes, los toritos, los cucuás, mantúos, pajarillas, diablicos y gran-diablos, las "ruedas" de tamboritos, la alegría de las banderas, los motivos de nuestra historia, de nuestros paisajes y de nuestras costumbres regionales, etc., etc. En la Capital, lo anotamos con pena, el Carnaval de tipo "oficial" no prospera y el de tipo popular decae. Los antiguos pequeños "Toldos" en donde las "ruedas" de tambor alternaban con las danzas locales y en donde todas las capas sociales se mezclaban en un amable y alegre nivel común, han desaparecido. En su lugar se han creado esos bárbaros y anónimos "campos de baile", esos inmensos y promiscuos conglomerados que son los toldos de hoy, en los cuales se ha industrializado la diversión. Como no hay otra cosa, allí va el pueblo, masa informe de hombres que buscan el cimbreo con hembras de aventura, el calor de bebidas exóticas y bajo el influjo de ruidos y músicas más exóticas aún. En cuanto a las clases acomodadas, ellas se encierran en los clubes exclusivos, en las "boites", en los cabarets o en los hoteles de turismo, en donde el "jaibol" y los estertores del jazz o de los ritmos "caribes" les anestesian y hacen que se olvide la bella herencia y el genio de nuestro pasado.

Yo no abogo porque se proscriban los elementos cosmopolitas de que somos receptores por causa de nuestra situación geográfica de país-puente. Yo creo que debemos aprovechar los gajes de nuestro destino geográfico. Pero sí reclamo e insisto en que a todo esto debemos añadir y superponer con liberalidad y con orgullo, el aporte de lo bellamente nuestro, de lo auténtico y característico panameño. Sólo así creo yo, haremos honor a la gesta venerable y milenaria del Carnaval y rendiremos también el homenaje que en toda circunstancia merece la nacionalidad.

Carnaval de 1953.

La Pollera de Flores Moradas

Por MARIO AUGUSTO RODRIGUEZ
(Panameño)

A Rodrigo Miró, crítico, el estimulador más eficaz que tiene la nueva literatura panameña.

La alegría suelta en la tarde ligera sus carreras desenfrenadas. Mil canciones alegres saltan de los labios y desgranán en el aire celeste la colorida serpentina de sus notas. El entusiasmo prende lucecillas tentadoras en los ojos de las mujeres hermosas. La tarde ligera ha dejado escapar el agua clara del olvido completo.

Risas. Mujeres. Canciones. Música. Entusiasmo. Y Momo temblando su canción de locuras por las calles borrachas de carnaval.

¿Dónde estará? . . . — me pregunto casi angustiosamente . . . ¿Cómo encontrar el vuelo de su pollera en estos días en que la ciudad vuela su gentío sobre las calles y sobre las plazas?

Los automóviles desfilan por la avenida jubilosa y uno se pregunta de dónde sacan espacio para pasar. La gente llena las terrazas, los balcones, los portales, las aceras y las calles mismas. Una alegría jovialmente escandalosa une a toda esta gente y la convierte en una gran familia de sedas y driles, de blancos y negros, de chicos y grandes. ¿Sabe aquél marino rubio quién es ese moreno en cuyo hombro se apoya tan familiarmente? . . . Y esa señorita de elegante porte que con tanta tranquilidad comenta con un limpiabotas las gracias del Rey Feo. ¿haría lo mismo si éste no fuera un día de Carnaval? . . . Momo ha hecho hermanos a todos estos hombres y mujeres. Momo, con extraña facilidad, ha logrado que se echen al olvido las diferencias raciales y sociales. Y, ante este milagro de camaradería sin limitaciones, yo me pregunto si tendremos que escoger al Dios Momo como Patrono de la Fraternidad Universal . . .

La imaginación se extravía por entre esta aglomeración de delirios carnavalescos: pero una pollera basta para volverme al recuerdo de lo que ahora me preocupa.

¿Dónde estará ella? . . .

Ayer me dijo:

—Tendrás que buscarme. Si es cierto que me quieres, me buscarás y me encontrarás . . . y un mohín de ternura caprichosa jugueteaba en sus labios.

—Pero, mujer, — le dije —, ¿cómo haré para encontrarte? . . . Recuerda que estamos en Carnaval. Los toldos, los centros, los clubes, los jardines y las calles: todo estará lleno de gente. ¿Cómo crees que podré encontrarte? . . .

—No te será muy difícil, querido — afirmó ella —. Iré vestida de pollera: ya conoces mi pollera de grandes flores moradas. Y mira: para que alcances a verme más fácilmente, colocaré en mi cabeza, entre los tembleques, una gran dalia, también morada.

—Pero, Divina: ¿no sería mucho mejor que te fuera a buscar a tu casa y que de allí saliéramos tranquilamente a divertirnos? . . .

—No hombre. Eso sería más fácil; pero no sería mejor. ¿No quieres comprender que el encanto de la búsqueda por calles y toldos, por centros y jardines, servirá para darle más atractivos al encuentro final? . . .

—Ya nada puede darle más encantos a este amor nuestro, Divina, porque los tiene todos. Vamos, querida: deja esas complicaciones sentimentales y dime dónde y a qué hora te podré encontrar . . .

Pero Divina no quiso ceder. Insistía, con extraño regocijo, en lo excitante de la búsqueda, en la continuada esperanza del encuentro próximo y en la inmensa satisfacción, para ella inigualable, del encuentro final.

Y aquí me tienen ustedes, víctima del capricho de una buguilla encantadora: sudoroso, cansado, magullado y con los zapatos pisoteados.

¿Irás en ese camión? . . . ¿O en aquél otro? . . .

¿Iría, acaso, entre las comparsas de a pié, con sus docenas de hermosas empolleradas, que me marean con sus cantos, y sus bailes y sus risas? . . . ¿Cómo encontrar las grandes flores moradas de su pollera entre tantas polleras de flores moradas? . . .

Los carros alegóricos deslizan lentamente la maravillosa policromía de sus decorados: motivos orientales, campesinos, indígenas, cubanos, etc., etc. No puedo evitar que mis ojos abandonen por momentos la búsqueda de Divina para dedicarme a admirar la belleza de estos carros, verdaderas obras de arte en su género.

Allá viene el de la Colonia China: simula un enorme dragón dorado por cuyas abiertas fauces se escapan nubes de confettis y de serpentina. Sobre el lomo del hermoso animal —hermoso y terrorífico a un tiempo mismo — las muñequitas de porcelana exhiben su gracia y

Belleza y prodigan cariñosas sonrisas y amorosos besos que les ganan los aplausos del público entusiasmado.

Pero, ¿dónde estará Divina? . . . Estas mujeres de hoy, que se jactan de ser tan modernas, resultan más complicadas y románticas que nuestras abuelas. ¿Para qué enredar este amor nuestro, tan naturalmente apasionado, en la maraña de una búsqueda afanosa que, al fin y al cabo, resulta más sudorosa y cansada que romántica? . . . Pero no hay remedio: la quiero mucho, la necesito y tendré que encontrarla.

¡El carro cubano! . . . ¡El carro cubano! . . . — gritan cien voces a mi lado, mientras la multitud se empuja hacia la calle.

Sí. Es el carro de la Colonia Cubana. Una enorme concha abierta, colocada sobre un oleaje azul-verdoso, artísticamente elaborados. Y en el fondo de la preciosa concha de nácar, la perla — ¿la Perla de las Antillas? . . . interpretada por una linda mujer, vestida de rumbera, de formas voluptuosas y de ojos embrujadores. Un par de bongoses, unas maracas y un cornetín, ponen un delirar afrocuabno en las piernas de las gentes.

Sí. Muy lindo todo. Pero he aquí de nuevo mi obsesión.

¿Dónde estará ella? . . .

Sólo a Divina se le pueden ocurrir estas complicaciones. Aquí podríamos estar ahora, destilando miradas de regocijada admiración sobre el derroche de colores que ofrecen los carros alegóricos y dejando que las venas se nos enciendan con esta profusión de risas, de gritos y de cantos.

Sabe bien que la quiero. Tal vez por eso, con muy femenina coquetería, se complace en oponerme dificultades. En los pocos días que llevo tratándola le he dado infinidad de pruebas de amor. ¿Para qué, me sigo preguntando, para qué enredar tan alegre fiesta de amor con este tonto "juego al escondido"? . . .

Mientras yo estiro el cuello y alargo las miradas en busca de una pollera de enormes flores moradas, la multitud se divierte sabrosamente. Unos, admirando los carros alegóricos que pasan lentamente, como ofreciendo al público ávido su mercadería de lujo, belleza y alegría. Otros, reunidos en graciosas y alegres comparsas, ensayan por calles y plazas los pasos de una rumba, los ritmos de una conga o las nacionales armonías de una tuna. No faltan, por cierto, quienes se han hundido en las cantinas para comprar por botellas la alegría que su naturaleza se ha empeñado en negarles. Y otros, en fin, cifran su gozo carnavalesco en la contemplación de los cuerpos jóvenes que por aquí deambulan, prodigando el encantamiento de sus sonrisas y el contonear de sus carnes tentadoras.

Todos gozan cada uno a su modo y manera. Todos pasean y gritan su alegría. Todos se divierten en estos maravillosos Carnavales de la Victoria. La guerra ha quedado muy lejos, abandonada en las primeras planas de los periódicos, y ya ha sido completamente olvidada. Y, tal vez por eso, hombres y mujeres se empeñan, más que nunca, en rendirle pleitesía al Dios Momo de miradas alegres y de sonrisas zalameras. Sólo a mí me toca desempeñar un papel ridículo: el de sudoroso y cansado buscador de polleras. Y todo por el complicado sentimentalismo de Divina. Me enfurezco cuando pienso en mi desairada situación. Pero . . . Mi eterno pero: la quiero, y he de encontrarla, aunque para ello tenga que buscarla en el último rincón de la ciudad.

Bellas mujeres pasan a mi lado y me envuelven en el efluvio de su perfume. Rostros lindos y sonrientes me atraen desde mil puntos distintos. Pero yo solo tengo sensaciones para el futuro encuentro de la mujer que busco.

¿Dónde estará? . . . Las calles retuercen el oleaje de su entusiasmo. La ciudad es un mar de agitadas emociones que desenvuelven jubilosamente las serpentinas de sus alegrías. Mil temblorques ponen en centelleante mariposeo de su aleteo sobre cabelleras rubias y morenas. Las polleras confunden el juego multicolor de sus flores y encajes con el colorido maravilloso de los disfraces. Se respira en el aire un sabroso olor de carne joven, un perfume de ternura. Y se siente en los labios un sabor de besos rápidos y deliciosos. A veces, enormes flores moradas vuelan en el agitar de una pollera, y yo me abro paso, a empujones y codazos, por entre el gentío. Pero no es ella . . . Nunca es ella. ¿Acaso será que nunca encontraré a Divina? . . . ¿Estaré buscando a una mujer que no existe más que en mi imaginación? . . .

Y si existe, ¿dónde estará? . . . ¿se pregunta mi alán . . . ¿Dónde esconderá la alegría jubilosa de sus ojos negros? . . . ¿Dónde soltará su risa cantarina el sonoro cascabeleo de sus notas? . . . ¿Dónde encontraré el agri dulce sabor de ciruelas maduras que tienen sus labios delgados? . . .

La multitud prorrumpe en gritos de entusiasmo que me arrancan de mis preocupaciones y me atraen nuevamente hacia la calle. Es el carro de la Reina, con su andar lento, reposado, como de cosa importante. Majestuoso, realmente imponente, arranca al pueblo murmullos de admiración. Decorado con motivos indígenas, reproduce el rico trono en que nuestros caciques indios eran transportados cuando, dueños y soberanos de la tierra istmeña, aún no habían caído dominados por el poder español. Oro, plata, plumas y pedrerías, magníficamente imitados, lo adornan. He aquí un brillante derroche de lujo y arte. Y sobre este trono, vistiendo

un modernizado traje de Emperatriz, la Reina hace resaltar, en triunfal contraste, la divina blancura de su belleza.

La noche cae lentamente sobre la ciudad, ebria de alegrías. La iluminación especial hacen lucir fulgurantes las calles atestadas de gentes. Focos de mil colores ponen su novedosa luminosidad en los parques y en las avenidas. Sudoroso, cansado e inquieto, pero más ansioso que nunca por encontrarla, me dispongo a abandonar las calles para recorrer los toldos y jardines, siempre en busca de las grandes flores moradas de la pollera de Divina. ¡¡He de encontrarla! . . .

En los toldos, el aire se ha quedado "sin espacio vital". No es posible respirar un poco de aire puro, pero nadie parece necesitarlo tampoco. Los cuerpos, afiebrados por el entusiasmo carnavalesco, se aprietan, se estrujan, entre canciones y risas, entre gritos y charlas. Aquí, también, hermosas empolleradas lucen el esplendor de sus flores y el gracioso revolotear de sus tentileques. Pero aquí tampoco está ella . . . Recorro todos los toldos, sin lograr encontrarla. La pregunta inquieta sigue aguijoneándome el cerebro.

¿Dónde? . . . ¿Dónde estará Divina? . . . ¿Dónde encontrar, al fin, el jugueteo de su gracia y de su simpatía? . . .

"El Rancho" también está abarrotado. Gringos uniformados y panameños "enfueguecidos" llenan las salas y los pasillos con su estruendosa camaradería de buenos vecinos. Mientras escucho las notas de un bolero, saboreo un high-ball y estiro las miradas tratando de encontrarla. ¿Estará por aquí? . . .

Alegres parejas pasan cerca de mí y me cubren el rostro con sus carcajadas. Interesantes disfraces pueblan las salas de habitantes de todas las partes del mundo y de todas las ciudades. Elegantes trajes de noche estilizando las siluetas de las mujeres. Y las polleras colocan pedazos de nacionalidad en este mundo extraño.

De pronto, grandes flores moradas capturan mi atención. A empujones, me abro paso apresuradamente por entre la gente . . .

--¡Es ella! . . . -- me digo gozosamente --. ¡Es ella! . . . -- casi exclama mi alegría.

Reconozco la ternura tropical de su espalda trigueña. Adivino la esbeltez de su cuerpo bajo los amplios vuelos de la pollera. No hay duda: ¡Es ella! . . .

--¡Divina! . . . -- exclamo al mismo tiempo que rodeo con mi brazo su cintura deliciosa --. ¡Divina! . . . ¡Al fin te encuentro! . . .

--¡Caballero! . . . -- exclama ella.

Y yo me quedo con la boca abierta, pálido y avergonzado. ¡porque no es Divina! . . .

No. No es Divina. Es una hermosa trigueña de grandes ojos negros, labios pulposos y breve cabellera sedosa. Entonces me doy cuenta de que entre los tembleques no hay ninguna dalia morada y de que . . . ¡he quedado como un atrevido, como un liso! . . .

—¡Señorita! . . . — alcanzo a balbucear ante el rostro ceñudo de la desconocida — ¡Señorita! . . . Le ruego tenga la bondad de perdonar lo que usted considerará como un atrevimiento; pero le aseguro que no es más que una confusión. Creí reconocer en usted a una amiga mía y . . . Usted me perdonará, ¿verdad señorita? . . .

—No veo como ha podido usted confundirme con su amiga . . . — me replicó ella, aún enojada . . . ¿Es que se parece mucho a mi esa amiga de usted? . . . ¿Y acostumbra usted saludar a sus amigas con esos abrazos? . . .

—Le pido mil perdones . . . No es posible que una dama tan linda se niegue a ser un poquito bondadosa con un caballero demasiado impulsivo, tal vez, pero siempre un caballero . . .

Ella sonríe, entonces, quizás regocijada por mi confusión, quizás un poquito halagada. Y yo, aprovechando su ablandamiento, insisto:

Me perdonará usted, ¿verdad? . . . Y seremos muy buenos amigos . . .

—Está bien, señor: lo perdonaré. Quiero creer que realmente no fue un atrevimiento suyo. Pero sepa que me mueve a perdonarlo un motivo muy egoísta. Me encuentro en estos momentos en circunstancias bastante desagradables y eso hace que mi perdón sea condicional . . .

—Muy bien, señorita: acepto cualquier condición que usted quiere imponerme y le agradezco muchísimo el perdón.

Vuelve a sonreír la simpática desconocida, esta vez con un destello de picardía en el fondo de los grandes ojos negros.

—Pues bien, — me dice —, por razones que no vale la pena explicar ahora, me encuentro sin pareja, Usted sabe lo terrible que es estar en una sala de baile sin parejo. Lo perdono, pues, pero con la condición de que sea usted mi caballero durante esta noche. ¿Acepta? . . .

—¡Encantado! . . . — exclamo sinceramente entusiasmado —. ¡Esta noche y todas las noches, si usted quiere! . . .

—Y ella, al ver mi entusiasmo, sigue sonriendo deliciosamente para acusarme.

—¡Pero qué infiel es usted! . . . ¿No me dijo hace unos momentos que andaba buscando una amiga? . . . ¿Cómo es que la abandona tan fácilmente para complacer a una desconocida?

Entonces, y sólo entonces, me doy cuenta de que he olvidado a Divina. Y, lo que es más extraño, no me preocupa en absoluto semejante ol-

vido. ¿Dónde estará?... ¿Y qué me importa a mí dónde estará ella?...

—No le he dicho, señorita, que buscaba una amiga... me disculpo.

—Recuerde que le dije “que creí haber encontrado una amiga”... Y, ¿sabe usted?... Ahora sigo creyendo que he encontrado a una amiga encantadora...

Lo cierto es que resulta usted muy hábil para salir rápidamente de situaciones difíciles...—Me dice ella... —Pero está bien: seremos amigos...

Y es así como he conocido a Esperanza. Esta noche, las brisas del Cerro Ancón derraman sobre “El Rancho” una canción de loco placer. Muy pronto Esperanza y yo sentimos una clara alegría por estar el uno junto al otro. Bailamos. Hablamos del carnaval, de la alegría que aquí reina y, finalmente, de nosotros mismos.

Dos horas después somos los mejores amigos del mundo. El recuerdo de Divina viene a un par de veces a cosquillarme por dentro; pero no me cuesta mucho trabajo el hacerlo desaparecer. El placer y apenas sí, de vez en cuando, el diablillo del remordimiento me anda por el pecho.

Al amanecer, cuando los confettis y las serpentinas aquietan sus jugueteos sobre el filo del día, Esperanza y yo comenzamos a pensar que nuestro encuentro es algo más que un simple encuentro casual. Y nos preguntamos si el Destino no nos estará haciendo una señal para indicarnos que algo de mayor trascendencia debe florecer entre los dos...

La última carcajada de Momo deslía su locura bajo el primer rayo de sol. Esperanza y yo hemos dejado de pensar...

* * *

Momo se fue llevándose en su caudal de risas y de entusiasmos...

Pero ha vuelto. Ha vuelto, un año después, para encontrarnos convertidos en marido y mujer.

Mi esposa se empeña en que yo le compre una pollera de grandes flores moradas para lucirla en estos Carnavales, como un recuerdo de nuestro primer encuentro. Y yo me asombro.

—¿Pero no tienes tú una pollera de grandes flores moradas?... ¿Y no crees que sería mucho más significativo que usaras la misma que vestías cuando nos encontramos en “El Rancho”?...

Esperanza sonríe, con esa sonrisa suya tan cautivadora y tan constante, y me dice:

—Pero es que esa pollera no era mía... Mira, te voy a contar: esa pollera me la prestó una amiga que quería hacer una jugarreta a su novio...

—¿Cómo es eso?... —pregunto interesado.

—Así como lo oyes. Ella, mi amiga, me contó que tenía un novio con

quien pensaba casarse, pero que había conocido a un oficial americano con quien quería divertirse durante los carnavales. Para librarse de su novio, sin romper con él, inventó una estratagema: le dijo al tal novio que se vestiría con una pollera de grandes flores moradas y que se pondría una flor de igual color entre los tembleques. Y mientras él la buscaba vestida en esa forma, ella se disfrazó de mejicana y se fué a pasear con el oficial. ¿Qué te parece? ..

Y yo, aturdido, por la sorpresa de semejante revelación, le pregunté a mi vez:

--¿Qué te parece a tí?...

--Pues a mi me pareció un poco cruel esa actitud y así se lo dije a ella, aunque sé que mi amiga es buena en el fondo: sólo un poco caprichosa. Pero me alegra el incidente porque ella me prestó su pollera y con ella te encontré a tí, que me has traído la felicidad...

--¿Con que esa es la historia?... pienso yo. Yo tratando de excusar mi actitud. Yo, tratando de luchar contra el remordimiento al pensar que había abandonado a Divina sin excusa alguna. Y ahora viene a resultar que ella había planeado todo precisamente para que yo no pudiera encontrarla. Comprendo que Esperanza no se haya dado cuenta de que soy yo, precisamente, el novio a quien Divina se proponía hurtar, por que yo he mencionado a "Divina" y esa no es otra cosa que el nombre cariñoso con que yo llamaba a Raquel...

--¿Qué piensas, querido?... --Me pregunta Esperanza. ¿te preocupa algo?... A veces te noto preocupado...

--No, chiquilla. --contesto saliendo de mi abstracción. Ahora ya nada puede preocuparme: Mira: te compraré una hermosa pollera de flores moradas y te pondrás entre los tembleques una gran dalia también morada, como tu amiga. ¿quieres?...

--¡Qué sí quiero!... --exclama mi mujercita entusiasmada, abrazándose a mi cuello y cubriéndome de besos.

¡Que sí quiero!... ¡Eres el mejor marido del mundo!... ¡Nos divertiremos en grande en estos carnavales!...

¡Claro que sí!... --le digo, mientras trato de corresponder al aluvión de sus caricias. Gozaremos mucho estos carnavales. ¿Y sabes por qué?... Porque los carnavales me han dado la sorpresa más agradable de mi vida...

En la calle, el Dios de la Risa y la Alegría inicia el apogeo de un nuevo período de su efímero reinado. Y en mi hogar: la felicidad que él ha traído por medio de las grandes flores moradas de una pollera, se vislumbra eterna y sin nubes...

Aproximación a Pedrarias Dávila

CARLOS M. GASTEAZORO

(Panameño)

Indudablemente una de las figuras más calumniadas por la interpretación extranjera de nuestra historia es la de Pedrarias Dávila. No hay libro de historiador extranjero o enciclopedia barata que al hablar de la conquista no siga la costumbre inveterada de hechar adjetivos denigrantes a la figura del antiguo gobernador para ajusticiar así a la conquista de América. Turistas que nunca han leído una crónica y no saben español, docmatizan sobre los matices psicológicos del espíritu de Pedrarias, su perfidia, su falsía y su crueldad, sin sospechar sus grandes cualidades que fueron reconocidas aún por sus crónicos enemigos, como su contemporáneo Oviedo que muy a regañadientes reconocía que el gobernador era "cortesano viejo que lo sabía hacer muy bien", o un personaje de tercera categoría en la conquista panameña, Jerónimo de Herrera, que al escribir al Rey sobre el temple de Pedrarias dice que cuando "el viejo gobernador hablaba, nos hacía orinar del miedo", o los datos de sus subordinados que le llamaban, en el lenguaje espontáneo de la conquista con el epíteto cortesano de "el galán" o "el gran justador" en recuerdos de sus gloriosos años de juventud en la España de la reconquista.

Las causas de esta deformación histórica se deben en mi concepto a varios puntos tradicionales con que se ha tratado el tema. Yo los llamaría estratificaciones históricas, utilizando un término geológico.

Las estratificaciones a que me refiero son las siguientes:

- 1.—Las relaciones de Pedrarias con los historiadores contemporáneos a quienes la historiografía posterior ha copiado servilmente sin buscar la comprobación con el elemento objetivo e inmediato de los documentos.
- 2.—Al desconocimiento de los años mozos de Pedrarias Dávila.
- 3.—A la exaltación desbordante de Vasco Núñez de Balboa que exigía en su carácter de mártir la presencia de un victimario que en este caso es Pedrarias la figura a propósito.
4. El desconocimiento del período verdaderamente creador de Pedrarias que es precisamente cuando logró deshacerse del conflicto político administrativo creado por Balboa y sus prosélitos.
- 5.—Al empeño de Pedrarias de cifrar sus esperanzas en la conquista del Poniente (Nicaragua) y relegar a un segundo plano la conquista del Levante (el Perú), y como es bien sabido, aquella ter-

minó siendo un fracaso rotundo y esta un negocio pingüe.

Paso a analizar enseguida cada una de estas estratificaciones.

Los testin. vios tradicionales para el estudio del descubrimiento y la conquista panameños son los cronistas de Indias; Pedro Mártir de Anglería. Gonzalo Fernández de Oviedo y Fray Bartolomé de las Casas. Poco o nada se utiliza la versión del Licenciado Zuazo, del Adelantado Pascual de Audagoya o del clérigo Gómara. Sin embargo, todos estos testimonios se pueden y deben tomar solo parcialmente pues se trata de un tipo de historia inmediata, como diría Hegel, en que el cronista se mueve precisamente dentro de las banderías y pasiones exacerbadas del momento.

Pedro Mártir no vino nunca a América pero estuvo metido en la corte de los Reyes Católicos como profesor de Latín de Doña Isabel, y como humanista y hombre de mundo se interesó por recoger noticias de estas tierras a las que bautizó con el nombre de Nuevo Mundo. La versión de Pedro Mártir no es posible ubicarla como contraria al Gobernador. Es cierto que hay frases condenatorias en la Década cuarta en la parte referente a la muerte de Balboa en que el historiador dice; "Nunca bajo su mando se ha hecho cosa alguna digna de alabanza: unos le acusan de haber sido demasiado remiso desde el principio, otros de sobradamente indulgente y poco severo para corregir los yerros". Sin embargo, en el momento en que Pedro Mártir escribe su cuarta década, ya estaba viejo y desmemoriado según propia confesión. Efectivamente dice: "restregándome la memoria con su esponja, me la he horrado de tal modo, que apenas la pluma ha escrito un período, si alguno me preguntare que he puesto, le responderé que no lo sé, en particular por venir a mis manos estas cosas anotadas en diferentes tiempos y de varias personas". En cambio, cuando escribe como hombre maduro y fuerte y no como viejo achacoso los conceptos sobre Pedrarias son altisonantes y elogiosos en demasía. "Valla allá con la bendición de Dios ese hombre honrado: valla ese fiel discípulo de vuestras majestades, educado en la corte desde niño". Ante las luchas partidistas se mantiene imparcial y advierte sinceramente que "todo aquello es horrible y agradable nada".

Los testimonios de Gonzalo Fernández de Oviedo y de Fray Bartolomé de las Casas son, por el contrario, completamente adversos. Sobre el primero no se ha hecho el estudio especializado que su compleja personalidad requiere, a tal punto que aún sigue siendo la primera fuente de información la elegante viñeta de su vida con que prologó su Historia don José Amador de los Ríos en 1855. Después de un siglo y visto el cronista desde el ángulo panameño podría señalar algunas notas saltantes.

Oviedo llega al Istmo en la cortesana armada de Pedrarias en 1514

y al poco tiempo se convierte en su encarnizado enemigo. Pero no solo fue enemigo de Pedrarias, también lo fue de Balboa, del Obispo Quevedo, de Espinosa y sólo fue amigo y defensor de Martín Fernández de Enciso y de Diego de Almagro. Sobre su obra histórica fundamental, la "Historia General y Natural de las Indias" hay opiniones contradictorias. Uno de sus acérrimos enemigos, Fray Bartolomé de las Casas, la califica como un "farrago indigesto" y luego añade que todo en ella es "partería en la que no dice verdad sino cuando habla de los árboles y las hierbas". En nuestros días, un moderno historiador, don José de Miranda, en el prólogo al "Sumario de la Natural Historia de las Indias" reclama la imparcialidad de Oviedo como una de sus más caras cualidades de historiador. En mi concepto la valoración de la versión de Oviedo está en el justo medio de estas dos tendencias. Fue sin duda alguna un gran historiador, minucioso, ameno, interesado no sólo en el español sino también en el indio, sintió como pocos el paisaje panameño, y pese a su característico desorden dejó un catálogo completo de la flora y la fauna tropical, pero dejó en su obra estampado su carácter, esto es, un hombre partido, apasionado y lleno de odios violentos.

A Pedrarias lo mira Oviedo bajo los lentes del rencor. Lo acusa entre otras cosas de haberlo mandado a acuchillar, y sostiene que a su regreso al Darién en 1520, al enterarse de que aún residía en el Istmo Pedrarias, se sintió como cristiano en tierra de moros. Por todo ello, pese a que vive y trata a Pedrarias sus juicios cáusticos hay que tomarlos con una reserva prudente.

No menos precavido se tiene que ser con los apuntes psicológicos transmitidos por Fray Bartolomé de las Casas. La figura del dominico es revisada nuevamente por dos ilustres americanistas, el norteamericano Lewis Hanke y el español Manuel Jiménez Fernández, y ambos historiadores llegan a la conclusión de encontrarse ante un representante fidedigno del alma española, hombre fogoso, de un dualismo profundo, antagonico y apasionado por excelencia.

Es imprescindible delinear a grandes rasgos su vida para valorar a cabalidad su obra. Llega a la Española en 1502 en la armada del Comendador de Alcántara y luego de Calatrava, Don Nicolás de Ovando, le toca una encomienda en la Isla y en el año de 1511, escucha el sermón vehementísimo de Fray Antonio de Montesinos, en que acusaba a los encomenderos de la crueldad y tiranía que usaba contra los indios. El sermón de Montesinos iluminó el espíritu de Bartolomé de las Casas, renunció a su encomienda y se hizo dominico, prendiendo desde entonces la chispa de la gran polémica teológica que se desarrolló en España so-

bre la capacidad y la libertad de los indios. Bajo esta tónica, defendiendo al antiguo hombre americano, cuya capacidad intelectual era negada en ese entonces comparándolos con los animales salvajes (bruta animalia), denunciando los abusos españoles, olvidando el aspecto positivo y creador que traen los conquistadores, exagerando el lado negativo y circunstancial de la infiltración española, Fray Bartolomé de las Casas escribe sus historias. Pese a sus prejuicios su obra es veraz. Su estilo es fatigoso, necesitando para su lectura valerse de una fuerte dosis de buena voluntad. Pero ante los juicios cáusticos del dominico hay que proceder siempre teniendo presente su carácter polémico, apasionado y vehemente que busca siempre hacer un alegato contra el español y una hipérbole desmesurada del indio.

Pedrarias al llegar al Istmo en 1514 traía aún frescas las doctrinas de los teólogos y juristas españoles que se inclinaban a concebir al indio como seres incapaces de recibir la fe y de vivir conforme a la civilización occidental. Este pensamiento no era privativo de Pedrarias y de la intelectualidad española del siglo XVI, sino que apareció inclusive en épocas más adelantadas y en los pueblos más civilizados de Europa. En efecto, el historiador norteamericano Lewis Hanke consigna que los puritanos de los Estados Unidos en el siglo XVII "consideraban a negros y a indios como salvajes malditos a quienes se podía exterminar o esclavizar sin remordimientos". Al enfrentarse Pedrarias y sus capitanes a los indios panameños, hombres arcaicos, elementales, intrascendentes, sin historia y sin geografía fija, el golpe fue rudo y violento. La carnicería fue atroz y los abusos incontrolables. Ante esta realidad, Las Casas bautizó al gobernador de Castilla del Oro con el epíteto de "Furor domini". Dice así rotundamente: "Plugiere a Dios que Pedrarias nunca asomara a aquella tierra, porque no fue sino una llama de fuego que muchas provincias abrasó y consumió". Y más adelante agrega "hizo cosas en su gobernación que no las hiciera más irracionales un hombre insensible mentecato, de estas sus cosas, no dignas de hombre cristiano, ni aún gentil racional, la historia dirá de mucho algo".

Estas son casi con exclusividad las fuentes de información que desde el siglo XVI se vienen esgrimiendo contra Pedrarias. La obra de Las Casas fue copiada por el historiador oficial Don Antonio de Herrera y Tordecillas en el siglo XVII. Sin embargo, los conceptos emitidos contra Pedrarias prendieron la polémica con don Francisco de Arias Dávila y Bobadilla, Primer Conde de Puñonrostro que adujo una serie de pruebas contundentes para rehabilitar la memoria de su abuelo, el antiguo gobernador del Darién.

Gracias a los datos que suministra el Conde de Puñonrostro se pueden tomar algunos datos importantes para reconstruir los años españoles de Pedrarias Dávila. Faltan por rastrear aún la fuente histórica más genuina que es la propia ciudad de Segovia, en la que yacen los archivos parroquiales, los libros del Ayuntamiento, los viejos protocolos notariales que hablan del linaje de los ascendientes de Pedrarias y sobre todo la huella petrea que ha quedado en los torreones de la ciudad, en los blasones de sus casas fuertes, en los laudes y escudos de la iglesia de San Martín y de la Catedral y la torre mudejar de los Arias Dávila, edificada por el Contador Diego Arias. Hay que recurrir también a la historia de Segovia que se inicia con la gran obra de Diego de Colmenares en 1640, y los cronicones medioevales de linajes y hechos de varones ilustres. De todos ellos y de una visita en estos tiempos supercivilizados, se puede recoger el recio ambiente feudal y señorial de la ciudad en que nació Pedrarias con sus tres ámbitos característicos, de la villa señorial y almenada en que vivían los nobles y señores y donde aún se conservan el torreón de los Arias Dávila muy cerca de la iglesia de San Martín. La plaza en que vivían los hidalgos pobres y los escuderos y el "arrabal donde moraban los rústicos labriegos, moros y judíos".

Ya el plano de la ciudad habla por sí solo del linaje limpio de los Arias Dávila. Sin embargo hay una tergiversación biográfica sobre el origen, educación y antecedentes de Pedrarias. El rencor del Obispo Quedo se manifiesta constantemente en Santa María del Darién, recordando a Pedrarias su origen. "Que se deje de juderías" le advierte siempre que hay una disputa. Esta leyenda del origen judaico de Pedrarias hay que tomarla con ciertas reservas y situarla dentro del ambiente, no del siglo XVI, sino del XIV y XV que es cuando surge la casa de los Arias Dávila. Es cierto que de ese entonces quedan las célebres "coplas del Provincial" en que se pone por primera vez en duda la condición de cristianos de los Arias Dávila en aquella conocida estrofa que reza:

*"Aguila, castillo y cruz
el Aguila es de San Juan
El Castillo el de Emaús,
Y en cruz pusiste a Jesús.*

Pablo Alvarez Rubiano en una reciente biografía del antiguo gobernador de Castilla del Oro reacciona contra la leyenda del origen judaico de los Arias Dávila a base de una nueva documentación basada en los cargos eclesiásticos y oficiales de sus ascendientes. La leyenda judaica tiene además cierta tendencia vaga, ingenua y conjetural. Por último, que fuera o no el primero de los Arias Dávila, el contador del Rey Don Juan II, de origen judaico, poco importa, ya que antes de los Re-

yes Católicos se vivía en España en una gran tolerancia religiosa como ha sostenido brillantemente en nuestros días Américo Castro en su ejemplar libro "España en su historia". Recuérdese también que la repugnante distinción racial de "cristianos viejos" y "cristianos nuevos", data de finales del siglo XV y tiene plena vigencia en las centurias del XVI y XVII.

Pedrarias es uno de los pocos héroes de la gesta americana sobre los que se sabe con certeza no solo la ciudad en que nació sino también en la casa en que vió la luz. Su primer problema biográfico es el de la fecha de su nacimiento. Las Casas dice que al ser nombrado en España era "hombre de mucha edad, porque pasaba de sesenta años". Oviedo da la fecha de 1440 como la de su nacimiento. Atendiendo a este dato, a falta de otro más preciso, tendríamos que pasó a las Indias nada menos que a los 73 años de edad.

Cuál fue el contenido de esos 73 años en España? Uno de sus actuales descendientes, el Marqués de Lozoya afirma que no hay en todas las historias de los claros varones de Castilla una vida más intensa que la suya. Creo sinceramente que los elogios no deben llegar a tan alto grado. En su etapa española precisamente una de las más difíciles de aclarar por la escasez de documento y ausencia de crónicas. Los cronistas indianos, como por ejemplo Oviedo, apenas nos dicen que era hijo de Pedrarias Dávila denominado "el Valiente", Pedro Mártir hace recalcar su juventud en la corte de los Reyes y las Casas y Herrera sostienen también por boca del Obispo Fonseca que "era criado en la casa real desde su niñez". Pero estas notas brevísimas de los cronistas no bastan para desentrañar la etapa juvenil de Pedrarias, sin embargo de que esta es una época decisiva para determinar su formación espiritual y moral.

Tienen gran influencia en la formación moral y militar de Pedrarias los sucesos históricos que presencié en su niñez. Se olvidan los historiadores de ubicarlo en una España que se desgarraba por sí misma ya con las pretensiones absolutistas de Don Alvaro de Luna, ya las luchas dinásticas de Enrique IV y su hermana Isabel, o Isabel y la Beltraneja. En su infancia oíría hablar y cantar los romances heroicos a los ciegos. Sabría de la fuerza física de un Diego García de Paredes que lleno de pasión arrancó las rejas de su novia, y ante el reproche de ésta y el temor de perder su honra, se dió el lujo de dejar sin rejas al resto de casas de una ciudad extremeña. En todos estos modelos predomina como calidad principal la fuerza física que fue sin duda una de las condiciones fundamentales de la personalidad de Pedrarias y que mereció el honroso título por sus hazañas en la corte de "el Gran Justador". Ya

Hasta entonces los biógrafos de Balboa nos lo habían descrito como un arquetipo de santidad e hidalguía. Los documentos hablarían ahora de un conquistador que pasó de prófugo de la justicia a gobernador, gracias al primer "paquetazo" que se da en el Istmo. De un hombre que al elevarse de la nada a una posición encumbrada exige la subordinación servil a su persona, como en el caso de su confesor en Santa María, el clérigo Pedro Sánchez que fue encarcelado por el simple hecho de no haberse quitado el bonete en su presencia. Comparemos esta actitud a la de un gran conquistador como Cortés que al decir de uno de sus contemporáneos "arrojábase del caballo en encontrando algún sacerdote, y postrado a sus pies, besaba sus vestidos".

En Panamá la figura de Balboa ha sido estudiada con simpatía por una circunstancia especialísima y es por la leyenda en torno a sus amores con una india hija del cacique Careta. Poco nos hablan los contemporáneos de este personaje y ni tan siquiera nos dan el nombre indio o cristiano que indudablemente tuvo. De ello se encargará la historia posterior. Méndez Pereira la bautizó con el nombre de Anayansi y Charles Anderson con el Caretita. Lo cierto es que se ha exagerado tanto en torno a ese fácil idilio, que podría aplicársele a cabalidad a Balboa el epíteto de "langosta de las indias" paradiando a Catilón, criado del "burlador de Sevilla". La leyenda del idilio entre el español y la india nace tímidamente en el librito de Salvador Calderón Ramírez y llega a su cúspide en el hermoso poema "La leyenda del Pacífico" de Ricardo Miró. Como leyenda, los amores entre el conquistador y la india son aceptables, como justificación histórica, no.

Balboa tuvo indudablemente méritos extraordinarios. Fue en primer término un gran organizador. Buscó la amistad de los naturales para conocer a cabalidad los secretos de la tierra. Estableció alianzas para traer paz y bienestar a una población que mucho los necesitaba. Fue audaz, hizo la jornada al mar del sur, con un puñado de hombres, con ciento noventa españoles para ser exactos, cuando según propia confesión necesitaba mil Castellanos reeducados en las indias. Tuvo ideas propias y originales sobre el sistema colonizador que expuso al Rey Don Fernando en su carta del 20 de Enero de 1513, en la que con gran sentido político aconsejaba entre otras cosas que es "menester que vengan mil hombres de la isla española porque los que agora viniesen de Castilla no valdrían mucho hasta que se fisiesen a la tierra" y sobre todo daba al Rey, un consejo que podría tener gran contemporaneidad en nuestra universidad, "Una merced quiero suplicar a Vuestra alteza, mande que ningún bachiller en leyes ni otro ninguno sino fuere de medicina vaya a estas partes de la Tierra-firme, so una gran pena que Vuestra al-

teza para ello mande proveer, porque ningún Bachiller acá pasa que no sea diablo y tiene vida de diablos, e non solamente ellos son malos, más aún facen y tienen forma por donde haya mil pleytos y maldades”.

Es indudable que el consejo se refería directamente al Bachiller Martín Fernández de Enciso que a la sazón se encontraba en España, después de haber sido enjaulado en la plaza pública de Santa María. La carta de Balboa en este sentido resultaba profética. Efectivamente, un autor imparcial, el Licenciado Zuazo, dándole cuenta al Rey unos años más tarde de los escándalos de Santa María, esto es de las banderías entre los amigos de Pedrarias y de Balboa achacaba el origen de todos los males a Enciso que “no cesaba de fatigar con pleitos y revueltas a Vasco Núñez ante el Alcalde mayor que llevó Pedrarias como ante el Juez que había llevado de antemano para aquel pleito”.

Las banderías de Santa María vienen a representar en última instancia, la lucha de dos grupos antagónicos ante los cuales no cabe una solución equitativa. Por un lado Pedrarias y los oficiales Reales trataban de imponer las provisiones reales dictadas desde España sin adaptarse a las realidades del Nuevo Mundo. Por otro lado estaban las rivalidades entre el poder civil y eclesiástico. En la lucha partidarista, el Obispo Quevedo se había aliado a Vasco Núñez de Balboa, según Oviedo “porque eran ya compañeros en las grangerías de las haciendas del campo, e en las naborías e indios, e pensaba aquel prelado ser muy rico por la industria de Vasco Núñez”. No obstante no hay un documento que corrobore esta maliciosa afirmación. Se trataba ni más ni menos de una lucha de poderes, en este caso civil y eclesiástico, lucha que es muy característica de esta época de transición entre la Edad Media y el Renacimiento.

Estas dos concepciones del mundo vienen a ser en última instancia la causa de la muerte de Vasco Núñez de Balboa que no está aún lo suficientemente estudiada, pese al gran esfuerzo eurístico de José Toribio Medina. Este mismo autor apuntaba ya que existe un claro notable en la documentación contemporánea de cinco o seis años sobre la que desaparecen casi todos los documentos indianos. Es posible como lo insinuó, que ellos se debiese al cambio de reinado y a que los documentos fueron a parar a Flandes. También hay la posibilidad de que muchas informaciones de testigos y otros documentos del gobierno de Pedrarias, se perdiesen en algunos naufragios, ya que por entonces no funcionaba aún con toda la eficacia la casa de Contratación de Sevilla.

A falta de esta documentación solo podemos atenernos a las versiones de las crónicas que se contradicen entre sí. Todos los autores no o

viejo en Panamá, lo veremos desplegando una actividad extraordinaria al lado de los remeros en las junglas darianitas, escalando montañas a pie o colocando las bases de las nuevas fundaciones como en Acla, Panamá y luego en Natá y en Nicaragua.

Pero la principal nota anímica, característica de la época de los Reyes Católicos, es su reacción contra el espíritu levantisco y anárquico de la época feudal. A un hombre de ese entonces le hubiera sido imposible acceder a las pretenciosas ambiciones de un Vasco Núñez de Balboa.

Si se encuentran estas notas renacentistas en el alma de Pedrarias, creo que sería fácil encontrar también algunos perfiles medioevales. Guardó de los hombres de la Edad Media el sentimiento caballeroso, la devoción religiosa y el amor a la fama. Hijo de la meseta castellana, que al decir de Gregorio Marañón, eleva al cielo como en el caso de Santa Teresa, o se extiende en el horizonte como en el caso del Cid Campeador, luchó en las guerras de Granada, primero, en las campañas del Africa después.

A fuer de buen español, sino había leído a Séneca, lo conocía por instinto y vocación. Cuenta su nieto que al dársele una vez por muerto en el Torrejón de Velazco, sus deudos lo fueron a enterrar, pero al irle a dar el postrer abrazo uno de sus criados, notó que su cuerpo respiraba. Por este incidente recibió el mote de "el resucitado". Pero lo importante no es esta anécdota baladí, sino la lección que de ella obtuvo Pedrarias Dávila. Todos los años, para conmemorar la fecha se enterraba en la sepultura donde oía los oficios del "Requiem", anticipándose así al minucioso exámen de conciencia que ya en su vejez hacía en el Yuste el monarca en cuyos dominios no se ponía el sol.

Sabemos además de Pedrarias que contrajo matrimonio con una de las más linajudas damas de la corte española, Doña Isabel de Bobadilla, que gozaba de gran influencia ante la Reina Isabel, a tal extremo que se hizo populr un refrán alusivo que decía: "después de la reina de Castilla, la Bobadilla".

Resulta innegable el éxito de este enlace si nos atenemos al discurso que nos trasmite Pedro Mártir de Anglería, y que ella pronunciara a su esposo al aceptar el honroso cargo en las Indias. "Adonde quiera que te lleve la suerte — ha de decir a Pedrarias esta mujer de alma varonil — ya entre las furiosas hondas del océano, ya en los horribles peligros de tierra, sánete que te he de acompañar yo . . . es preferible morir una y que me hechen al mar para que me coman los peces, o a la tierra en caibales para que me devoren, que no el consumirme en luto con perpetua tristeza, esperando no al marido, sino sus cartas . . .

Escoje una de las dos cosas, o me cortas el cuello con la espada, o consientes en lo que te pido". Como es bien sabido, Pedrarias accedió a los ruegos de Doña Beatriz.

No creo importante hacer resaltar la importancia fundamental, no solo para la historia del Istmo, sino de la América en General, que tuvo la organización de la expedición oficial de Pedrarias Dávila. Precisamente en 1918, el erudito español Manuel Serrano y Sanz, publicó, a base de una inmensa documentación inédita, un estudio extraordinario sobre las bases en que se fundamentó la expedición. Básteme decir, haciéndome eco de lo afirmado por Serrano, que ella vino a marcar un hito en la historia institucional y política del continente. Queda definitivamente cerrado el momento que los historiadores del derecho indiano, denominan con el nombre de *periodo antillano*, para iniciarse aquel otro en que la Corona se movía con más libertad, al no tener ante sí el sofocante peso de los privilegios otorgados a Cristóbal Colón.

Pero ya estoy sin darme cuenta en lo más espectacular de la vida de Pedrarias y es nada menos que el período que le toca actuar frente a la figura de Vasco Núñez de Balboa. Podría sintetizar diciendo que todo lo que va de 1514, año en que arriba Pedrarias con su cortesana armada a Santa María la Antigua del Darién, a 1519 momento en que es ejecutado Balboa, fue un gran diálogo entre el poder real que representa Pedrarias y el poder popular que encarna Balboa, entre el orden que quiere imponer el gobernador y la aventura que anima al conquistador, entre el vasallo leal y justiciero y el caudillo individualista y altanero. Por último, es la lucha entre el hombre educado en la corte y el hombre reeducado en América. Tan interesantes y movidos son estos años, que han ocupado la atención de un gran número de historiadores constituyendo ya uno de los capítulos más estudiosos de la conquista de América.

Se hace por ello necesario un nuevo viaje historiográfico pero esta vez en torno a la figura y actuación del descubridor del Mar del Sur, ya que a Pedrarias sólo se le reconoce con relación a Balboa. Efectivamente, su puesto tiene lugar para la interpretación tradicional, únicamente cuando se enfrenta a Balboa, y aunque viva muchos años gloriosos después de la muerte de éste, todo queda Kaput.

Tenemos que la figura de Pedrarias ha sido odiosa a la historiografía americanista, precisamente porque ha sido grato el personaje Balboa. Sus dos primeros biógrafos, el español Manuel José Quintana y el norteamericano Washington Irving, concibieron no a un conquistador sino a un arquetipo de hombre muy por encima de todas las debilidades del barro humano. Veamos como describe a Balboa el autor de la "Vida

de españoles célebres". Dice así: "Su brazo era el más firme; su lanza, la más fuerte, su flecha, la más certera; hasta su lebril de batalla era el más inteligente y el de mayor poder. Iguales a las dotes de su cuerpo eran las de su espíritu, siempre activo, vigilante, de una penetración su- ma y de una tenacidad constancia incontrolables".

Irving y Quintana tipifican una corriente narrativa que apoyada en los textos consagrados, se proponía mejorar el cuadro de la historia ame- ricana, ofreciendo un relato orgánico y animado y una dramaticidad in- terior a base de la lucha de dos fuerzas antagónicas, lograron bajo este método extenderse hasta el gran público. Abrieron ambos historiadores, el camino a una corriente de divulgación que aún fluye por los manuales e informa el criterio de quienes solo apetecen un conocimiento claro y agradable, sin complejidades críticas.

Guillermo Prescott siguió el método divulgador de la Historia de América en sus dos obras sustanciales "La Conquista de México" y "La Conquista del Perú". No dedicó ningún gran trabajo a la conquista panameña, pero dejó no obstante página antológicas sobre Balboa, sobre todo en su momento cumbre, esto es, cuando descubre el Mar del Sur "y toma posesión de este mar desconocido con todo lo que contenía para el Rey de España, y que defendería sus derechos contra todos los que se atreviesen a negarlos, ya fuesen cristianos, y ya infieles. Todo el ancho continente y las risueñas islas que bañan las olas del Mar del Sur! Po- co — dice Prescott — comprendía el atrevido caballero toda la exten- sión, todo el significado de su magnífica jactancia". Frente a estos pá- rrafos llenos de simpatía, cordialidad y comprensión, están los concep- tos lapidarios sobre Pedrarias, que según apunta "era de genio malévolo, y las bajas cualidades que quizás no se hubieran notado en la oscuridad de la vida privada, resultaron y quizás fueron creadas en parte por su encumbramiento repentino al poder".

La corriente historiográfica norteamericana de simpatía desenfadada a Balboa se rebusteció principalmente a principios del siglo actual. La razón es muy sencilla a mi parecer. No dejó de existir en los historiado- res ingleses y norteamericanos, desde Robertson hasta Prescott, inclusive, determinados prejuicios de raza y religión que les impidieron ver a la conquista española en toda su grandeza. Los héroes de esta gesta, solo eran grandes cuando tenían relación con el actual territorio norteamericano, tal el caso de Ponce de León en la Florida a quien se le ha querido ver como un humilde cordero, perdido en la vorágine sangrienta de sus contemporáneos de armas. Recuérdese al respecto que la Zona del Canal tiene una muy particular vinculación con Balboa y nada más justo en- tonces que exaltar la figura del descubridor del Mar del Sur.

Representante auténtico y extemporáneo de esta corriente unilateral y pragmática viene a ser el médico extraviado en la Zona del Canal, Charles Anderson. Su visión de Balboa es hiperbólica, lo concibe héroe pero incapaz de matar una mosca, y en su extraña originalidad, llega a con- co Núñez de Balboa". "De los setenta y siete hombres blancos que había en la cumbre cuando Balboa avisó por primera vez el Mar del Sur, ha- bía diez y seis que se llamaban Juan, aproximadamente uno de cada cuatro. De los veinticuatro españoles presentes en la tercera acta de po- sesión en la Bahía de Panamá, ni uno solo de ellos se llama Juan". Es- te método histórico es el delirio in tremens de la estadística!

En realidad de verdad, la moderna valoración de Balboa solo se pue- de hacer a partir de 1914, cuando aparecen dos nuevas biografías sobre Balboa, una debida a la pluma del historiador español Angel Altolaguirre y Duvalé, y la obra, a la del chileno José Toribio Medina.

Angel Altolaguirre, pese a todas sus excelencias como historiador, co- nocía poco de los asuntos americanos. Especialista en los asuntos medio- evales españoles, le tomó de sorpresa el encargo de la Real Academia de la Historia de escribir una biografía para conmemorar el centenario del descubrimiento del Océano Pacifico. Hay en su obra algunos yerros ele- mentales y escandalosos, no obstante, con el elemento eurístico que apar- ta, ya se puede romper el marco tradicional de los juicios consagrados con su prurito de atención especial a las anécdotas y curiosidades, a los episodios teatrales, al choque de los caracteres y a las pasiones indivi- duales. Por debajo de todo ello fluye en la obra de Altolaguirre, la raíz de los acontecimientos, el hondo proceso de estructuración social, políti- ca y económica que se iba produciendo en América a través del Istmo.

Lástima grande fue la precipitud con que escribió Altolaguirre, su exposición resulta un tanto esquemática y hay un apego sumiso a las frases de cajón.

La obra de Medina en cambio ofrece un cuadro definitivo y com- pletamente nuevo tanto por la exposición como por el aporte documental que incorpora en el tomo II de su ciclópea obra.

A base de este esfuerzo eurístico tendríamos ya no unos conquista- dores que no son héroes de epopeya, ni mucho menos demonios transfor- mados en hombres. Los protagonistas son ahora hombres de carne y hue- so. Hay en Medina un trato directo con las crónicas y documentos del siglo XVI: reales cédulas, declaraciones de vecinos y conquistadores, in- formaciones de méritos y servicios, cartas, testamentos y otras fuentes inmediatas. Desaparece así el conquistador dieciochesco de folletín, para aparecer el soldado valiente pero arrogante, atrevido y anárquico, orga- nizador y altivo.

tante hablan de una intentona revolucionaria en el Mar del Sur por Balboa, pero no coinciden en cuanto a la ejecución del plan. Diego de Almagro, muchos años más tarde, el preguntarle si una insubordinación ocurrida en Chile era semejante a la de Balboa en el Darién, responde enigmáticamente que no "porque lo que hizo Vasco Núñez no era cosa de hombres". El enigma de la muerte del descubridor del Mar del Sur queda en pie.

José de la Riva-Aguero y Osma, se ha hecho la siguiente pregunta en la que resume admirablemente el problema:

:"Queda el ánimo perplejo. Fue la ejecución de Vasco Núñez un acto de inútil ferocidad, brote del alma implacable de un cruel anciano de semíticos atavismos, según van repitiendo ahora todos: o fue quizás, según lo juzgaron los gobernantes españoles al mantener en el mando a Pedrarias, una medida de represión contra quien, aunque descubrió el Pacífico, había sido homicida y reo prófugo en la española y había revuelto la colonia de Tierra Firme, y depuesto y desterrado gobernadores, y era, en suma, uno de aquellos discolos adalides que prolongaban en el nuevo continente la anarquía medioeval, ya domada en Europa, y parecían preludiar el moderno y perdurable caudillaje hispanoamericano".

Solucionado el problema político administrativo que creara Balboa se inicia la etapa indiana verdaderamente fecunda de la vida de Pedrarias con la fundación de la ciudad de Panamá el 15 de Agosto de 1519, imprimiendo en la fundación tan honda vitalidad que ya cuenta con más de cuatro siglos de existencia, como demostró admirablemente en una conferencia el año pasado, don Luis García de Paredes.

Mucho se ha dicho y repetido sobre la función de tránsito de esta ciudad, pero nada estuvo más alejado del espíritu del viejo gobernador. Fundó la ciudad de acuerdo con el ritual de la época, pero le agregó las notas cortesanas que aprendiera en el solar segoviano, para que fuese centro de descubrimientos geográficos por el Pacífico. Empeñado en esta misión, abandona a Santa María y establece una nueva querrela, esta vez con Gonzalo Fernández de Oviedo que había sido nombrado por el Rey, regidor de Santa María. Si hemos dicho que la historia panameña en lo que va de 1514 a 1519 podríamos calificarla como un prolongado diálogo entre el hombre conquistador y el hombre gobernador, la historia interna del Istmo de 1519 a 1524, podría resumirse, usando la misma metáfora, como un diálogo mudo entre dos ciudades, la de Santa María la Antigua del Darién que moría falta de sentido y de misión y la de Panamá que crecía pujante de estímulos y esperanzas.

Efectivamente, estaban aún sin explorar las vertientes del pacífico y a estas actividades dedicó sus últimas energías el anciano gobernador.

Miró preferentemente el camino del Poniente, donde cifró todas sus esperanzas de gloria. Es precisamente a Nicaragua a la que idealiza y describe emocionadamente como la tierra muy poblada de "muy grandes arboledas, de sándalo cetrino, e de cedros, e de pinos, e de robles, e queyigos, e alcornocques".

No por ello olvida la actividad en el Levante, o sea el Perú. En Abril de 1525 escribía al Rey: "Al levante por allá mar del sur tengo enviada otra armada como le he escrito a vuestra Majestad, a descubrir con el capitán Pizarro mi teniente del levante con muy buena gente y buenos aderezos do espero muy buenas nuevas cada hora. Desgraciadamene no tuvo fé en la empresa y pronto salió de ella por un pleito con Almagro que lo describe admirablemente el cronista Oviedo.

Los últimos años de Pedrarias Dávila los pasó como gobernador de Nicaragua, llevando una vida sencilla y plácida, cuidando de su jardín e imponiendo la justicia real hasta que en el año de 1551 le sorprnede la muerte en León, debida, al decir del Licenciado Castañeda, a las "vejeces, pasiones y enfermedades que tenía".

Muy a propósito he dejado para el final uno de los aspectos más característicos de la vida de Pedrarias, y es la enorme actividad desplegada en la fundación de ciudades. Obra suya son en el Istmo, las fundaciones de Acla, Nombre de Dios, Panamá y Natá y en Nicaragua, Bruselas, León, Segovia y Granada.

Mirando su figura como la de un auténtico gobernador, podríamos compararlo con el Comendador de Lares y Calatrava, Don Nicolás de Ovando. Ambos ofrecieron notas comunes en el desarrollo de la historia colonial Americana. Uno y otro se preocuparon del progreso material de sus respectivas gobernaciones. Ovando en Santo Domingo hizo construir un hospital en 1503, el convento de los cordeleros, la casa del gobernador, el depósito de aguas y cuatro hornos para las fundiciones. Pedrarias, en los comienzos de su gobierno en Santa María, tuvo que afrontar los problemas del hambre y la mortandad de los expedicionarios, paulatinamente fue sanjando los inconvenientes y realizó una obra de méritos positivos. En 1515, Santa María contaba con una iglesia mayor "muy honrada en medio de la ciudad", se construía por ese entonces el monasterio de San Francisco, se había establecido un hospital, una carnicería y una pescadería. La agricultura y la ganadería no se descuidaron como es común creencia. El 28 de Diciembre de 1515 Pedrarias escribía al Rey: "Es (el Darién) la mejor tierra del mundo para yeguas y vacas, árboles se crían cuantos se plantan".

Es curioso observar que ambas figuras han sufrido la misma deformación histórica a través de los siglos. Se le acusa a Ovando de la

muerte de los naturales de la isla, debido al rigor del trabajo de las minas y de los repartimientos. Se le censura su conducta para con Cristóbal Colón. Se le denigra por la ejecución despiadada de la Reina Ana Caona, por las matanzas de Higüey y Jaragua. A Pedrarias en cambio, se le denigra por las entradas de sus capitanes a la tierra y las fechorías que cometieron para con los indios, se le censura la muerte de Balboa y sus cuatro compañeros y se le achaca el fracaso de la expedición a Nicaragua.

Tan solo en nuestros días se le reconoce a Ovando que fue según expresión de Carlos Pereyra el plasmador de América, en cambio, sobre Pedrarias aún existe el juicio condenatorio con que lo calumniaron sus historiadores contemporáneos. Sin embargo, Pedrarias aventaja a Nicolás de Ovando en muchas cualidades. Tiene desgraciadamente un atractivo menos decorativo, pero es más lentamente formado a base de su instinto y de su experiencia que le daban, audacia sin locuras, tenacidad sin testardez, exactitud para mirar la realidad y preocupación por las situaciones y los problemas. Su vida viene a ser sobre todo una lección de fé y perseverancia. Tuvo una fé excesiva, si en esto hay exceso, en sí mismo, en la Monarquía, en España, en Dios.

Balboa encarna en la historia del estado en Panamá, un ideal de arrojo y valentía dentro de la convivencia de españoles e indios. Pedrarias un ideal de organización administrativa y sobre todo un sentido disciplinado y jerárquico, para que se pudiera decir de él, que en todos los momentos de su vida fue, por encima de todo, un gran señor.

ONOMASTICO - versus - CUMPLEAÑOS

Por JUAN ANTONIO SUSTO
(Panameño)

En la prensa y en la radio se viene confundiendo con harta frecuencia el adjetivo onomástico: el *santo* de una persona, con el sustantivo masculino *cumpleaños*: aniversario del *nacimiento* de una persona.

El Ministro de Educación ha iniciado la publicación de una "Biblioteca de Autores Panameños". En el tomo 1, que corresponde a los "Apuntamientos Históricos" de don Mariano Arosemena, me permití hacer un índice al cual puse "Índice Onomástico". Este título causó alguna sorpresa en los chicos de la imprenta, ya que es usual el de "índice de personas". Ante la duda consulté al "Pequeño Larousse", edición de 1948, quien en la página 674, dice: "*Onomástico*: relativo a los nombres: hacer un índice onomástico", y para dar mayor fuerza a mi curiosidad acudí a la máxima autoridad en nuestro idioma: al Diccionario de la lengua española de la Real Academia", edición de 1947, página 913, que: "Onomástico, perteneciente o relativo a los nombres y especialmente a los propios. *Día onomástico* (el del santo de una persona, lista onomástica, etc...."

Sucede con mucha frecuencia que en una persona coincide su día *onomástico* con el de su *cumpleaños*: tal el caso del Presidente de la República. Dr. Juan Demóstenes Arosemena, quien vino al mundo el 24 de Junio, día de la Natividad de San Juan Bautista.

Para ilustrar un caso de esta confusión, citaré —de los muchos publicados— el que aparece en el diario "La Nación del miércoles 27 de Julio de 1949, a página 2, columna 5: "*Cumpleaños* hoy Genoveva Bermúdez. Es grata complacencia para nosotros insertar la fotografía..... con motivo de celebrar su *onomástico*". El día 27 de Julio correspondía a San Pantaleón y Santa Semproniana. De modo que la niñita Genoveva lo que celebraba ese día, era su *cumpleaños* y no su *onomástico*.

En España, por ejemplo, no se celebra el día del *cumpleaños*, sino el del Santo que corresponde al nombre de la persona. Yo, que no nací el día de San Juan Bautista, tenía que celebrar —allá en Sevilla— esa fecha, el 24 de Junio, junto con mis tocayos y amigos, a fuerza de la costumbre, y en el ambiente cálido y acogedor de Andalucía.

NUMEROS FAVORECIDOS POR LA SUERTE EN ENERO Y FEBRERO DE 1958

Fecha	Sorteo N°	Primero	Segundo	Tercero
Enero 5	2026	6741	6339	5716
Enero 12	2027	2733	2115	8811
Enero 19	2028	9023	0640	3438
Enero 26	2029	1127	5172	5138
Febrero 2	2030	9714	3078	6895
Febrero 9	2031	4396	4627	1384
Febrero 16	2032	1493	7777	4261
Febrero 23	2033	4368	4705	4248

DATOS CURIOSOS DE LA LOTERIA NACIONAL

0000.—No ha salido.

1111.—Salió el 24 de Mayo de 1952 (Tercer premio).

2222.—No ha salido.

3333.—Salió el 25 de Octubre de 1925 (Tercer premio).

4444.—Salió el 18 de Marzo de 1945 (Primer premio).

5555.—Salió el 24 de Junio de 1951 (Tercer premio).

6666.—Salió el 14 de Agosto de 1955 (Tercer premio).

7777.—Salió el 5 de Agosto de 1923 (Primer premio).
Salió el 16 de Febrero de 1958 (Segundo premio).

8888.—Salió el 15 de Marzo de 1925 (Primer premio).

9999.—Salió el 22 de Octubre de 1939 (Primer premio).

LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA DE PANAMA

Tiene el placer de anunciar a sus clientes y al público en general, que a partir del Lunes, 6 de Enero de 1958, pagará el Banco Nacional de Panamá, los billetes premiados de la Lotería Nacional de Beneficencia, en sus Sucursales de:

PENONOME, Coclé

DAVID, Chiriquí

CHITRE, Herrera

LAS TABLAS, Los Santos

LA CHORRERA, Panamá y

SANTIAGO, Veraguas

kilómetros, casi la misma distancia que de París a la frontera de Cataluña, y teniendo que atravesar las sombrías gargantas de Dagua, el tórrido valle de Cauca, donde el sol todo lo arrasa y lo seca, las eternas nieves del Quindío y la ardiente llanura de la Magdalena, internada considerablemente en la montaña; para todo esto tuvieron que subir tres cordilleras, y por último una cuarta, realizando este verdadero prodigio, que tal vez antes que ellos ninguno intentara, en once días, cosa, si no imposible, difícil al menos de creer, dado lo poco que dos hombres, por bien pertrechados que vayan, pueden contra la innumerable serie de obstáculos que presentan aquellos abruptos desfiladeros, que pocos fueron los que los pisaron, y lo poco apta que nuestra naturaleza, por la falta de costumbre, es para soportar los rigores de los climas que sucesivamente se tienen que atravesar y sufrir los bruscos cambios que con frecuencia se experimentan en aquella temperatura.

Se necesita estar animado del poderoso espíritu que sostenía a aquellos hombres para poder llevar a cabo aquella cabalgata, que por sus condiciones podemos desde luego llamar fantástica. Aquellas carreras fueron terribles, durando una de ellas veintidos horas. Aquel día recorrieron ciento treinta kilómetros! El 13 de Marzo entraban en Bogotá, la Atenas de la América del Sur, y tal prisa y maña se dieron; hasta tal punto comprendieron la necesidad, y lo mucho que ésta les obligaba: tan poco fué el descanso que debieron permitirse, que el 20 de Marzo se dió por terminado el tratado y el 23 de Mayo después de discutirlo muchas veces y hacerle sufrir un considerable número de enmiendas, después de haber pasado por comisiones, debates y lecturas, el contrato fue aprobado por las dos Cámaras y sancionado en buena y debida forma.

¿Qué es más de alabar: la resistencia, la paciencia, y la fuerza muscular de Wyse y su compañero, gracias a lo que se han podido sostener por aquel peligroso camino al través de las breñosas tierras, o la habilidad diplomática, la inteligencia de los negocios en que se ocupaba y el conjunto de condiciones, gracias a las que se ha podido terminar en seis semanas tal negociación? ¡Qué de fuerza y saber! En esta ocasión es el admirador el que habla, no es el amigo. Si bien se considera, ambas cosas unidas dan lugar a la admiración que manifestamos, y ambas cosas han de contribuir ciertamente a que mayor sea la gloria de que disfrutaba ya su esclarecido nombre; pues si se atiende a la rapidez con que el viaje fue realizado, y a la gran actividad que desplegaron, sin solución alguna de continuidad, en la que no pudieran tomar ningún descanso, hay que conceder desde luego que son hombres extraordinarios, en los que ninguna influen-

cia pudieron determinar los riesgos, los peligros, lo arduo del asunto que les ocupaba, la falta de conocimientos y de personas que gustosas se prestaron a secundar sus proyectos, pues, en una palabra, ellos, y solo ellos, tuvieron que hacerlo todo.

Las instrucciones que M. Wyse me dejara al partir para Santa Fe de Bogotá me prescribían hacer los necesarios estudios para poder determinar la posibilidad de un trazado, partiendo de la vertiente del Atlántico, el valle del Chagres y el de uno cualquiera de sus tributarios, y la del Pacífico, la depresión ocupada por el río Grande, que desemboca cerca de Panamá o cualquiera de aquellos que recorren los ríos Bernardino, Copi, Aguacate, Congo, que todos ellos son afluentes del río Caimito. En estas investigaciones dejábame completa y absoluta libertad para que comenzara éstas por el punto que más conveniente me pareciera, cosa difícil de apreciar en un momento, y en la que cualquiera decisión había de reportar consecuencias, por lo que todo mi cuidado fue procurar que fueran buenas.

La exploración de más importancia era, sin que quepa dudarlo, la de la línea Chagres-Río Grande, porque siguiendo este camino se aprovechaban los valles más bajos y anchos, así como también la proximidad de la vía férrea, elemento de mucha importancia por la cuestión de transportes y acarreos, que había de ser causa de que los trabajos pudieran realizarse con bastante más celeridad y mucho menos costo. Gracias a la amabilidad y finura de M. Mozley, superintendente de la vía férrea de Colón a Panamá, pudimos consultar los planos de esta línea, que fueron para nosotros una importantísima fuente de conocimientos. El día 1 de Marzo decidimos al fin que M. Lacharme permanecería en Panamá para acabar de estudiar con toda profundidad y acierto aquellos planos de que tanto partido podíamos sacar; M. Sosa y yo operaríamos en la región del Caimito, importante también bajo distintos puntos de vista. Luego que nuestro amigo hubiera terminado la misión que, fiados en sus conocimientos y buen juicio, le encomendáramos, emprenderíamos juntos la exploración y estudio de línea Chagres-Río Grande, y si la estación de las lluvias no se anticipaba y nos dejaba tiempo bastante, iríamos a concluir la exploración del cauce del Caimito y los valles que le corresponde en la vertiente opuesta.

Esta división del trabajo nos pareció a todos la más conveniente para conseguir lo que deseábamos, reducido a obtener lo más posible al menor espacio de tiempo, cosa que perfectamente podía realizarse, dado que los detalles y referencias que M. Lacharme pudiera escoger en los planos que

M. Mozley nos había proporcionado, simplificaría mucho nuestras operaciones en la región que más importaba conocer. Por desgracia, el día que habíamos de comenzar nuestra expedición en el orden propuesto me ocurrió un incidente que me obligó a guardar cama; al dirigirme a Matasillo, situado del otro lado de la sabana de Panamá, lugar hasta donde casi todos los días los panameños van de paseo, y donde sólo pueden tomarse agradables baños en los alrededores de la ciudad, tuve la mala fortuna de caer del caballo y lastimarme fuertemente: esto fue causa de que M. Sosa saliera solo de Panamá el 5 de Marzo, llegando al medio día a la embocadura del Caimito, al sitio que llaman Puerto de la Chorrera. Aquella noche misma llegó hasta Chorrera para proporcionarse un guía y algunos conductores que le eran de todo punto necesarios. A la mañana siguiente emprendió los trabajos, y con una paciencia y un desinterés que nunca será bien alabado, realizó las operaciones, llevándolas todas adelante, y al mismo tiempo, manejando el taqueómetro y el nivel de burbuja de aire, haciendo los croquis y dirigiendo la trocha.

Su punto de partida fue el lugar hasta donde llegan las altas mareas en el río Bernardino. Como es sumamente difícil, por no decir imposible, seguir al cauce del río que en casi toda su extensión es profundo y estrecho. M. Sosa siguió remontando por todas aquellas numerosas sabanas que cubren el país. La hierba en aquella estación está ya completamente seca, pues nada hay que pueda conservar fresca bajo la acción de aquellos devastadores rayos de sol que todo lo destruyen. Para hacerla crecer con más vigor y fuerza en la estación siguiente, pudiendo de este modo procurarse mejores y más abundantes pastos, así como también con el fin de que la floresta se haga de todo punto intransitable, los propietarios ponen fuego a aquella hojarasca, y pocas horas bastan para que en una extensión de bastantes kilómetros quede reducida a ceniza. El incendio pasa con tal rapidez al través de los cortos tallos, que no hay tiempo material que pueda atacar los islotes formados por hermosos y frondosos bosques que perfectamente se conservan y permiten abrigarse al ganado en las horas del fuerte calor. En aquel terreno, seco y completamente desnudo, las operaciones marchan con suma lentitud, siendo mucho más difíciles de llevar a cabo que en los terrenos quebrados y montañosos por que antes hemos andado, a causa del sofocante calor que se experimenta, y porque al menor soplo de aire que se siente levántanse unas nubes de ceniza acie y picante, que producen muchas enfermedades de garganta, bastante dolorosas. En ninguno de aquellos puntos que recorrimos dejan de tocarse graves inconvenientes, que no pueden ser echados en olvido cuan-

do trate de determinarse y apreciarse el tiempo que allí invertimos.

El 6 de Marzo por la mañana, encontrándome ya bastante más aliviado, pude dejar la cama y ocuparme, aunque bastante poco todavía, de algunas operaciones y cálculos de los que tenía datos recogidos en mi última exploración. M. Lacharme se hallaba también bastante entretenido con el estudio de los planos de la vía férrea, y junto nos dispusimos a pasar el día en nuestra habitación del Gran Hotel. Cuando más distraídos nos hallábamos en nuestros asuntos, vinieron a llamar nuestra atención las detonaciones de un revólver, que se sintieron bastante cerca. En Panamá son pocos los que por esto se alarman: así es que por sí solas hubieran pasado desapercibidas, si momentos después no se hubieran escuchado las voces de "fuego! fuego!" que, dadas a distancia de unos cien metros, nos hicieron levantar, abandonando nuestro trabajo. Extraña y rara cosa es, pero muy cierta, que el terror o el miedo prestan no se que acento a la voz humana que parece crecer, y allí pudimos comprobar esto una vez más, pues a pesar de la distancia y del ruido propio de la hora en una población como aquélla, los gritos llegaron hasta nosotros claros y distintos, como si los hubieran proferido en la puerta de nuestra habitación.

Inmediatamente corrimos a la ventana para ver de averiguar donde era el siniestro: de todas partes se dirigían hacia el Gran Central Hotel, sucursal del que nosotros ocupábamos, y donde se amontona la gente, delante de la parte ocupada por el notable doctor Gratochville. Algunos segundos después vimos elevarse de la farmacia un torbellino rojizo, que hizo chisporrotear los vidrios y las maderas del balcón. Por más que fijábamos nuestra atención, no podíamos distinguir ni llama ni humo, pero veíamos el interior como un horno ardiente: todos los intervalos o espacios, todos los objetos que se distinguen al través de las columnas de aire enrarecido, se retuercen, se agitan, desaparecen o cambian de forma. Por más que se haga, a juzgar por lo que puede verse, no se conseguirá extinguir aquella terrible hoguera: todo lo más que podría obtenerse es aislarla, evitando que el incendio se propague, y a esto tienden cuantos esfuerzos se hacen.

En cuanto a nosotros, el primer deber en que nos creemos es preservar los estudios y los trabajos, los instrumentos de la compañía del canal, los documentos, los mapas, fruto de dos años de trabajos. Triste hubiera sido que tras tanto tiempo de trabajar y sufrir, tras tanto como nos había costado luchar con aquella naturaleza y aquel suelo, tras tantos obstáculos vencidos y tantas fatigas sufridas, nos hubiéramos encontrado en un momento como el primer día que desembarcamos en Colón, teniendo que volver a comenzar. En este temor, dándonos cuanta prisa podíamos, pro-



M. Luis Verbrugge.

M. Luis Verbrugge

curamos meter todos nuestros útiles y trabajos en las maletas, así como también los efectos de M. Wyse, Verbrugge, y los que nos pertenecían. Inmediatamente que lo tuvimos todo dispuesto y embalado, M. Lacharme salió en busca de algunos mozos que nos trasladaran a lugar seguro, pues era muy de temer, dadas las proporciones del incendio, que se propagase a las casas contiguas, pudiendo entonces muy bien alcanzar a la que ocupábamos. Al rededor mío y en un momento mis vecinos de hotel abren precipitadamente las puertas de sus cuartos, colocando sus equipajes en el corredor y buyendo con lo de más precio y con todo aquello que en más estima tenían. La confusión y los gritos aumentan en la calle; el arrabal o barrio entero se agolpa en la ciudad: aquel es un verdadero día de fiesta para los que allá viven, y que con seguridad no saldrán del bullicio promovido con las manos vacías. En todas partes dan de beber coñac y unisado a los que voluntariamente se ocupan de apartar los muebles y efectos de las casas próximas a la del siniestro. Cuántas copas que beber y cuántas monedas que tocar! Qué de objetos sin dueño, qué de cosas aprovechables que recoger en medio de la tormenta!

Pudimos observar que desgraciadamente allí, con los incendios, sucede lo que en todas partes: sobre llegar siempre bastante tarde los auxilios, cuando llegan, todo se vuelve juicios contradictorios y órdenes en contradicción las unas con las otras; cada uno manda cosa distinta, y en tanto la confusión crece, el bullicio aumenta, los que verdaderamente se hallan animados del deseo de ser útiles en algo no saben que hacer ni que partido tomar, y mientras los merodeadores, que nunca faltan, disimulan sus intentos, lo destrozan todo, procuran dar al hecho mayores proporciones, simulan mayor mal que en que en realidad existe, y aprovechándose de la confusión que reina, hurtan y roban cuanto pueden. Muchas veces allí, como en cualquier lugar, hacen más daño que el fuego mismo las descabelladas medidas que se toman y el interés que no pocos manifiestan, pues querer poner a salvo los objetos en uno de estos lances desgraciados es hacerse mayor daño, dado que, o por completo se destroza, o desaparece totalmente.

Momentos después de haberse dado la voz de alarma, el Gran Central Hotel era una enorme pira: por todas las puertas y por todas las ventanas se veían salir las llamas rojo-amarillas en un principio, que a una mayor elevación se tornan de color rojo-sangre, perdiéndose luego en una inmensa nube de negro humo.

Algún tiempo después un ruido sordo y profundo domina repentinamente el rugido del incendio, los chasquidos de los muros, los crujidos de la madera y los gritos de la multitud que allí se agolpa: son los techos que

se hunden. Es allí tan rápida la marcha del incendio, que una señora que habitaba en el cuarto segundo y que comenzaba a vestirse en el momento en que se daba la voz de alarma, no tuvo tiempo de acabar, y tuvo que salir medio desnuda, obligada por las llamas que la cercaban por todas partes. En aquella casa, cuya extensión era de más de veinte metros, sólo a fuerza de grandes luchas y trabajos pudo conseguirse salvar a un inválido que habitaba en el primer piso, por la parte opuesta a la tienda donde se declaró el incendio. De esta manera sucede que en ciertas ocasiones se han dado incendios que han destruido manzanas enteras y calles en toda su extensión, sin que los esfuerzos hechos hayan podido lograr atajar el mal.

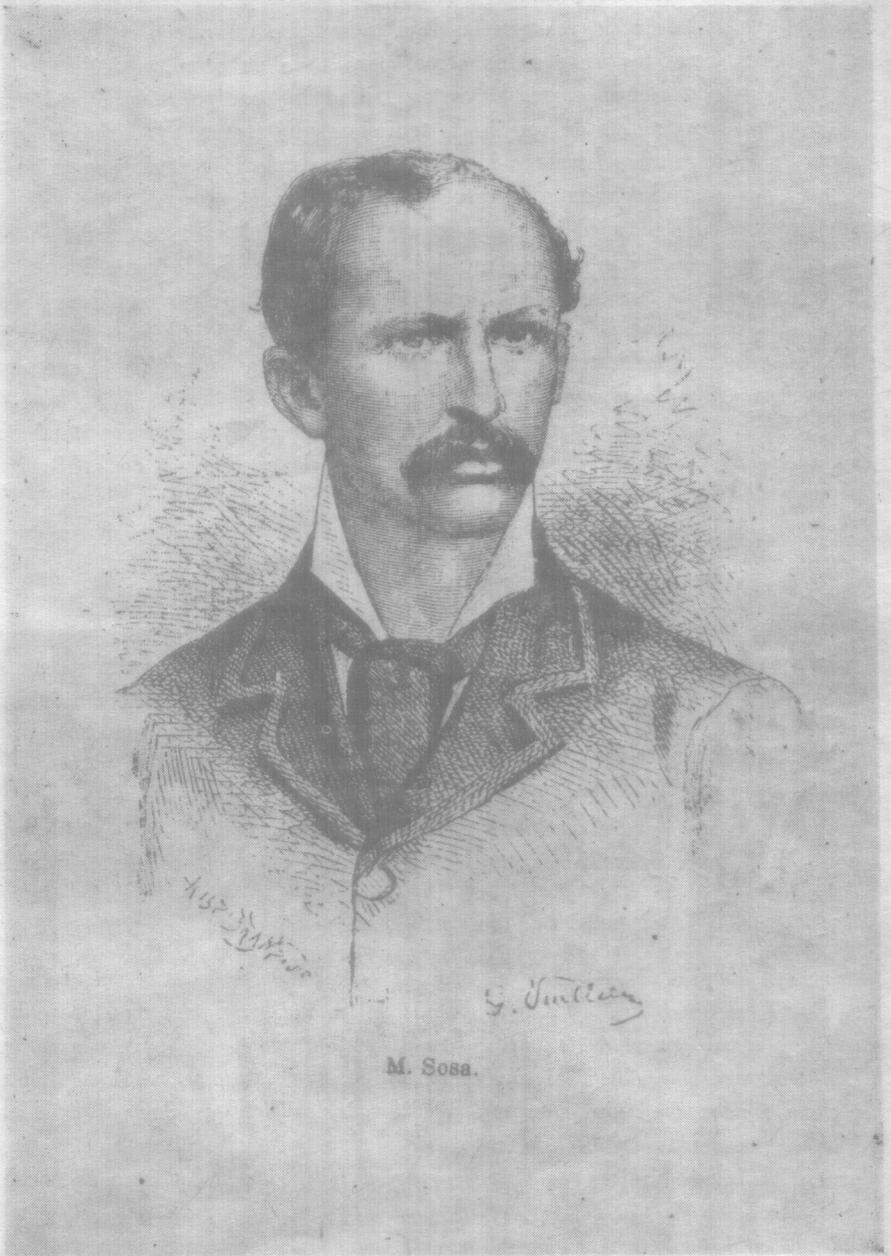
Los restos incandescentes caen como bombas en el barrio más bello de la ciudad: las casas se encienden y arden, el fuego ruge por todas partes, amenazando seguir en su vertiginosa carrera y destrozarlo todo, cosa que más de una vez ha sucedido a los panameños. En el Gran Hotel, M. Loew lo ha puesto todo en conmoción para ver de salvar la propiedad; como a nadie le interesa más que él, no para ni descansa, corre de un lado para otro, sin descansar un momento, vigilándolo todo, procurando que la maniobra esté bien servida, y cuidando que cada uno atienda a las precauciones que deben ser tomadas, para que el mal sea menor en lo posible. Su máquina de vapor hace funcionar con gran celeridad las bombas que se alimentan de un depósito que, bien calculado, dura cuatro horas, y que puede ser repuesto en breve espacio, sin que falte, por mucha que sea necesaria. El agua, cayendo constantemente sobre los techos, forma una costra preservadora sobre la parte baja del interior del alero que sobresale de la casa; en varios puntos algunos agujeros permiten ahogar las llamas que comienzan a prenderse, y regar las paredes y balcones. A pesar de tantos esfuerzos como se realizan, no deja de encenderse por algunos puntos: pero siendo trechos aislados, pueden apagarse con suma facilidad.

No es sólo la existencia de aquel bello establecimiento la que se encuentra amenazada, sino toda la larga fila de casas de aquel lado de la ciudad que separa del lugar del incendio: éste ha devorado ya tres cuarteles de Panamá; si el Gran Hotel cede, la ciudad entera está perdida. Cada vez que una bocanada de llamas o de humo, impelida por la brisa, va a dar sobre el edificio que a los demás protege a causa de su elevación, un terror inmenso se apodera de la multitud aglomerada allí, testigo de la grandiosa furia del fuego. El presidente del Estado y todos los miembros del Gobierno están allí presentes, dictando disposiciones, dirigiendo los trabajos y cuidando de que el orden no se altere lo más mínimo, así como

también que sea lo menos posible aquello que desaparezca por causa de las circunstancias. Un batallón de soldados que guarnece a la población está armado de hachas, y los apercejos de los buques anclados en el puerto han sido bajados a tierra para utilizarlos en lo que puedan servir; como lo que más urge es aislar los edificios para que las llamas no puedan hacer presa, cortan con prodigiosa rapidez algunos aleros y balcones, derribando las casas que parecen más amenazadas; algunos atrevidos llegan a fijar en las gruesas vigas maestras que sirven de sostén, unos agudos garfios sujetos a gruesas cadenas de hierro, a las que se agarran centenares de hombres, tirando hasta que logran arrancarla, cosa que varias veces ha sucedido, con lo cual, como se comprende, se quita mucho combustible a las llamas.

Es inútil, de todo punto imposible, pensar en extinguir directamente el incendio, o preservar tal o cual construcción fuera del Gran Hotel, que se defiende tenazmente; en un abrir y cerrar de ojos el fuego destroza por completo aquellas casas, apiñadas las unas contra las otras, y en las que, más que la piedra, entra la madera reseca por los ardientes rayos del sol que todo lo abrasa y lo consume.

Uno de los cuarteles de la ciudad, en los que el fuego había ya hecho presa, hubiera podido ser salvado; pero como en muchas poblaciones sucede, el ayuntamiento no dispone ni de una bomba siquiera. Descuido imperdonable, dado lo frecuente que son allí los incendios y las proporciones que en un momento toman, por las circunstancias especiales de la ciudad: la empresa del ferrocarril hizo venir la suya, que llegó desde Colón en cinco cuartos de hora. A más de lo mucho que por la especial manera de construir se prestan aquellas casas a ser devoradas por el fuego, tienen los panameños en su contra que, excepción hecha de la pólvora, no hay disposición alguna que prohíba almacenar y retener allí los demás combustibles; así es que a cada momento se oyen crujir, produciendo grande estrépito, los barriles de alcohol y las latas de petróleo; se escuchan también las detonaciones de las cajas de fuegos artificiales, de cápsulas y cartuchos, materias inflamables que alimentan más y más la hoguera aquella, que crece por momentos hasta el punto de verse hecho cada almacén un candente horno. No habrá ciertamente nadie que, habiéndolos escuchado una vez, olvide los desgarradores gritos en que prorrumpen las mujeres medio locas a la vista de tanta desgracia y que forman un cuadro terrible: los hombres guardan con su presencia los fardos en que se hallan los objetos que pudieron salvar de las llamas, o miran tristemente, con los labios apretados, como el fuego destroza lo que tantos sudores les costara ganar.



M. Sosa.

M. Pedro J. Sosa

Todo es allí desolación, llanto y ruina; hombres y mujeres prorrumpen en agudos gritos; cada vez que las llamas invaden un nuevo edificio, procuran consolarse los unos a los otros, pero todo en vano.

Luego que hubimos puesto en seguridad los equipajes, y que logramos estar convencidos de que nada teníamos que temer, procuramos ayudar con toda nuestra fuerza a los infelices que más lo necesitaban, viendo alguna vez logrados nuestros deseos de ser útiles.

A pesar de todo, el incendio seguía haciendo el vacío en todo su alrededor, cada vez con mayor rapidez, y sin que nada lograra detenerlo. Sólo al cabo de tres mortales horas de angustias infinitas, señaladas por desastres casi incalculables, en las que el Gran Hotel había resistido, el fuego cesó en sus destrozos y se extinguió bajo los escombros, que aun siguieron ardiendo uno o dos días.

Muchas de las casas donde habíamos sido recibidos con sin igual caballerosidad y cortesía desaparecieron, inclusa la que servía de habitación al señor Obispo, y la de nuestro compañero Sosa, que, bien ajeno de lo que ocurría, estaría engolfado en la continuación de las operaciones cuyo encargo recibiera con tanto gusto. En esta última, que fue de las primeras a donde el fuego había llegado, no se pudieron salvar los muebles sino tirándolos por las ventanas del cuarto segundo; era, pues, necesario, o hacerlos pedazos, o verlos consumir por el fuego, y el hermano de nuestro amigo prefirió esta segunda alternativa, dado que las dos conducían al mismo fin; pero en el natural atolondramiento que el siniestro produjo, olvidóse de la habitación del explorador y de todo lo que dentro de ella había. La Sociedad del Canal Interoceánico ha perdido allí algunos documentos, pero por fortuna de los menos importantes, algunos cuadernos con datos para operaciones taqueométricas, otros con croquis y planos del Mamoni y del Tiatí, y además una numerosa colección de ejemplares mineralógicos procedentes de la región del Darién.

A la mañana siguiente, cuando las cosas fueron puestas en orden y se limpió el hotel de M. Loew, pudimos de nuevo llevar a él nuestros equipajes y seguir nuestros trabajos, bruscamente interrumpidos el día antes. En la confusión, sólo habíamos perdido nosotros algunas cajas pequeñas y otros efectos sin valor, en suma, pérdidas insignificantes, dado lo que habíamos presenciado y lo que hubiéramos tenido que lamentar si por desgracia el fuego hubiera comenzado por el lado opuesto al que comenzó.

El río Caimito.—Reconocimiento practicado en el Bernardino, El Copé y el Aguacate.—La hacienda modelo “La Constancia”.—Rebaños de bueyes del Istmo.—Los garrapateros.—Los vaqueros y sus lazos.

Estando restablecido por completo, hasta el punto de hallarme perfectamente bien, el lunes de la semana siguiente abandoné a Panamá para unirme en el más breve plazo posible a M. Sosa en el valle del Caimito. En alta mar el viento me fue desfavorable: la *ballenera* tenía sumamente mal dispuesto el bauprés, la brisa era un tanto fresca, y todo reunido dió lugar a que, a pesar de nuestra impaciencia, el viaje se retardara, no siendo posible llegar a Puerto de la Chorrera antes de las diez de la noche.

A la mañana siguiente remontamos en canoa el Caimito: este pequeño río forma en aquella parte una serie de meandros, cuyos cuellos son tan estrechos, que en la estación de las lluvias apenas crece un poco la corriente del río, cuando quedan cubiertos por completo. A juzgar por lo que puede observarse, no había de pasar mucho tiempo sin que le abrieran un nuevo cauce, a no impedirlo la laberintica red de tallos aéreos y subterráneos de los paletuvios que detienen a los árboles arrastrados por la corriente, con lo cual forman al Caimito unas vallas que hacen imposible que pueda desviarse de su cauce natural.

El valle, bajo y pantanoso, es aun en su parte inferior del dominio de la selva virgen; pero en la parte árida del río que llaman Martín Sánchez, el terreno arcilloso no permite en manera alguna que agarren las raíces de los árboles, no produciendo en él más que la *guagaja*, planta que llama la atención por sus enormes hojas. De tiempo en tiempo las últimas colinas que le rodean se cierran bastante, pero dejando siempre entre ellas suficiente espacio para que pueda abrirse un ancho canal.

A la parte abajo del punto de confluencia del Caimito y de las aguas reunidas del Bernardino y del Aguacate, se encuentra una playa de arenas viscosas sobre las que vimos tendidos al sol y dormidos unos sesenta aligatores. Desde lejos cualquiera podría pensar eran un montón de cortezas espinosas que las aguas habían arrastrado, dejándolas en seco al retirarse. Ya hemos dicho en otras ocasiones que estos animales nunca atacan a ninguna embarcación, por tenerlo así confirmado la experiencia; el más atrevido y más confiado no puede evitar que su corazón lata; más a pesar de todo, ni aun el más valiente se atreve a aproximarse, y el más atrevido y más confiado no puede evitar que su corazón lata

apresuradamente cuando su canoa pasa cerca de tal reunión de monstruos. Nadie piensa siquiera en dispararles una bala, tanto por comprender lo sumamente difícil que es causarles daño con un proyectil, dadas las condiciones de la coraza que les sirve de piel, cuanto porque alcanzarlos podría ser en extremo perjudicial, dado que, puestos en confusión, un movimiento de su cola bastaría para hacer pedazos una embarcación. Cuando por casualidad se divisa, aunque sea de lejos, una reunión de monstruos de esta naturaleza, lo primero que se procura es aproximarse lo más posible a la orilla opuesta: para asustar al enemigo, gritan, vocean, lo llenan de insultos y de injurias como si pudiera entenderlos, y al propio tiempo golpean fuertemente contra la piragua. Tal estrépito da lugar a que los caimanes se sacudan un poco, saliendo del letargo en que parecen sumidos, y los unos mueven pesadamente la cabeza, mirándonos perezosamente, en tanto que otros marchan a cortos pasos hacia la orilla, sumergiéndose en el agua sin ocultar por completo sus repugnantes mandíbulas ni las rugosidades en forma de dientes de sierra que ostentan en su lomo, que dejan divisar sobre la superficie del agua.

Un cuarto de hora después, habiendo tenido que vencer no pocos obstáculos en aquella navegación a causa de la débil corriente que por causa de la estación arrastraba el río, y que dejaba al descubierto un considerable número de árboles caídos y rocas salientes, nuestra embarcación enfiló por el Bernardino, río estrecho y de cauce tortuoso, deteniéndome en la aldea que el mismo nombre lleva. Esta, como casi todas las que existen en aquella comarca, es pobre y miserable. Sus casas, más que tales son chozas, donde confundidos y revueltos viven todos los individuos de una familia, dedicados en su mayor parte al cultivo de algunas porciones de terreno, con lo que solo pueden atender a la satisfacción de sus necesidades, y otros a la busca del cautchouc y la tagua, que ya escasea, efecto de los males que en otras ocasiones hemos lamentado. Solo la necesidad o la costumbre, aunque más puede ser efecto de no haber visto nada más allá del lugar en que nacieron, es lo que puede dar lugar a que aquellos seres habiten allí, manifestándose conformes y contentos, cuando tan faltos de comodidades se hallan. Allí pudimos convencernos una vez más de lo poco que la Naturaleza exige al hombre y de lo mucho que el hombre necesita luego que la vida en sociedad le ha impuesto las atenciones y deberes con que le grava. Comparados los habitantes de aquellas aldeas con los que viven en los grandes centros de población, no cabe dudar un momento siquiera que su existencia es más feliz y tranquila que la de éstos. Reducidas sus atenciones a cortísimo número, viven con desahogo del fruto



Cafda del río Oopo.

de su trabajo, sin ideas que les preocupen ni atormenten, que es ciertamente lo que da tranquilidad de ánimo bastante para poderse creer dichoso.

En aquella aldea preguntamos por el paradero de nuestro amigo, que en sus operaciones debía haber pasado por ella, y nos dijeron que M. Sosa se encontraba el día anterior en el *potrero* de D. Silverio González. Un muchacho que pude arbitrarle por guía me condujo por el camino más corto y fácil al punto indicado, donde tuve el gusto de encontrarlo entregado a su tarea. Mal de mi grado, érame forzoso en aquella ocasión ser portador de malas nuevas, y tuve, por mi desgracia, que confirmarle la noticia de que su casa se había quemado, destruyéndole todo cuanto poseía. Digo confirmar, pues ya había llegado a conocimiento de M. Sosa algo referente al incendio terrible que en Panamá ocurriera; cosa a la que él no había querido dar crédito alguno, mucho más cuando el desastre era tan considerable que apenas si viéndolo se alcanzaba su posibilidad.

A partir de aquel punto, seguimos las operaciones en compañía, encargándome yo del nivel de Egaul y de la dirección de las trochas, y continuando él con el taqueómetro y todo lo concerniente para poder levantar en croquis. Pasada una estrecha y reducida garganta, el río acelera su corriente hasta el punto de hacerla bastante impetuosa. Por la noche pedimos hospitalidad a un pobre pastor, llamado Melo, el cual nos la dió, procurando atendernos de la mejor manera que le fué posible.

A medida que avanzamos, el valle se estrecha más y más, elevándose al propio tiempo, de tal modo que llega a convertirse en un simple cañón: bien pronto aparecen las cascadas saltando por encima de verdaderas rocas doleritas, pudiendo comprobar que al pie de la primera la altura es ya de 1,64 metros. En aquel punto deben terminar nuestras operaciones por lo que se refiere al alto de Bernardino, y sólo seguimos adelante, hasta llegar a lo alto de una loma, para llevar a cabo ciertas comprobaciones que nos son de todo punto necesarias. Desde aquella altura gozamos de un encantador golpe de vista, siendo admirable el panorama que se despliega ante nuestros ojos: dominamos el extenso valle que fertiliza el río Caimito, dividido en tres brazos, cuyas aguas se deslizan apaciblemente por sus estrechos cauces; a lo lejos, sobre las agitadas ondas del brillante mar, se divisan, formando un gracioso grupo, las islas Tabogas, que semejan gigantescos cisnes posados en la superficie transparente de un espejo; a nuestra derecha, en la línea azul oscura que se distingue al fondo, se divisan las últimas cimas de las cordilleras, el cerro de la Trinidad, y aquel paisaje, en cuya contemplación nos absorbemos, tiene aún más encantos con la indecisa luz del crepúsculo de la tarde que se inicia en medio de la



Grupo de vaqueros.

soledad que nos rodea y en el absoluto silencio que reina, que apenas nada interrumpe, si no es el ruido que en la hojarasca hace algún insecto que pasa, o las hojas que chocan al menor impulso del aire que sopla. Terminadas nuestras operaciones, y habiendo recogido las notas y datos que nos eran necesarios para nuestros cálculos, al caer la noche volvimos a la casa de D. Silverio González, donde habíamos de hallar el descanso de las fatigas experimentadas durante el día.

Al día siguiente, desde muy temprano, comenzamos el estudio de la variante por el río Copé, que es el principal afluente del río Bernardino: a sus fuentes corresponden, en la otra vertiente de la línea divisoria, las del río Paja, tributario de Paño-Quebrado, que se une al Chagres algunos kilómetros más arriba del puente de Barbacoa. En este trabajo tampoco empleamos más que dos días, pues allí también la curva se estrecha bien pronto; siguen inmediatamente los rápidos violentos, viniendo en seguida las cascadas de bastante altura, comprimidas por murallas que parecen cortadas a pico. Después de la primer cascada que se encuentra, hay un ancho estanque, en el que las aguas detenidas parecen negras a la vista.

no porque lo sean, sino por la oscura sombra que sobre ellas proyectan las paredes que lo forman, demasiado juntas las unas a las otras: más lejos, formando un admirable contraste, la garganta se ensancha un poco, y la luz del sol hace brillar la segunda cascada, inmensa ola de espuma blanca como la nieve que se levanta a una considerable altura. Cuando terminamos también en aquella parte nuestros trabajos, volvimos a la casa donde habíamos estado alojados, y donde tan bien nos trataran, a fin de despedirnos y marchar inmediatamente por la sabana a la hacienda "La Constancia", situada en los bordes del Aguacate. Este río, del que debíamos hacer el estudio del valle que riega y determinar el trazado de su corriente, tiene su nacimiento cerca de la fuente del río Mendingo, reuniéndose con aquél por encima del confluente del Chagres.

Dejamos a la izquierda el famoso *camino real* que desde Panamá conduce a David, en la Provincia de Chiriquí, y bien pronto llegamos a la selva leñosa que por ambos lados bordea el Bernardino. Después de pasar el río se extendió ante nosotros un nuevo prado, cuya superficie, bastante desigual, presentaba a nuestra vista muchos graciosos bosquecillos: en la cima de una colina, a dos kilómetros próximamente del punto en que nos encontrábamos, distinguimos una gran casa de un solo piso y cubierta con tejas, en la que desde luego reconocimos la magnífica hacienda "La Constancia".

Aquella hermosa finca es propiedad del señor D. Francisco Hurtado, miembro de una de las familias criollas más antiguas y más distinguidas del país, quien con una exquisita finura la puso desde luego a disposición de la comisión exploradora.

Tan pronto como el mayordomo hubo leído la carta que le presentamos, y que nos daba a conocer recomendándonos al propietario, nos presentó todas las llaves y nos ayudó a escoger las habitaciones más confortables y mejor dispuestas: la antigua fórmula, *la casa está a la disposición de V.*, que con frecuencia se cita como ejemplo de la exageración castellana, es aquí una perfecta verdad; nada, absolutamente nada pudimos echar de menos, y el recuerdo de aquella franca, leal y cariñosa hospitalidad no se separará jamás de nuestra mente. En la mesa del propietario ausente comimos sus víveres, nos acostamos en su cama, gozamos de su hamaca, y esto siempre igual, del mismo modo, desde el primero al último día que duró nuestra permanencia en el valle del Aguacate. Cada noche, cuando cansado por las fatigas del rudo trabajo que sobre nosotros teníamos, volvíamos a la hacienda, podíamos contar con la seguridad de hallar dispuestas la mesa y la cama. Cuando el mal se ha pasado y puede

compararse con el bien de que se disfruta, es cuando verdaderamente se aprecian sus ventajas: en muchas de aquellas noches recordábamos tantas otras como al volver al campamento establecido no teníamos más que poca y mala comida para alimentarnos, y el duro suelo o la incómoda hamaca para pasar la noche. En "La Constancia" no teníamos nada que temer: la alimentación abundante y bien condimentada, el abrigo contra la intemperie, y más que nada la segura garantía que la limpieza que por todas partes se advertía nos daba contra las nubes de tantos distintos insectos como en el campo nos habían mortificado, privándonos del descanso y de la salud, como tuve que lamentar cuando la invasión que en nosotros hicieron las terribles garrapatas.

El domingo siguiente, el Sr. Hurtado llevó su amabilidad hasta el extremo de venir de Panamá con M. Lacharme para hacernos una visita en su propio domicilio. Por más que hicimos no pudimos conseguir que nos considerara como sus obligados y agradecidos, pues a la fuerza él quería ser el que debía manifestarse agradecido y hasta orgulloso de que individuos de una comisión tan distinguida hubieran aceptado su casa.

El domingo lo pasamos del todo agradablemente en la hacienda: fue un día de descanso y de verdadero recreo. El Sr. Hurtado nos enseñó, no diremos su propiedad, para lo que hubieran sido necesarios muchos días, dado el considerable número de hectáreas que contiene, pero sí nos hizo ver hasta en sus menores detalles algunas de las particulares construcciones de aquella explotación rica y próspera. La casa del propietario contiene solo cinco o seis habitaciones, pero todas ellas anchas y espaciosas, muy limpias y perfectamente situadas, gozando de bastante luz, que toman de una larga galería que mira al N., y desde la que la vista disfruta el más hermoso paisaje que se puede imaginar: desde allí se alcanza la extensa planicie de la sabana, la selva con su eterno manto de verdor oscuro, el cerro del Tigre y las cordilleras. Al lado se extiende el corral, vasto circuito de muros, donde reúnen todos los rebaños para ver las bestias y hacer la *saca*, o sea la separación de las que se destinan al mercado de Panamá. Detrás del corral se levantan la casa del mayordomo y las demás dependencias que son necesarias para llevar a cabo las operaciones de la labranza y cría de ganados, que son los dos ramos principales que en la hacienda se explotan: el inmenso patio está plantado de totumas y cocoteros; al N., puede verse un precioso jardín lleno de flores, y en todo el circuito que ocupan las construcciones, hay plantados árboles del pan, cuyas hojas se parecen a las *aralias* del Japón. Mi atención se excitó grandemente, viendo una inmensa pila tallada en la piedra viva uno de esos *timbres* de nues-

tras provincias del Sudoeste. Por más averiguaciones que quise practicar, y a pesar de las muchas preguntas que hice, nadie supo darme razón del origen de aquello; sin duda alguna fué trasportada allí en los tiempos en que el camino real era un verdadero camino bien conservado, y no como hoy, que no pasa de ser un caos de vertientes y pedregales casi crizados de peñas, por donde los caballos y los bueyes pasan con gran trabajo.

El terreno propio del Sr. Hurtado, y que constituye la extensión de la hacienda, alimenta más de mil cabezas de ganado. El rebaño vaga libremente por aquellas soledades, y al rededor, como quiera que la finca está cercada o por arroyos profundos o por selvas casi impenetrables, no se hace necesario un cierre continuo; basta solo cerrar estos pasos cerrando árboles y superponiéndolos convenientemente para que obstruyan el agujero.

Por aquí es muy escaso, por no decir ninguno, el cuidado que se toma en la educación del ganado; compran los rebaños enflaqueados y agotados que vienen de Chiriquí en largas caravanas, y ellos mismos engordan después en los extensos prados que tienen por suyos. Apenas los animales han recobrado algunas fuerzas con la abundante alimentación de que pueden disfrutar, cuando procuran escaparse, para lo que buscan una salida por todas partes; su admirable instinto los conduce al lugar de su nacimiento, por distante y separado que esté, y ésta es la razón por que procuran con gran cuidado tapar todas las salidas y obstruir todos los pasos por donde pueden efectuar su huida. A pesar de todas las precauciones que toman, las fugas son muy frecuentes, por lo que cada propietario se ve obligado a imprimir sobre el animal de su pertenencia un signo o marca especial, siendo ésta tan respetada, que una vaca encontrada a centenares de kilómetros es devuelta a su posesor legítimo de hacienda a hacienda.

El aumento natural de los rebaños no sería muy difícil de conseguir; pero exigiría grandes cuidados y mucho más tiempo del que estos naturales parecen dispuestos a emplear en cualquier cosa, por grande que sea la utilidad que pueda reportarles. Desde luego sería necesario aumentar el número de los vaqueros o encargados de recorrer las sabanas para poner en seguridad los terneros recién nacidos y untarles los ombligos con cierto unguento, sin el que las moscas y gusanos los infestarían con sus larvas, dando lugar a que perezca el mayor número de ellos. Estos hombres pasan toda la vida a caballo, y es prodigiosa su habilidad para tirar el lazo con las largas correas que llevan enrolladas al arzón de la silla sujetan uno a uno todos aquellos animales a fin de poderlos reconocer, y tan pronto como advierten bajo la piel algún tumor que les revele la presencia



M. Armando Reclus.

de los inmundos gusanos que tantas bajas causan entre aquellos, los conducen a un determinado corral, donde los operan extrayéndoles lo que es causa de su mal, y los curan, no dejándolos en libertad hasta que no tienen nada que temer. Sin estos destestables parásitos y las garrapatas, los rebaños del Istmo serían de todo punto magníficos. Las *sacas* del Sr. Hurtado son en el mercado de las de más importancia, gracias al beneficio de que disfruta el terreno en que su hacienda está enclavada, y que en tienen las demás: si queremos referirnos a la existencia allí de los garrapateros, especie de mirlos que posan sobre los ruminantes, y en pocos minutos lo limpian por completo de la plaga que puede diezmarlos. Cada buey tiene su pájaro protector, que siempre es el mismo: mientras que el amigo está pastando, el mirlo permanece en quietud absoluta, posado entre sus cuernos, investigando con atenta mirada el terreno: tan pronto como aparece un nido de garrapatas, salta a tierra delante del hocico de su compañero, y en un momento quita de en medio todos aquellos terribles bichos.

Teniendo en cuenta lo exiguo de las proporciones de los toros en los países cálidos, las de los del Istmo son bastante considerables. Aunque armados de un par de cuernos agudos y bien colocados, son bastante tranquilos y muy apacibles: muchas son las veces que hemos atravesado por en medio de aquellos numerosos rebaños, sin que uno solo de aquellos animales haya hecho el más ligero movimiento que pudiera indicarnos deseos de acometer: pero a pesar de esto, lo más prudente es no repetirlo muchas veces y caminar por la orilla del bosque, por los riesgos que naturalmente pueden ocurrir aventurándose entre unos animales que están fuertemente armados. En las distintas ocasiones en que, como dejamos dicho, nos hemos visto obligados a pasar por entre el ganado, teníamos buen cuidado de cerrar nuestros quitasoles, objeto que muy particularmente irrita a los toros. Nuestro amigo Sosa, que para el trabajo gastaba habitualmente una camisa y unos calzones de un color rojo subido, no dejaba nunca de ocultar su llamativo vestido bajo un pantalón de más modesto color siempre que se veía obligado a pasar por donde había alguna manada de dichos animales, pues el color rojo llama vivamente su atención, excitándolos a acometer: por otra parte, siempre que nos veíamos en tales apuros, procurábamos rodearnos de los hombres que nos acompañaban, a fin de que los cornúpetos se calmaran con el olor propio de la gente de color, que les es tan familiar. La gente del país no se les acerca más que a caballo, y esto haciendo voltear el lazo que siempre llevan, y con lo que se les excita un saludable terror: todos los toros sin excepción corren a cual más pueden tan pronto como ven aparecer al vaquero blandiendo la

larga correa, al extremo de la cual llevan sujetos unos plomos: pero el pastor ha divisado ya el animal que buscaba, y tan pronto como se asegura de ello lanza a escape su caballo, y aunque se encuentre entre los demás es bien pronto enredado con el lazo, y sin hacer el menor esfuerzo, sin procurar conseguir de nuevo su perdida libertad, se deja mansamente conducir al punto donde lo lleven. Cuando se trata de verlos a todos reunidos, un solo vaquero y dos o tres perros bastan para hacer entrar en el corral la manada entera.

El número considerable de caballos que necesita la explotación de una hacienda vive en la sabana gozando de completa libertad, pero siempre, a cualquiera hora que sea, hay uno ensillado y enbridado, atado a un poste en el patio cuando son necesarios algunos más, el vaquero lo monta y se dirige hacia la selva. Si el caballo que lleva tiene una carrera fuerte y sostenida, bien pronto sale del paso: pero en el caso contrario, está obligado a reunirlos a todos en el corral y allí escoger los que le parezcan mejores. Los caballos son de muy poca alzada y mal formados; pero son buenos animales y resisten admirablemente la fatiga, hasta un punto que llama verdaderamente la atención: durante cinco y seis días seguidos marchan diez y ocho horas por caminos que, vistos, nadie podría decir eran capaces de ser atravesados más que por cabras, o por las fieras y bichos que ordinariamente puebla el bosque.

En "La Constancia" solo hay aun muy pocas hectáreas de tierras destinadas a las agricultura: aquella inmensa propiedad, cuya extensión considerable no podrá ser comparada con ninguna otra, está compuesta en su casi totalidad por extensas selvas vírgenes y sabanas donde crecen abundantes hierbas. Esto, como se comprende, indica bien claramente que sólo atienden a una fuente particular y única de riqueza, cual es el acrecentamiento del ganado, y explica perfectamente el atraso en que se hallan todas las operaciones agrícolas, dado que lo único que tienen que hacer para procurarse abundante pasto es poner fuego a las matas antes de las primeras lluvias: tan sencilla operación hasta para que a la estación siguiente se den en abundancia las hierbas, que crecen hasta una altura considerable.

Las operaciones que teníamos que practicar en las orillas del Aguacate se hacían bastante difíciles, a causa de los inconvenientes que el terreno, y hasta la estación, nos presentaban: por algunas partes el río, perdido el carácter de tal, a causa de la falta de corriente, queda convertido en un profundo canal sucio y estancado: sus numerosos meandros contienen en sus casi anulares ensenadas los únicos terrenos que se han tomado el trabajo de labrar: el terreno, formado de aluviones continuamente fertilizados

por las aglomeraciones que en ellos deja el torrente. es de una riqueza incomparable. En aquellos potreros la caña de azúcar crece como la mala hierba. y las batatas producen enormes tubérculos. Conveniente sería, bajo más de un punto de vista. y también para poderlos preservar de los destrozos que el ganado pueda causar, cerrar o acotar de una manera adecuada aquellos islotes cultivados: pero tal es el descuido y la pereza de aquella gente. que se contenta con atravesar árboles en los puntos que parecen más amenazados, o con levantar empalizadas que en más de una ocasión nosotros y los hombres que nos acompañaban maldecimos con toda nuestra alma, por tener precisamente que cortarlas, a fin de poder seguir la línea del trazado.

En las orillas del Aguacate pude contemplar un espectáculo por demás curioso. cual es el que presenta un ejército numerosísimo de grandes arañas casi negras. parecidas a nuestras zancudas, y que lentamente caminaban por el filo de la ribera. Durante algún tiempo no pude menos de contemplarlas. extrañándome el fenómeno de que aquellos repugnantes bichos marcharan reunidos en tan considerable número. cuando por instinto y por naturaleza son tan poco sociables.

Nuestro camino nos lleva casi diariamente delante un *trapiche*. como llaman aquí a los molinos de azúcar: sentámonos un rato en la casa de su honrado propietario. casado con una mujer bastante bella. cuyos rasgos hacen recordar a las figuras nubias de tan puras formas. esculptadas en los monumentos del antiguo Egipto. con la sola diferencia de que el rostro de María es un poco más aplastado. Un solo campo de cañas de azúcar basta para que con sus productos pueda vivir el señor Juan y toda su familia. habiendo pagado ya con el resto de sus ganancias el valor de la finca. la cual. aunque modesta. es notable por el perfecto arreglo y cuidados que en ella reina: todo el trapiche está compuesto de tres cilindros de madera dura. de los que el de en medio gira gracias a una manivela que pone en movimiento un caballo flaco y desorejado. Allí fabrican tafia. de lo que luego harán anisado. y guarapo. o sea el jugo de caña en primera fermentación: bebida muy agradable. pero bastante traidora y fácil de que suba a la cabeza. como acontece con los vinos de España.

El azúcar entra por mucho en la alimentación de los hijos de aquel país: nuestros acompañantes en la selva consumían casi tanta *panela*. o sea azúcar morena amasada en panes. como arroz y tasajo. siendo tal su afición. que en muchas ocasiones la falta de este comestible. que bien podemos calificar nosotros de puro lujo. era tan sentida como cualquier otro alimento de primera necesidad. Esto irroga una ventaja. sin embargo. y

es que aquí, por la modesta suma de 20 centésimos, puedo obsequiar a todos los hombres que vienen en nuestra compañía; además, se llevan dos o tres cañas de la preciosa gramínea, de una longitud de seis o siete pies, que aun no han concluído de masticar y chupar a la noche cuando vuelven del trabajo.

La permanencia en esta región, la mejor sin duda de cuantas hemos atravesado en el tiempo que llevamos de explorar el Istmo, y sin duda en la que hemos sido más obsequiados, no puede durar eternamente; las distancias se hacen ya demasiado largas y es mucho lo que tenemos que andar cada día para llegar al cuartel general. El mayordomo de nuestro galante anfitrión nos dió víveres bastantes para que pudiéramos explorar el Alto Aguacate, lo que confiadamente esperamos ver terminado antes de poco. Salimos de la hacienda y pocas leguas después comenzó a desaparecer la llanura, dejándose ver algunas rocas; el cauce del río también se encuentra abierto en la piedra viva, entre pórfidos y doloritas. Tres cascadas que encontramos nos facilitaron mucho la subida, después de las que el cañón se ensancha, y nos hallamos frente a escalones de bastante altura.



Hacienda "La Constancia".

el segundo de los cuales está precisamente en el término donde nuestras operaciones deben terminar.

Hecho esto, volvimos a la casa del Sr. Hurtado por las sabanas de la orilla derecha. Aquel camino nos condujo a la Loma Grande, colina cuya altura excederá tal vez de sesenta metros, y desde donde la vista abarca una considerable extensión de terreno. En todos aquellos alrededores sólo el Cerro del Tigre, cuya cima está a ciento veinte metros, es la que puede dominar nuestro observatorio.

Las cúspides de todas las elevaciones que desde allí podemos distinguir, así como también todos los rebordes que el terreno forma, están cubiertas de gruesas piedras, cuyo color blaucuzco contrasta con el rojizo del suelo, y que a primera vista podía creerse eran vellones de lana. Aquellas son las partes más duras de las rocas, que aun los meteoros no han podido descomponer en arcilla.

Cuando regresamos, pudimos observar que la gente de "La Constancia" estaba muy preocupada con la presencia de un jaguar, grandemente aficionado a los terneros, y que ya había destrozado a muchos de ellos. Durante muchos días todo fueron acechos y trampas para ver de dar caza a la fiera, cuya presencia era causa de la general intranquilidad, pero todo en vano: cuando la esperaban por un lado, saltaba por donde menos podía figurarse, hacía casi siempre presa, y huía de nuevo a lo más intrincado del bosque, dejando burlados a sus perseguidores. A fin, después de mucho trabajar, algunos días después de nuestra partida a Panamá, lograron matarla, y pude ver al hombre que tal hazaña había realizado. Según me dijo, le había sido mucho más fácil hacerlo que pudiera creerse, gracias a la costumbre que la fiera había tomado de subirse a los árboles.

La pantera está reputada como mucho más terrible que el león. Hasta entonces yo había creído que la causa del considerable espanto que inspira se debía a la facilidad con que puede trepar a los árboles y saltar desde allí con mucha más seguridad sobre su presa; pero según aquel colombiano me explicó, estaba yo en un error, pues la pantera y el jaguar no disponen entre las ramas de los árboles de la misma libertad que en el suelo; sus miembros no pueden desarrollar la misma elasticidad, permaneciendo como enredados, y puede matárseles con suma facilidad y sin grave riesgo. Si el animal es herido gravemente, se rompe las patas al caer; y si apenas se le causa daño, en vez de arrojarse sobre el cazador como en campo raso, permanece inmóvil, parece paralizado, y puede disparársele de nuevo.

XLI

**La Chorrera.—Los indios del Chiriquí.—Los gallinazos.—
Cascada del Caimito.—Vuelta a Panamá por la costa.**

Después de habernos despedido definitivamente de "La Constancia", me adelanté acompañado de dos hombres, a fin de alquilar una casa en La Chorrera y realizar algunos preparativos, en tanto que M. Sosa, seguido de los cinco trabajadores restantes, levantaba por medio del taqueómetro el plano de la porción del camino de Panamá comprendida únicamente entre la garganta del Bernardino y la del Caimito.

Una hora de marcha hecha a paso ligero por la sabana llana y cómoda, donde apenas si ninguna prominencia se levanta del suelo, cubierto en muchos de sus puntos por frescos y agradables bosquecillos, me condujeron por fin a aquel último *paso*, lugar gracioso y encantador; la marea está baja; el río, de una transparencia incomparable, se desliza por un cauce cuyo fondo está constituido por pequeños guijarros negros y rojiza arena, sembrado de algunos trozos de mica que brillan notablemente al ser heridos por el sol.

Poco después el camino se desvía, siguiendo el lecho de una quebrada pedregosa que nos hace subir a una línea de crestas bastante accidentadas. Por algunos puntos se distinguen aun los restos de calzadas y trozos de camino que en un tiempo debieron existir y facilitar el paso, pero sobre los que ha vuelto a extender su dominio la selva con todo su poderío. Estos antiguos vestigios de los admirables trabajos que allí realizaron los españoles, y que son fiel testimonio de un poder caído, me explican suficientemente la abundancia de piedras agudas y cortantes de que, sembrado el camino, lo hacen difícil y desagradable. Aquellos trozos, que antes debieron ser los más apetecidos, y que hoy el atravesarlos causa grandes fatigas y trabajos hasta para las caballerías, son llamados pedregales por los naturales.

El sendero atraviesa en trozos la selva y en trozos los terrenos donde crecen las abundantes hierbas, abrasadas ahora por el sol; después gana las alturas de una colina desde donde se distingue una extensa sabana completamente seca. El sol, cayendo verticalmente sobre aquella llanura, sin sombra ninguna que en poco o en mucho la preserve, caldea las capas de aire más próximas al suelo: el equilibrio se rompe, estableciéndose corrientes ascendentes que chocan con otras que se determinan en sentido inverso; al través de aquellos medios de tan distintas densidades, los objetos pare-

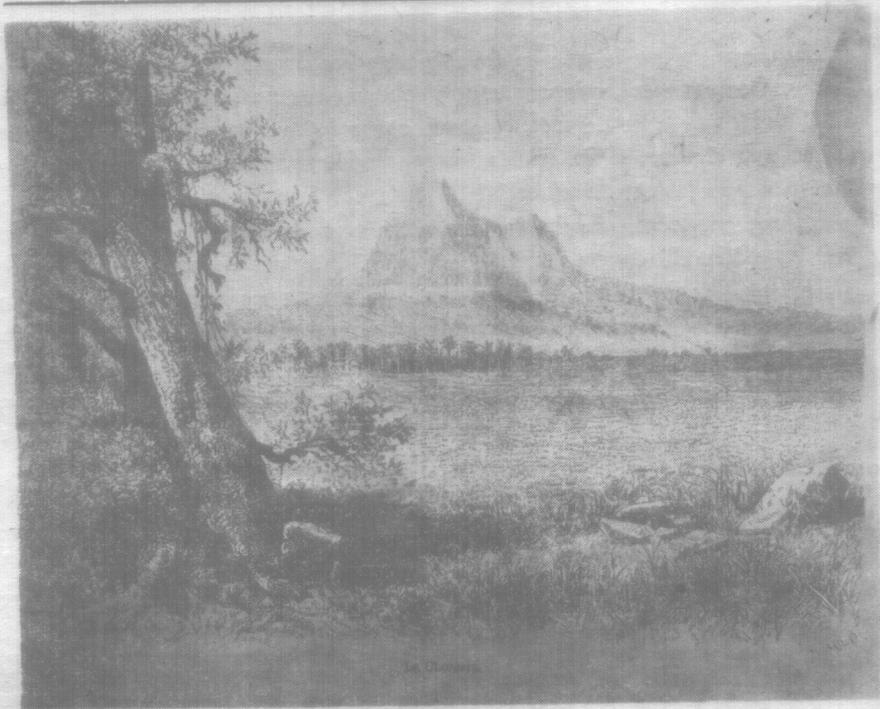
cen agitados por incomprensibles movimientos, ofuscando la vista de una manera tal, que apenas si a lo lejos puede reconocerse La Chorrera ni el magnífico bosque de cocoteros que la abriga.

La Chorrera es una pequeña población muy bella, de casas anchas, espaciosas y bien dispuestas, aunque solo tienen un piso. Desde hace mucho tiempo ha sustituido a Chepo como estación de verano para los panameños, que van a ella para pasar más cómodamente los meses que en la capital hacen calor insoportable. Está situada en lo alto de una colina, y casi continuamente la brisa de tierra o de mar da lugar a que en ella se disfrute de un fresco agradable. Por desgracia, esta población que tan buenas condiciones presenta para el solaz y distracción de los ricos que la mayor parte del año habitan en la capital del Estado, tiene el grandísimo inconveniente de ser muy escasa de aguas, hasta el punto de que para tomar un baño hay que recorrer una distancia de más de mil quinientos metros, donde se encuentra un riachuelo de escasa corriente, confluente del Caimito. De quererse evitar esta molestia, no hay más remedio que contentarse con la inmersión en un pozo, o, por mejor decir, en los agujeros que practican en el cauce de un arroyo que atraviesa la población.

En La Chorrera tuvimos la fortuna de encontrar una casa para nosotros y para los hombres que nos acompañaban: era aquella una posada donde no nos vemos preocupados por la mañana y por la noche con el molesto cuidado del cocinero, lo cual nos permitía continuar nuestras operaciones y trabajos con más actividad, ganando así el tiempo que anteriormente habíamos perdido, contra nuestra voluntad, y sin que por ello tengamos que hacer gastos mayores, dado que las provisiones que acá y allá habíamos comprado en el camino nos costaron excesivamente caras, pues allí, como en todas partes, saben aprovechar las ocasiones y explotar al que se ve en la forzosa necesidad de adquirir productos de los que saben no puede prescindirse en manera alguna. El primer día, el Sr. Escala, que así se llama el dueño de la posada donde nos hospedamos, nos sirvió un excelente *sancocho* (*) hecho con la sabrosa carne de aquel país.

El dicho Sr. Escala es un mulato alto y grueso, un hombre hábil y dispuesto, que es a la vez cocinero, negociante, armador, banquero, y sobre todo destilador de amizado. De las dos bellas haciendas que posee, la una alimenta más de mil cabezas de ganado, y lleva por nombre el Hato de la Mitra, que en pasados tiempos era la residencia de verano del prior de uno de los conventos de Panamá. La casa, muy bien conservada y cuidada, es tal vez la más bella de aquella región, y está perfectamente situada en un

(*) En español: *sancocho*



La Chorrera.

pliegue del terreno que domina la sabana, dándole agradables y hermosas vistas al mar. Su mujer es activa, inteligente, y lo secunda en todos sus planes y proyectos de una manera tal, que se eleva a su altura, si es que no le aventaja, en todo lo que pueda ser arreglo y economía. Su constante afán de multiplicar incesantemente sus medios de subsistencia, a fin de poder dar a su hijo una sólida educación en el extranjero y una carrera liberal en cualquiera de las Universidades de Europa. Es seguro, y no puede caber la menor duda de ello, que aquel país valdría infinitamente más si en él se encontraran muchos hombres de color del temple y condiciones del Sr. Escala.

Nuestro patrón es una de las principales autoridades en La Chorrera; el alcalde, según llegué a entender. Extremadamente celoso en que por nada ni por nadie decrezca la importancia de aquella población que rige, y más que nada cuidadoso de que tenga siempre el aspecto de ciudad, y que no pueda en manera alguna ser considerada como un pueblo cualquiera, es muy rígido en todas las cuestiones que afecten o puedan afectar a lo

externo, que es por lo que en todas partes se juzga más, llevando su rigor hasta un extremo tal, que habiendo vuelto un día nuestros hombres del trabajo en simple traje de trocha, o sea con solo una especie de jubón largo sujeto a la cintura, el Sr. Escala los reprendió severamente, amenazando a José con ponerlos en la cárcel si tal cosa volvía a repetirse.

Es una verdadera desgracia que cada una de aquellas poblaciones no tenga un alcalde de este temple y condición, pues seguramente entonces ganarían el doble de lo que hoy valen, en muy poco tiempo. Una de las cosas que más desaniman en aquellos lugares es el lamentable abandono en que yacen aquellos pueblos, haciendo ostensible una miseria que repugna y un desaseo que da lugar a que en cualquiera de ellos no pueda permanecer más tiempo que el necesario para ultimar los asuntos que allí se hayan llevado.

Por la noche llegaron M. Sosa y sus hombres: al medio día habían terminado ya sus operaciones del levantamiento del plano entre el Bernardino y el Caimito, comenzado el estudio de este último: más como la corriente de aquel río fuere solo una serie sucesiva de pozos bastante profundos, donde se albergaba un número considerable de caimanes, se había visto obligado a abandonar el cauce y abrir una trocha en las orillas. En ésta los bananos, las lianas y los arbustos de todas especies formaban un laberinto muy intrincado, una espesa red, en la que todos eran obstáculos, hasta un punto tal, que en cuatro horas no le había sido posible avanzar más que unos quinientos metros, dado lo cual no aventuramos mucho diciendo que a este paso nos serían necesarios más de quince días para solo el estudio del Caimito.

Después de tomar los informes que nos parecieron suficientes, supimos que el río Congo, cuyo valle tenemos que estudiar aun, desagua en el Caimito en un punto bastante próximo a La Chorrera, y que a él conduce un ancho y cómodo sendero. Relevados, pues, de seguir estudiando la planimetría y el nivelamiento del Caimito, no tenemos más que reconocer sumariamente las corrientes, pues por la sabana llegaremos con facilidad a la embocadura del río Congo.

Con bastante anticipación para que pudiéramos adelantar más, despaché a José, Hipólito y Merced, a fin de que fueran abriendo la trocha por el camino que teníamos que seguir. El trabajo es excesivamente duro en aquellas sabanas, abrasadas por el sol, donde el calor se hace insoportable y la sed devoradora. Todas las precauciones que quieran tomarse son inútiles; nada basta a preservarse de aquellos rayos, capaces de hacer her-

vir el agua, por lo que a cada paso experimentamos mayores angustias e incomodidades.

Lo único que para nuestro bien llevamos ganado es que cada uno y todos los individuos que componen la expedición tienen amigos y conocidos en todos los puntos del Istmo: por la noche fuimos a visitar a la Sra. Recuero, esposa del más importante, o mejor dicho del único negociante del Darién. Esta señora ha pasado muchos años viviendo en Pinogana en compañía de sus hijos, cuando los buenos tiempos de la explotación del cautchouc, época en la que toda aquella comarca estaba ocupada casi exclusivamente por mestizos de indios, hostiles de todo punto a los inmigrantes que llegaban, atraídos por el descubrimiento del árbol que durante años fué la principal fuente de riqueza de aquel país, y que aun lo sería si el immoderado afán de lucro no hubiera llevado a los exploradores a causar destrozos irreparables, que ya lamentan, y que aun tendrán que lamentar más pasado el tiempo. Como decimos, la hostilidad que siempre manifestaron los mestizos a cuantos llegaban a disputarles parte de las ganancias con que seguros contaban, fue causa de que la Sra. Recuero escuchara más de una vez amenazas de muerte, y en no pocas ocasiones tuvo que permanecer en su tambo sin atreverse a salir, temiendo ser asesinada por hombres de aquellos que en un estado absoluto de embriaguez la esperaban con este fin, razones por las cuales conserva siempre muy malos recuerdos de aquel punto. A más de lo que durante su permanencia allá sufriera y que tantos motivos le dieran para desear con todas las fuerzas de su alma volver al punto donde había vivido, y en el que al menos no tenía que temer odios ni rencores al emprender el viaje que realizara en una canoa parecida a la nuestra, tardó en realizarlo once días, a causa de una porción de accidentes que tuvo que lamentar: al salir del río cerca de Punta Mala la embarcación perdió el timón, comenzando inmediatamente a hacer rumbo hacia los escollos, y al mismo tiempo sin cuidarse del peligro, como si hubieran ido navegando en las más normales circunstancias y nada hubieran tenido que temer, el patrón y los pasajeros comenzaron a disputar a grandes voces, sin atender a lo que más urgía: por fin lograron anclar, asegurándose para pasar la noche, pero en toda ella dejó de mover la canoa un enorme cachalote. En vista de todo esto, claro es comprender que la Sra. Recuero no ha pensado jamás en repetir tal viaje, y que solo considerar que la necesidad pudiera obligarle a ello, le causa espanto. Esta señora ha vivido también en la provincia de Chiriquí, gracias a lo que pudo darnos algunos detalles sobre los indios que en aquella región habitan. Aquellas buenas gentes admiten la propiedad, pero sola y exclusivamente

la propiedad individual. El marido compra de su mujer los víveres que le son necesarios para el día, y a su vez la mujer compra al marido los productos que haya obtenido en la caza o en la pesca. Si el matrimonio emprende un viaje, él o ella, según de quien sea propiedad la bestia, la conduce y ocupa la silla, el otro monta en la grupa, pero siempre en sentido inverso. Lo que más nos llamó la atención, por ser verdaderamente extraño y que por más que hicimos no nos pudimos explicar, fué el saber que entre aquellos indios el nacimiento de una criatura cualquiera es un motivo de pesar y duelo, en tanto que los fallecimientos son celebrados con *chicha*, y dan ocasión para grandes alborotos y regocijos.

La mañana del día siguiente fué en extremo deliciosa y agradable: un poco más atrás de la ciudad entramos en la sabana por la derecha y seguimos caminando con gran facilidad, sin tropezar con obstáculo alguno que nos detuviera ni nos causara la menor fatiga hasta llegar al sendero de La Chorrera, al río Congo, tributario del Caimito. En esta marcha pasamos muy cerca de un potrero, donde algunas vacas, flacas hasta el punto de inspirar lástima, comen una hierba seca, abrasada por los rayos del sol, al lado de unos esqueletos completamente descarnados y limpios por los gallinazos.

Tanto como estas aves de rapiña escasean en la selva virgen, abundan en las sabanas. Todos los días, antes de que el sol llegue al más elevado punto en su carrera, se les ve en grandes bandadas revolotear hacia Panamá, abarcando con su poderosa mirada todo el país. Ningún animal muerto, por pequeño que sea, escapa a su vista: siendo tan voraces, que solo algunas horas les bastan para hacer desaparecer un buey: no solo se atreven con los animales muertos, como muchos creen, sino que también si algún ternero se ha separado de su madre o de las demás vacas, se les ve descender para destrozarlo, cosa que fácilmente consiguen si el *hacendero* que vigila a estos feroces pájaros no acude pronto a disputarles la presa. Algún tiempo antes de nuestra llegada a La Chorrera, un joven, dominado por amorosos pesares, que sin cesar le atormentaban, huyó al bosque, internándose en él; temiendo su familia, al ver que tardaba, que hubiera tomado una desesperada resolución, corrieron en su busca por todos lados, y una bandada de gallinazos que se posaba en un punto determinado, les reveló, después de muchas infructuosas pesquisas, donde se hallaba el cadáver del infortunado joven, medio destrozado ya.

En no sé qué libro de historia natural he leído que nuestros buitres, después de cada uno de los inmundos festines que se permiten siempre que se les presenta ocasión, sienten como una imperiosa necesidad de lavar



Caída del Caimito.

las manchas de que se llenan en las puras corrientes en las fuentes de la montaña. Sus congéneres de América, por lo que hemos podido observar, afirmamos que no han llegado aun a tal grado de delicadeza; la sangre caen en rojizas gotas por su pelado cuello, pasando luego de una a una a otra de las plumas de su vientre. Son aquéllos unos pájaros horriblemente sucios y desaseados, que ponen de una manera que da asco todos los techos en que tienen costumbre de posarse. Pudiera llamar la atención que en vista de la natural repugnancia que deben causar, no se les persiguiera hasta conseguir destruirlos; pero muy lejos de esto, no solo no se les incomoda, sino que hasta se les protege, lo cual se explica atendiendo a lo muy útiles que son estos animales en aquellas regiones. Ellos son los que casi única y exclusivamente están encargados del aseo y limpieza de las calles; ellos limpian las aguas de todos los detritus que los habitantes arrojan, y más que nada destrozan y hacen desaparecer toda la carne muerta, con lo que se destruyen todos los focos de infección que puedan existir, y que de otro modo, dado el natural descuido de aquellos naturales, serían causa de un infinito número de males. Estas razones son las

que mueven a las autoridades de aquellos pueblos a cuidar de que nadie los ahuyente, y a que sea castigado con multa de una piastra la contravención de esta orden.

Además de los gallinazos existe en aquella región otra especie de buitres de mayores dimensiones, a los cuales dan el pamoso nombre de reyes de los gallinazos; y en efecto, se observa fácilmente que los gallinazos los respetan y los consideran excesivamente. En atención a esto, tal vez los han llamado así, cosa perfectamente justificada, pues cuando una bandada de buitres ordinarios se está cebando en cualquier presa, y uno de los llamados reyes se aproxima, los otros abandonan inmediatamente el campo, formando un círculo a alguna distancia donde esperan pacientemente a que el monarca acabe su repugnante festín, dejando para ellos los restos del banquete.

En el punto en que nos hallamos el Camito está limitado por paredes escarpadas, cuya altura excede de cuatro o cinco metros: en el lecho del río, los pozos anchos y profundos se suceden casi sin interrupción, constituyendo de esta manera un peligro del que es necesario cuidar incesantemente. En el que tenemos delante descubre el Congo, mas encajado y mucho más estrecho, determinando en su corriente curvas insensibles: sus aguas son negras y sucias, y sus declives están casi totalmente destruidos, cubiertos de árboles y de arbustos que se cruzan y enredan por encima de las aguas. Grandes fueron los trabajos que tuvimos que realizar para lograr arrastrarnos por encima de aquella balsa que por muchos puntos no nos deja ver el torrente. Un poco más abajo, un paso rústico del ancho que pueden dar tres troncos de palmera amarrados entre sí por lianas, forman un puente suspendido que produce un bello efecto, y algunos centenares de metros más abajo el Caimito, que se hace rápido y violento, se desliza sobre un lecho crizado de basaltos, y después, reuniendo sus aguas, se precipita desde una altura de quince metros en un círculo de aguas sombrías entre dos murallas de negras rocas.

El valle se levanta muy lentamente: los trabajos para poder abrir la trocha han de ser duros y por demás violentos y pesados, calculando que han de ser necesarios muchos días para realizarlos por completo, y ya la impaciencia nos devora por comenzar el estudio de la línea Panamá-Colón. En nuestro deseo de llegar al fin lo más pronto posible, no suspendimos nuestros trabajos el domingo, a pesar de los escrúpulos, verdaderos o fingidos, de los hombres que nos acompañaban, hasta que fueron más de las dos de la tarde, y continuamos todo el lunes, a pesar de que era la fiesta de la Encarnación y de que aquel día había riñas de gallos.

No obstante todos nuestros esfuerzos, el 27 nos hallábamos aun a cuarenta y nueve metros sobre el nivel del mar, cosa que mucho nos contrariaba, por cuanto la estación estaba muy avanzada y nos vimos obligados a volver a Panamá. Los hombres que nos han acompañado conduciendo nuestros equipajes y nuestros útiles, tomarán la lancha que hace el servicio desde La Chorrera a la capital, en tanto que M. Sosa y yo, guiados por un cazador que conoce perfectamente aquellos terrenos, seguiremos por la costa que tenemos encargo de reconocer.

Desde La Chorrera al Puerto el camino es sumamente sinuoso, desapareciendo las colinas a distancia de unos dos kilómetros del mar, dejando de este modo una llanura bastante ancha sobre la orilla derecha del Caimito. En la orilla opuesta las tierras bajas tienen mucha menos extensión, pues casi inmediatamente se encuentran elevadas colinas, cuya principal elevación va a formar la punta de Vaca de Monte. Un poco más allá se encuentra uno en la vertiente del Cerro de las Cabras, y a partir de aquel punto, no siendo posible que el camino siguiera por entre las sinuosidades de aquellas crestas, se desliza por una playa de fina arena, siguiendo en una extensión de seis kilómetros de largo la costa del Pacífico; después, entrando por las tierras, se evita la costa elevada de Punta Guinea; más hay que atravesar forzosamente los pantanos de Albina de Farfán, inundados de agua en la subida de las mareas. Una embarcación nos sirvió para atravesar el fondeadero del río Grande, y ganamos nuevamente la orilla, llegando a Panamá a las seis de la tarde, habiendo hecho una marcha de treinta kilómetros.

XLII

Trabajos en el istmo de Panamá.—El Obispo y su cascada. Matachino, Mamey, San Pablo y el mercado de las bananas.—Vuelta a Francia.

Para la completa terminación de nuestros trabajos nos falta solo un estudio que realizar, y es el del Chagres y del río Grande, lo cual, si bien se mira, no podía constituir una exploración en el recto sentido de la palabra.

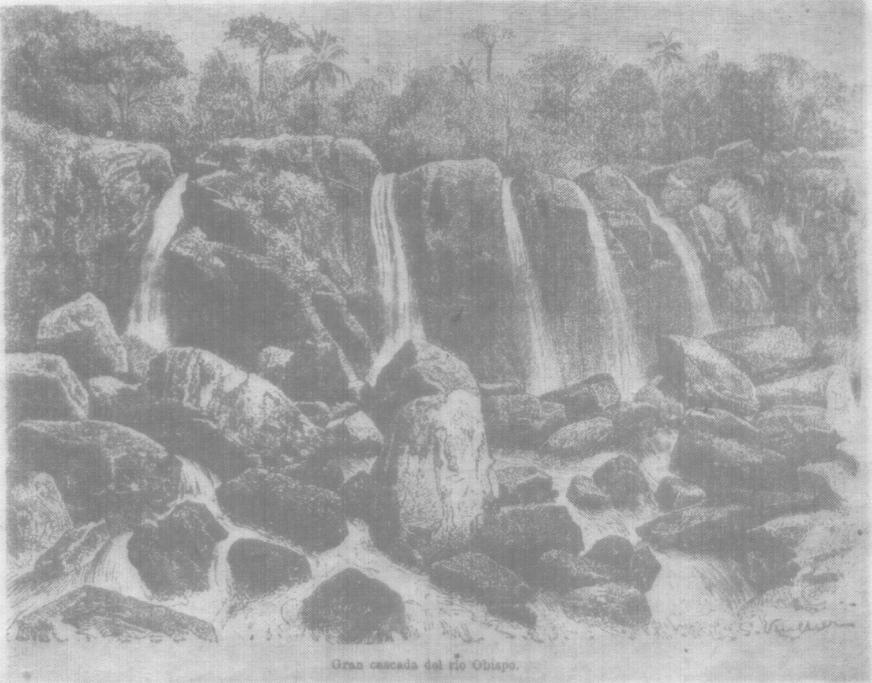
Como quiera que la línea férrea sigue en un todo las depresiones que en el terreno determinan estos dos ríos, no nos veremos obligados a realizar grandes y forzadas marchas como las que en las operaciones anteriores nos han mortificado tanto, así como tampoco habremos de vernos obligados a los indispensables cuidados que nos ha irrogado hasta aquí el

transporte de los útiles y equipajes necesarios, y el aprovisionamiento para que en el camino no nos faltaran los alimentos: un reducido número de trabajadores nos será suficiente, por lo que nos limitamos a los traídos por M. Lacharme y dos o tres indígenas que nos han acompañado en nuestras expediciones al Darién y a las orillas del Caimito.

Los estudios del trazado probable del canal nos entretuvieron algunos días. En los puntos en que habrá de seguir paralelamente la vía férrea y en aquellos por donde atravesará las tierras bajas, tenemos los estudios hechos, gracias a los trabajos realizados por el ilustre ingeniero Totten, sin que tengamos que realizar nuevos estudios sino en los puntos en que el paso con que soñamos se separe mucho de la vía.

El lunes 19 de Abril quedaron terminados los trabajos preparatorios y nuevamente hicimos nuestros sacos de viaje. En aquel tiempo se observaba una inusitada animación en la ciudad, que llama extraordinariamente la atención, por ser cosa a la que no se está acostumbrado. Los hoteles están completamente llenos de pasajeros, unos para el Perú, otros para Francia, que se detienen allí algunos días antes de tomar el paquebot o la línea férrea que debe conducirlos al punto de su destino. A la mañana siguiente emprendimos la marcha, juntamente con estos últimos, hasta la estación de Emperador, situada sobre poco más o menos a la tercera parte del camino.

Allí recibimos la más galante acogida por parte del Sr. Caceranza y su familia, nuestro guía intérprete en el Darién, sin que nos detuviéramos más que el tiempo indispensable para reposar un poco, dado que el tiempo urgía y estábamos obligados a no perder ni una hora siquiera. Así, pues, tan pronto como los hombres que nos acompañaban hubieron comido su *saucoche*, que casi inmediatamente les fué preparado, emprendimos de nuevo la marcha. Después de haber seguido durante largo rato la línea seguida por el ferrocarril, llegamos a la choza más asquerosa y sucia que puede imaginarse. El propietario se encuentra en un estado completo de embriaguez, y su mujer y sus hijos están cubiertos de harapos, así como también llenos de asquerosas llagas, cuya curación debe hacerse más difícil a causa del completo desaseo en que se hallan. Como bien mirado era imposible permanecer allí sin sentirse malo, casi inmediatamente, que vimos en el estado que aquello se encontraba, no quisimos aceptar la hospitalidad que dentro de la choza nos ofrecían, y fuimos a acampar en un terraplén bastante reducido, que se conocía había estado destinado a los animales domésticos. Organizado aquel modesto vivac, donde dejamos cuanto no nos había de ser necesario por el momento, volvimos sobre nues-



Gran cascada del río Obispo.

Gran cascada del río Obispo.

tros pasos y comenzamos los trabajos necesarios para abrir las *trochas* que eran menester para levantar los planos transversales.

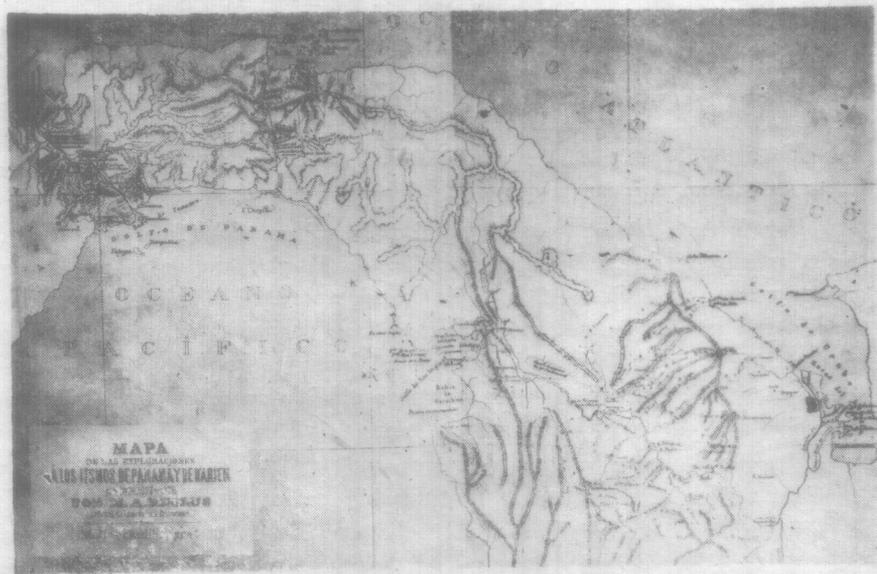
Por la noche, cuando volvimos, nuestro patrón y sus amigos están menos ebrios que cuando llegamos; se conoce que han cesado sus libaciones, mas a pesar de todo los últimos no se atreven a marcharse: en medio del camino que conduce hasta las casas hay un árbol en el que se ahorcaron un número considerable de chinos de los contratados cuando los trabajos del ferrocarril ístmico, y aquellas gentes son por demás supersticiosas; así es que afirman que todas las noches las sombras de aquellos infelices vagan por aquellos contornos, y desgraciados los que vayan a interrumpirlas.

Detrás de la habitación cerca de la que habíamos pasado la noche, se abre el cauce del Obispo, seco durante la estación de la sequía, y en la que sólo algunos *pozos* fangosos atestiguan su existencia. Cuando las lluvias finalizan y desde las alturas se desprenden las aguas, se convierte en un torrente salvaje, que corre de rápido en rápido, saltando de piedra en

piedra para precipitarse por fin desde una altura de más trece metros. Aquella noche misma el curso de nuestros trabajos nos conduce al pie de aquella cascada, seca ahora, y que por tanto carece de interés y de todo cuanto pudiera hacerla agradable: en el fondo de un corte vertical, negro, unido y liso, se hallan aglomerados enormes bloques, cuyos ángulos apenas se han desgastado. Por aquel caos, que no de otra manera podemos llamar aquel lugar, no puede menos de caminarse con alguna desconfianza; aquellas rocas que desafían todo el poder destructor de los meteoros, parece que fueron arrancadas ayer, y difícil de todo punto sería, no ya determinar, pero ni aun calcular el número de siglos que hace se desgajaron de los puntos de formación. Un pequeño islote de verdura, situado en el ribazo, divide a la cascada en dos, dándole una anchura considerable y desproporcionada para tan pequeña corriente. En el tiempo ordinario, el Obispo cae desde la altura que hemos mencionado por cuatro o cinco derramados de escasa importancia, pero después de las violentas tempestades es tal el caudal de las aguas que arrastra, que en muchas ocasiones cubre los dos brazos de la cascada.

Sería por demás prolijo, y no creemos ganar nada con enumerar en detalle todas cuantas operaciones realizamos y las mil peripecias que nos acaecieron, así como también el describir los mil artificios de que nos tuvimos que valer para suplir la falta del taqueómetro de M. Sosa, que en el gran incendio de Panamá quedara destruido. Esto, como fácil es comprender, nos creaba un sinnúmero de dificultades, máxime cuando la exactitud había de entrar por mucho en nuestros trabajos, y fácil es calcular, en vista de cuanto decimos, la impaciencia que nos devoraba, dado que no disponíamos de tiempo bastante para ver con calma todas las forzosas dilaciones a que nos veíamos obligados. Como todo era de temer y cualquier contrariedad que entonces hubiéramos experimentado era más de lamentar, no dejábamos de tomar todas cuantas precauciones se nos ocurrían a fin de que en los últimos pasos no nos viéramos como hasta entonces jamás nos habíamos visto. No poseíamos más que un taqueómetro, y a decir verdad, éste era el preferente objeto de todos nuestros desvelos: una rotura o una descomposición en tan necesario instrumento nos hubiera hecho suspender nuestras operaciones hasta tener otra cosa, en lo que ciertamente hubiéramos tardado, dado el país en que nos encontrábamos. Muchas veces era tanto nuestro cuidado, que dábamos grandes rodeos hasta encontrar un paso en el que los ardores del sol hubieran dejado el cauce en seco, para que, pudiendo pasar con toda facilidad no hubiera que temer golpe ninguno. En algunas ocasiones la *pica* era por

más difícil, y muy duros los trabajos que nos imponía; parecía que en los últimos momentos todo conspiraba contra nosotros, y que las circunstancias se unían de tal manera para que fueran del todo tristes los recuerdos que lleváramos: en la línea que teníamos que seguir, la vegetación tenía un considerable desarrollo, y nunca como hasta entonces habíamos hallado tan considerable conjunto de plantas espinosas, en las que naturalmente nos destrozábamos, siendo tan duros y resistentes sus tallos, que los colombianos que nos acompañaban tenían que dar repetidos golpes de machete para separarlos. Los trabajos de planimetría y determinación de niveles no podían ir de prisa sino en aquellos puntos en que, ensanchándose el valle, formaba planicies de alguna extensión, donde se podían plantar arrozales. Para realizar estas plantaciones que permiten algunas ganancias a los que tienen la fortuna de poderlas establecer, se escoge un lugar a propósito durante la estación seca, cortando arbustos y árboles que en el crezcan, y a las demás matas y ramas que casi totalmente cubren el suelo, las pegan bastante antes de que el tiempo húmedo se acerque, en la época en que tanto las hojas como los troncos se hallan resecaos por el sol: el incendio dura mucho, y casi nunca se consigue destruir las ramas madres ni las raíces, que siguen aún consumiéndose bastante después de las primeras lluvias.



Mapa de las exploraciones a los Istmos de Panamá y de Darién en 1876, 1877 y 1878, por M. A. Reclus.

Los días 3 y 4 dormimos en Matachino, donde se encuentra la bifurcación del camino de hierro que sirve para las maniobras de la locomotora de refuerzo que ayuda a los trenes a subir hasta la Cañada de la Culebra. Sobre la línea no se encuentra siquiera ni una placa giratoria. Aquel pueblo cuenta con un buen número de casas; pero los únicos medios de subsistencia de que dispone son la venta de frutos y las ganancias que se obtienen con los viajeros que atraviesan el Istmo. La indolencia de los habitantes es grande, y el posadero nos recibió con gran reserva, y como por gracia, pues grandemente temía que se hospedaran en su casa unas personas a las que suponía bastante más exigentes que los negros del país.

El día 4 volvimos al punto en que en otro tiempo se encontraba la estación de Obispo el Alto, y donde aun se encuentran los depósitos de agua para los máquinas del ferrocarril. En aquel punto el río hace una curva brusca, inclinándose hacia el O., por lo que no será posible que la línea del canal siga hasta el valle: tendrá que atravesar un contrafuerte bastante elevado que termina sobre el Obispo por entre muchas aglomeraciones. Dicho contrafuerte lo pasará por el punto más estrecho y menos alto, y las facilidades para este trabajo serán aumentadas ciertamente por la existencia de dos anchas y profundas depresiones, de las que una termina en el Sardanillo y la otra en el Obispo. Durante todo el día trabajamos sin descanso para determinar la dirección más conveniente, y después volvimos a Matachino por un sendero muy agradable, que es tal vez el antiguo camino de Cruces a La Chorrera; este sendero pasa bajo deliciosos bosques de naranjos, guayabos y mangles, claros indicios de que en otra época debían encontrarse por aquí hermosas haciendas, de las que han desaparecido hasta las ruinas.

Por fortuna hemos llegado ya al valle mismo del Chagres; nuestros trabajos nos conducen hasta la estación de Mamey, donde se cruzan los trenes que van de Panamá a Colón, y viceversa. La única familia que hoy la habita puede ofrecernos sólo una casa demasiado pequeña para todos nosotros, y en la que se instalaron los hombres que nos acompañaban. M. Sosa y yo colgamos nuestras hamacas al cielo raso. José, a quien he promovido al alto empleo de capataz, es tan hábil en los trabajos de trocha y ha adquirido tanta autoridad entre los trabajadores, que sin cuidado ninguno podemos encargarle la continuación de los trabajos, dándole sólo la dirección que debe seguir y el ancho que debe tener. En tanto que nuestros hombres talan y cortan, podemos nosotros utilizar el tiempo en hacer algunos reconocimientos, estudiar la formación geológica de aquella región y sondear el río, bastándonos solo algunas horas para medir la

trocha abierta la víspera. Para dar un ejemplo de la seguridad del golpe de vista de José y de su conciencia, citaré el hecho siguiente. Entre Mamey y San Pablo la trocha tenía más de dos kilómetros de extensión: al terminar la línea, encontré al fin de ella sólo algunos minutos de dilación con la dirección inicial, y por tanto a cada instante enormes árboles y profundas cañadas, orillas de alturas desiguales impedían ver las banderotas plantadas detrás.

Cerca de San Pablo determinamos el punto por donde podría ser cortado el camino de hierro por el canal, sin que fuera necesario modificar el trazado para establecer un puente giratorio.

Terminados nuestros estudios en la línea de Mamey, M. Sosa, que se sentía indispuerto, volvió a Panamá, llevando en su compañía uno de nuestros hombres, el viejo Merced, bastante fatigado de los trabajos que sufriera.

Después de Mamey, nuestro campo de exploración fue Buenavista, y más tarde llegué a Gatún en compañía de mis dos fieles macheteros José e Hipólito. Aunque este punto sea la más importante población de toda la línea, sólo encontramos víveres y alojamiento gracias a un cubano llamado Cocido, desterrado de su país a causa de la guerra civil.

En las alturas, al E. de la línea férrea, el país está descubierto, y la topografía es muy fácil; pero un espeso matorral con que tropezamos interrumpe nuestros trabajos, dándonos tiempo para bajar a la estación, donde puedo a mi placer contemplar el mercado semanal de las bananas.

Un especulador de New York ha hecho un contrato con la compañía del ferrocarril y la de los paquebots, mediante el cual se reserva el monopolio del transporte de este género. Absolutamente dueño de las transacciones, compra con frecuencia a precios ínfimos tallos de un metro de largo, conteniendo cada uno más de doscientos frutos. Los agentes desechan las tres cuartas partes de lo que les ofrecen, y aquellos infelices que han hecho más de treinta kilómetros en piragua, se tienen que volver a sus chozas sin un cuarto en el bolsillo y el estómago vacío, pues los negros alimentan con otra especie de bananas, que deben ser cogidas antes de la madurez y cocidas durante mucho tiempo. Esto, como es fácil comprender, da lugar a no pocos gritos, injurias, imprecaciones y amenazas.

Estando tan próximo al camino de hierro, lo aprovecho para pasar el domingo en Panamá, donde M. Sosa, restablecido ya, está dispuesto a continuar los trabajos. Terminamos nuestras operaciones en la llanura del Obispo, y después ganamos la del Río Grande, poco sinuosa, pero bastante estrecha y de flancos muy escuetos.

Junta Directiva de la Lotería Nacional de Beneficencia

PRINCIPALES

SEÑORA DOÑA
CECILIA P. VDA. DE REMÓN
*Ministro de Trabajo, Previsión
Social y Salud Pública.*

SEÑORA DOÑA
MERCEDES G. DE DE LA GUARDIA
*Presidenta de la Cruz Roja
Nacional.*

SR. DON RAUL ARANGO N.
*Comandante Primer Jefe del
Cuerpo de Bomberos.*

SR. DON HENRIQUE OBARRIO
*Gerente General del Banco
Nacional.*

DR. VÍCTOR M. PAREJA
*Director Médico del Hospital
Santo Tomás.*

SR. DON GUSTAVO TRIUS
*Presidente de la Cámara
de Comercio.*

RVDO. PADRE MARINO MORLIN
*Director de la Escuela
"Don Bosco".*

SR. DON PABLO A. PINEL M.
Secretario de la Directiva.

SUPLENTES

SR. DON GAVINO SIERRA G.
*Vice-Ministro del Ministerio de
Trabajo, Previsión Social
y Salud Pública.*

SRTA. GRACIELA REMÓN
*Secretaria de la Cruz Roja
Nacional.*

SR. DON LUIS CARLOS ENDARA
*Comandante Segundo Jefe del
Cuerpo de Bomberos.*

SR. DON EUGENIO BARRERA
Gerente del Banco Nacional.

SR. DON FEDERICO HUMBERT
*Vice-Presidente de la Cámara
de Comercio.*

RVDO PADRE CONSEJERO
JUAN D'ANDREA
*Prefecto de la Escuela
"Don Bosco"*